

Geronimo Stilton

de los El
**SECRETO
CABALLEROS**



Crónicas
del
Reino de la
Fantasía

Lectulandia

La isla de los Caballeros está aprisionada aún por el hechizo de Brujaxa. Los fragmentos del escudo de piedra han sido hallados, todos salvo uno. El más importante. Y el más difícil de recuperar. Para encontrarlo, Sombrío tendrá que ir a una pequeña isla misteriosa y enfrentarse a su rostro desconocido...

Lectulandia

Geronimo Stilton

El secreto de los caballeros

Crónicas del reino de la fantasía - 6

ePub r1.0

Titivillus 26.09.2017

Título original: *L'isola pietrificata*

Geronimo Stilton, 2010

Traducción: Miguel García

Ilustraciones libro: Danilo Barozzi

Ilustraciones historieta: Stefano Turconi

Diseño de cubierta: Iacopo Bruno

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PERSONAJES PRINCIPALES



SOMBRÍO

Joven y valiente elfo forestal que a petición de Floridiana, reina de las hadas, decide luchar contra el Poder Oscuro de la Reina Negra y devolver la paz al Reino de la Fantasía.



SPICA

Decidida elfa estrellada, hermana de Régulus, abandona a su familia para ayudar a Sombrío en su misión. Combate con un arco encantado.



RÉGULUS

Simpático elfo estrellado, hermano de Spica y el mejor amigo de Sombrío. Ha decidido acompañar al elfo forestal para luchar a su lado.



ROBINIA

Orgullosa y testaruda elfa forestal, legítima heredera del trono del Reino de los Bosques y que, tras la liberación de su pueblo, se une a Sombrío para salvar los demás reinos perdidos.



FÓSFORO

Simpático dragoncito plumado del Reino de los Bosques, compañero inseparable de Robinia.



ERÍDANUS

Padre de Régulus y Spica, es el astrónomo oficial de la corte del Reino de las Estrellas.



CORAZÓN TENAZ

Es uno de los antiguos caballeros de la rosa, los valerosos defensores del Reino de la Fantasía, y ayuda a Sombrío en su misión. Sólo más tarde el chico descubrirá que Corazón Tenaz es su padre.



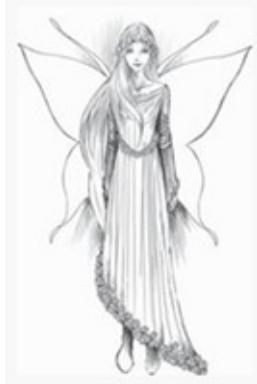
PAVESA

Joven del pueblo de los enanos grises que huyó del Reino de las Brujas, donde estaba prisionera, y fue convertida en oca por un hechizo.



STELLARIUS

Poderoso mago del Reino de la Fantasía que lucha desde siempre contra el Poder Oscuro y la Reina Negra.



FLORIDIANA

Es la reina de las hadas. Se esfuerza en combatir el poder malvado de las brujas y mantener la paz en el Reino de la Fantasía. Gracias al anillo de luz, puede comunicarse con Sombrío y darle consejos en su misión.



BRUJAXA

Es la pérvida reina de las brujas, subió al poder después de engañar y eliminar a la reina anterior. Su único deseo es derrotar a la reina de las hadas y conquistar todo el Reino de la Fantasía.



COLAMOCHA

Último ejemplar de los antiguos y nobles dragones azules, fue prisionero de los orcos y por ello se volvió feroz y salvaje. Lo liberó Sombrío y pasaron a ser compañeros inseparables.

MÉROPE

Aya de Régulus y Spica que cuidó de ellos cuando la madre de los chicos murió.



MAREA

Es el hada guardiana de los Mares Orientales que da a Sombrío el reclamo de los mares, una gran caracola; al hacerla sonar, el chico podrá pedir ayuda y apoyo en su misión.



CAPANEGRA

Jefe de los capas negras, los guardias que protegen los pueblos de los elfos negros.



FIERAVISTA

Valiente elfa de carácter fiero y resuelto que, al igual que Capanegra, es

Consejera en la Asamblea de los elfos negros.



VERÍDICCO

Anciano y sensato elfo que desempeña el cargo de Sabio en la Asamblea de los elfos negros.

«Desde hacía tiempo, la isla de los Caballeros esperaba que almas valerosas rompieran las cadenas de piedra de su prisión. Para ello, habían surcado el cielo tres héroes enviados por la reina de las hadas: para restituir a los caballeros de la rosa su isla y al Reino de la Fantasía sus más valientes guerreros.

Negras tempestades envolvían aquella tierra antigua, sacudida por siniestros temblores, y negros presagios de muerte amenazaban a Audaz Sombrío, el elfo de la estrella en la frente, a la generosa Spica de ojos celestes y al poderoso dragón Colamocha de atronador rugido.

Pronto, la isla vería cumplirse su destino, para resurgir más fuerte que antes gracias a un joven caballero dispuesto a trazar nuevos caminos.

Pero furtivas estelas plateadas rayaban el mar y fuerzas malignas debían aún ser domadas y destruidas para siempre».

Mago Fábulus, *Crónicas del Reino de la Fantasía*, introducción al Libro Sexto.

INTRODUCCIÓN



STA es una historia de tiempos antiguos, tiempos suspendidos entre las tinieblas y la luz, en los que mil o más reinos luchaban por resurgir después del largo y oscuro dominio de la reina de las brujas.

Fue en los albores de aquella época de libertad recobrada cuando Floridiana, la reina de las hadas, le pidió al joven Sombrío que partiera de nuevo. Gracias a él, Brujaxa había sido derrotada y las brujas habían huido a los rincones más remotos del Reino de la Fantasía, pero su misión no había concluido: todavía había quienes permanecían aprisionados y no podían luchar.

Los caballeros de la rosa, los valientes aliados de las hadas, eran en efecto presa de un potente hechizo que los había convertido en piedra y los había condenado a una horrible soledad en su isla, en medio de los Mares Orientales. También Corazón Tenaz, el padre de Sombrío, había sufrido idéntico destino al sacrificar su vida para salvar a Spica del poder petrificador del anillo de luz en manos de Brujaxa.

Sombrío había respondido inmediatamente a la llamada de Floridiana. Y Spica, muchacha de corazón valeroso, había seguido a su amigo a lomos del fiero dragón *Colamocha*, su aliado más fiel.

En el transcurso de su vuelo hacia la isla de los Caballeros, los dos jóvenes héroes habían conseguido liberar al hada Alablanca y derrotar a terribles piratas. Finalmente, gracias a la ayuda del hada Marea, habían llegado a la isla y habían descubierto el antiguo Escudo de los Caballeros, símbolo de la alianza con las hadas, bajo el cual la tierra había emergido del mar para socorrer al primer caballero. El mismo escudo que se había roto por la traición de Altomar, el general supremo de los caballeros, que había entregado la isla a las brujas. El mismo escudo que ahora había que recomponer para devolver la vida a aquella antigua tierra y a sus caballeros.

Tras descifrar imágenes de piedra y enfrentarse a terribles serpientes marinas, Sombrío y Spica habían encontrado y juntado parte del escudo, pero todavía les faltaba un trozo, el último, el más difícil de recuperar.

Si queréis saber cómo lo encontraron y cuántos y cuáles obstáculos tuvieron que superar para recolocarlo en su sitio, en estas páginas descubriréis el destino de la isla, de Audaz Sombrío y de la joven Spica. Y hallaréis también cómo la legendaria Orden de los Caballeros de la Rosa pasó a ser la de los Caballeros de la Rosa de Plata, que todavía hoy protege el Reino de la Fantasía. Pero tal vez esté contando demasiado. Si

queréis saber lo que aconteció...

Leed, pues...

PARTE PRIMERA

. ~ .

LA ISLA MISTERIOSA

1

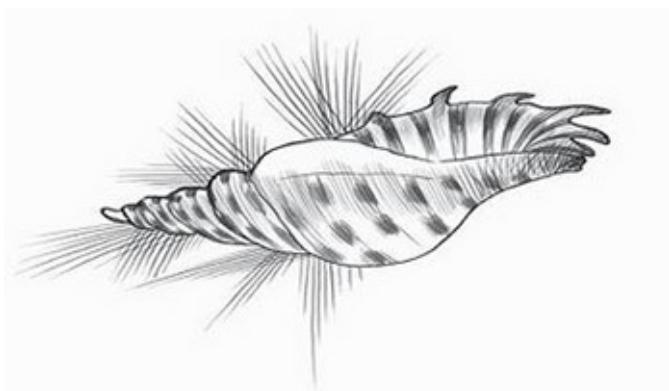
UN NUEVO DÍA



RAN altas horas de la noche. En algunos puntos del cielo, al este, la débil luz de las estrellas empezaba a filtrarse entre las nubes, pero la isla de los Caballeros seguía envuelta en la oscuridad de la tormenta. Sólo aquí y allá el resplandor repentino de los rayos iluminaba el océano y mostraba por unos instantes la silueta de los escollos cercanos a la orilla. El viento, con su ulular rabioso, azotaba las costas; embestía contra las rocas como si quisiera arrastrarlas consigo.

Sombrío y Spica estaban a resguardo en la casita del acantilado donde *Colamocha* los había dejado para volar hacia la tormenta, quizá siguiendo su arcano y misterioso instinto. Pese al fragor de los truenos, la chica dormía arropada con una manta, mientras que Sombrío estaba de pie cerca de la ventana, sumido en confusos pensamientos, con la mirada fija en el horizonte.

Esperaba.



Desde hacía tres días la tormenta arreciaba, desde hacía tres días Spica y él estaban allí bloqueados. Parecía como si la lluvia y el viento fuesen la única respuesta al reclamo de los mares, la caracola mágica que los chicos habían recibido como obsequio de Marea, el hada protectora de aquellas aguas salvajes. El reclamo debería haberles indicado el camino a seguir para recuperar el tercer y último fragmento del Escudo de los Caballeros, pero cuando Sombrío lo había hecho sonar, una terrible borrasca había embravecido el océano; la respuesta, por tanto, debía de encontrarse entre aquellas olas impetuosas. El joven elfo, sin embargo, no acertaba a comprender

cuál era. Viento y agua rugían con tal violencia que en algunos momentos parecía que quisieran arrancar de cuajo la casa en la que Spica y él se habían refugiado.

Esperar la vuelta de *Colamocha* se estaba haciendo cada vez más difícil; el chico tenía la sensación de que el tiempo huía con rapidez y no lograba evitar preocuparse. Después de que Spica y él colocaran los dos primeros trozos del escudo, las plantas habían revivido, pero la tierra seguía temblando bajo sus pies como si algo sacudiera los cimientos de la isla. Además, sus provisiones empezaban a escasear. Sin embargo, lo que más lo atormentaba era pensar en *Colamocha*.

—¿Adónde crees que ha ido? —preguntó la voz somnolienta de Spica, pillándolo por sorpresa.

Sombrío siguió mirando por la ventana.

—No tengo ni idea —contestó taciturno—. Pero estoy seguro de que volverá.

Estaba realmente seguro, pero al mismo tiempo tenía miedo. Cuando intentaba establecer con el dragón aquel contacto mental al que tan acostumbrado estaba, conseguía percibir su mente en medio del viento y la oscuridad y experimentaba una gran euforia mezclada con inquietud. Así debía de sentirse *Colamocha*.

Spica frotó la piedra de llamas que les había dado Alablanca, protectora de la Ciudad sobre el Agua, en agradecimiento por haberla liberado del hechizo de la bruja Crameria. Una hoguera encantada se encendió inmediatamente. La luz cálida de las llamas, movidas por las gélidas corrientes que se colaban por las grietas de la casa, hizo que Sombrío se sintiera aún más lejos de la oscuridad en que se encontraba su fiel dragón en esos momentos.

—Solamente espero que no esté en peligro. La atmósfera de estos lugares es malvada —dijo el joven elfo frunciendo el ceño.

La chica se acercó a él.

Un relámpago iluminó el océano y, en ese mismo instante, la estrella de la frente de Sombrío refugió con luz vacilante.

—Mira allá arriba, Spica... ¿Ves algo? —Le señaló un punto en la oscuridad de la noche y añadió—: Todos los rayos parecen caer en el mismo sitio, como si hubiera algo que los atrajera... Hace horas que observo el noreste.

Ella escrutó en aquella dirección y entornó los ojos en busca de algún indicio, pero con aquella oscuridad era imposible distinguir nada.

De pronto, uno, dos, tres relámpagos rasgaron el cielo y una sombra se proyectó durante un brevísimo instante sobre las olas salvajes.

Una sombra negra y majestuosa.

Spica profirió una exclamación de sorpresa y Sombrío sonrió.

—¿La has visto?

Ella asintió y fue hasta la ventana esperando que otros relámpagos iluminaran lo que habían vislumbrado.

—Parece... ¡parece una montaña! —dijo, en el colmo de la maravilla—. Pero ¡no lo entiendo! No vimos nada en las cercanías de la isla cuando llegamos volando.

—Lo sé. Por eso estoy convencido de que esta tormenta es una ayuda de Marea. Ha oído el reclamo de los mares y ahora nos enseña nuestra próxima meta, el lugar donde buscar el tercer fragmento del escudo —dijo Sombrío con una amplia sonrisa—. Quizá esa montaña sea precisamente la «piedra» a la que se refería mi padre en su diario. ¿Te acuerdas de lo que decía? *Espero que la piedra esté custodiando el secreto de los caballeros.*



Spica miraba la silueta negra iluminada a intervalos por los relámpagos; casi tenía la impresión de que los rayos, como largos dedos nudosos, caían para señalares aquella isla misteriosa.

—Tu padre hablaba de un «secreto», así que probablemente esa isla esté oculta de algún modo; si no, las brujas la habrían encontrado al llegar aquí. Ni siquiera nosotros la habíamos visto antes de esta tormenta.

El cielo empezaba a clarear y la lluvia amainaba. Al cabo de poco tiempo podrían salir de su refugio.

Sombrío estaba impaciente y temeroso a la vez. Para encontrar el primer fragmento había podido contar con las indicaciones del diario de su padre y con el poder del anillo de luz que llevaba en el dedo. Después, Marea los había ayudado a recuperar el segundo. Pero ese último fragmento, como Floridiana le había dicho en sueños, sería el más difícil de hallar. Y el resultado de la misión dependía de él.

Con el corazón lleno de dudas, el chico se quedó mirando el espectáculo de las nubes negras que se deshilachaban y deshacían, empujadas por el viento, dando paso a la claridad del amanecer.

La mañana inundó de luz dorada la isla y la Ciudadela de los Caballeros e hizo brillar las piedras húmedas, mientras que, más abajo, en el pueblo y el bosque, se alzaba una densa niebla. Cuando Sombrío y Spica salieron por fin de la casa de los adiestradores de dragones, tuvieron la impresión de encontrarse en un gran espolón rocoso asomado a una blanca y lechosa superficie de nubes. Mirando a lo lejos,

donde poco antes estaban seguros de haber visto una isla, en el aire terso no se divisaba más que el azul infinito del mar.

—Pero... ¡la isla ya no está! ¿Cómo es posible? —exclamó perpleja Spica.

—No podemos habérnosla imaginado los dos —respondió Sombrío con gran decisión—. Allí hay tierra de alguna manera invisible. Marea nos la ha mostrado. Ahora solamente tenemos que encontrar la manera de llegar a ella.

Y dicho esto, se acercó a la chica y le dio unas galletas secas. Mientras él mordisqueaba también una, miró hacia abajo: el sol y una brisa ligera estaban disipando poco a poco la niebla y dejando a la vista el manto verde del bosque. Una leve sonrisa curvó sus labios.

—Hay un viejo sendero que baja a la playa, sigámoslo —dijo el joven elfo.

Los dos chicos se pusieron en marcha hasta alcanzar la costa. En aquel punto, el sendero torcía hacia el Interior y se adentraba en el bosque, ahora despertado de su sueño de piedra. Los árboles habían resistido el fuerte viento de la tempestad y, aparte de algunas ramas rotas y algunas piedras movidas, el camino estaba despejado, como si el tiempo no hubiera transcurrido. Y, en efecto, todo había permanecido inmóvil durante largos años. El último día del que el bosque guardaba recuerdo era un día de mucho tiempo atrás, un día de guerra. Desde entonces, ninguna enredadera había crecido y ninguna criatura había pisado aquel terreno.

Ahora la isla estaba volviendo a la vida, pero todavía seguía parcialmente atrapada en el maleficio de la brujas.

Tenían que ir con cuidado, las serpientes plateadas podían anidar en cualquier parte y el peligro podía estar escondido bajo cualquier piedra y a la vuelta de cualquier recodo.

2

EL GRITO DE LA ISLA



L sol brillaba ya en lo alto del cielo cuando Sombrío y Spica salieron de la penumbra del bosque y se encontraron frente a las casas del pueblo de pescadores.

La vista de los muros derruidos y de los tejados hundidos contrastaba hasta tal punto con la alegre luz del día que los chicos se adentraron por las calles desiertas con el corazón entristecido.

Plantas y pequeños animales se habían despertado de su largo letargo embrujado, pero elfos y dragones seguían Inmóviles como solemnes estatuas grises, con expresiones de rabia o de susto fijadas en sus rostros de piedra. Bañadas por las gotas de la última lluvia, casi parecía que aquellas estatuas lloraran.

Spica apoyó cariñosamente la mano en la cabeza de un pequeño elfo y susurró:

—No temas, estamos aquí para ayudarte.

Pero sólo le respondió el silencio.

—¡Spica! —La llamó Sombrío, que le hizo una señal para que se acercara.

La joven vio que su amigo tenía la mano sobre la empuñadura de *Veneno*, quizás la espada vibraba para advertirlos de un peligro.

—¿Algo va mal? —le preguntó cuando llegó corriendo a su lado, con el arco en la mano.

—No lo sé. *Veneno* está nerviosa... puede que haya serpientes por los alrededores. Es mejor que estemos juntos.

Spica sintió aún más la falta de *Colamocha*.

—¿Adónde vamos?

—A llenar los odres al riachuelo. Necesitamos agua —explicó Sombrío, escrutando los caminos con mirada alerta—. Luego será mejor volver a la Ciudadela, estaremos más seguros en las plataformas para los dragones y *Colamocha* nos encontrará con más facil...

Un agudo sonido cortó sus palabras. El chico saltó a un lado, arrastró a Spica



hasta detrás de un muro y se quedó quieto, a la espera. Se produjo una débil sacudida de las rocas de su alrededor y chorros de arenilla resbalaron por las paredes en ruinas; era como si la isla se estremeciera violentamente, sacudida por aquel aullido ensordecedor.

Después, poco a poco, todo fue aquietándose y volvió el silencio. Sombrío, con la espada en la mano, salió al descubierto.

—Estas sacudidas se están volviendo cada vez más fuertes... —susurró Spica.

Él le indicó con un gesto que esperara y desapareció detrás de una casa. Tras un breve recorrido de inspección, regresó a buscarla.

—Ven —dijo—. Movámonos.

Sin hacer preguntas, Spica lo siguió por entre las casas hasta que salieron del pueblo por el lado norte. Alcanzaron rápidamente el riachuelo donde Sombrío ya se había aprovisionado de agua una vez, nada más llegar a la isla. El chico le dio a Spica uno de los odres y juntos los llenaron de agua fresca.

—Parecía como si la isla chillara —comentó la joven muchacha, después de un largo silencio, interrumpido solamente por el rumor de las hojas y el sonido de las olas rompiendo contra las rocas. Tímidas gaviotas volaban por allí y lanzaban miradas recelosas antes de posarse en los escollos.

—A decir verdad —observó el chico—, esta vez me ha parecido oír el rugido de un dragón.

Spica frunció el ceño, preocupada.

—¿*Colamocha*?

Pero enseguida comprendió que no podía ser él, Sombrío habría reaccionado de otra manera.

—No —respondió su amigo.

—¿Crees que hay más dragones aquí, escondidos en alguna parte? ¿Tal vez en las cuevas de debajo de la isla?

—No tengo ni idea —respondió Sombrío. Luego alzó sus ojos de color verde oscuro hacia Spica y la tranquilizó con una sonrisa—. Si quisieran atacarnos, ya lo habrían hecho. De todos modos, debemos ser cautos y tener cuidado dónde ponemos los pi...

De nuevo sus palabras fueron interrumpidas. Otro ulular quebró el silencio, la tierra tembló violentamente y una ola más poderosa que las demás se abatió contra la costa, resquebrajando algunas rocas. La superficie del riachuelo se agitó.

Cuando volvió la calma, los chicos recogieron sus cosas y se dirigieron velozmente a la Ciudadela.

La isla escondía aún algunos secretos, no debían cometer el error de sentirse seguros.

Sombrío caminaba con rapidez, vigilando con mucha atención los alrededores; *Veneno* estaba bastante tranquila, pero algo la hacía vibrar aún levemente, como si advirtiera un peligro lejano.

Al llegar a la muralla, los dos subieron juntos la estrecha escalera de una torre y el joven elfo no se detuvo hasta llegar a su cima. No podía creer lo que veía.

Detrás de él llegó Spica, sin aliento, y el espectáculo que vio hizo que palideciera.

—Pero ¿qué ha ocurrido? —dijo con un gemido.

El puerto casi había desaparecido, tragado por las olas. El muelle, la playa donde habían tomado tierra el primer día con *Colamocha* y una parte del islote rocoso donde se alzaba el faro ya no estaban. Oscuros restos asomaban del agua.

—La isla se está hundiendo —murmuró el joven.

—Pero ¡eso no es posible! —exclamó Spica.

—¿Recuerdas lo que nos dijo Marea? —prosiguió él, acercándose al parapeto con los ojos fijos en las altas olas que parecían querer devorarlo todo—. ¿Recuerdas cómo nació la isla? Emergió del fondo del mar gracias a la magia de Marea, sustentada por ese escudo que ahora está despedazado.

—Pero los habitantes todavía están vivos y si el mar se lo está tragando todo... —empezó a decir Spica, aunque no tuvo valor para terminar la frase—. ¡Marea no puede permitir una cosa así!

—Quizá no pueda impedirla —repuso Sombrío.

—¡No, no! ¿Qué vamos a hacer? ¡Si al menos Stellarius estuviese con nosotros!

—Si ni siquiera la magia de Floridiana puede contra el maleficio de esta isla, entonces tampoco un mago poderoso como él tendría esperanzas de contrarrestarlo. La reina de las hadas nos ha mandado a nosotros. Y lo primero que tenemos que hacer es no dejarnos vencer por la angustia; no sabemos cuánto tiempo tardará el agua en sumergir toda la isla.

Sombrío trataba de pensar con calma, pese a que el corazón le latía con furia en el pecho.

—Tenemos que encontrar el último fragmento y colocarlo en su sitio antes de que eso ocurra. Solamente así se salvará la isla y con ella sus habitantes.

Instintivamente, el pensamiento de Sombrío fue hasta su padre, que también estaba atrapado en un cuerpo de piedra, pero a salvo en la corte de Floridiana, la reina de las hadas, y el joven elfo suspiró.

Spica, a su lado, tenía sus ojos azules fijos en el agua.

—Si ahí existe de verdad una isla misteriosa, si la visión que hemos tenido durante la tormenta no ha sido fruto de nuestra imaginación y el último fragmento está en ella, sera difícil recuperarlo. No hay barcos en el puerto y, aunque tuviéramos uno, harían falta días de navegación para llegar a esa isla.

En ese momento deseó con todas sus fuerzas ver aparecer en el horizonte las grandes alas de *Colamocha*. Sombrío le rozó una mano y la obligó a mirarlo.

—Volverá a buscarnos, ten confianza.

—Oh, *Colamocha*, ¿dónde estás? —dijo la chica con un suspiro—. ¡Te necesitamos!

Mientras se dirigían a las plataformas de los dragones, Sombrío no dijo nada, pero

en su fuero interno se hacía la misma pregunta. La estrella de su frente brilló con luz tenue y, como si le hubiera llegado el eco de sus pensamientos, una pequeña silueta negra alzó el vuelo desde la misteriosa isla escondida entre las olas del mar.



Colamocha se despertó cuando la violenta tormenta ya había cesado.

La brisa marina le acariciaba agradablemente las escamas y la tibieza de las piedras calentadas por el sol había templado sus miembros exhaustos. Volar en medio de la tempestad había sido maravilloso, pero también muy cansado y en cuanto había avistado aquella isla negra alcanzada por los rayos, *Colamocha* había aterrizado en ella sin dudarlo. Aquel lugar vibraba de energía y también en ese momento, cuando la tormenta había pasado, el aire estaba deliciosamente electrizado. El dragón no había visto nunca un lugar tan bonito; con toda seguridad, a Sombrío le habría parecido tan maravilloso como a él.

Un sonido muy débil lo sacó de sus pensamientos. En lo alto de la roca negra puntiaguda en que se había enroscado, *Colamocha* entreabrió un ojo. Vio movimiento entre las piedras y se sintió inquieto de repente. Luego oyó unas voces bajas que no le gustaron.

—Un migratorio —dijo una voz fuerte y decidida.

—¡No es posible, no vemos migratorios desde hace muchos años! Y según Verídico no volveremos a verlos durante mucho tiempo —respondió otra, más insegura. Luego añadió—: ¡Mira, lleva arreos!

Colamocha no comprendía del todo las palabras de los elfos y las demás criaturas; sólo con Sombrío había establecido un vínculo tan fuerte que podía entender a la perfección cada pensamiento del chico. Con los demás únicamente podía guiarse por el instinto de su raza, que le permitía interpretar el tono de voz, la mirada, la manera de moverse y los latidos del corazón y conocer así las intenciones de quien tenía delante.

Los movimientos de las dos misteriosas criaturas que lo observaban eran furtivos y el ritmo de sus latidos, apresurado.

—¿Dónde estará su caballero? —preguntó la primera voz.

—Quizá se haya caído volando. La tormenta ha sido especialmente violenta —murmuró el otro.

Las dos figuras oscuras se movieron. *Colamocha* apenas las distinguía, negras contra el negro de las piedras.

—¡Mejor para nosotros! ¡El cielo y la tierra saben cuánta necesidad tenemos de dragones!

Pese a la sensación de peligro, a *Colamocha* le pareció que en el comportamiento de aquellas figuras había algo familiar y, curioso, dejó que se aproximaran.

—También podría ser un truco, una trampa para engañarnos, señor —dijo la voz más insegura.

Colamocha percibía el miedo que corría por las venas de aquella criatura y se puso rígido.

El otro desconocido se movió rápidamente y el dragón vio en su mano el brillo de algo que podía ser una arma.

Reaccionó ferozmente, soltó un rugido y se enderezó en toda su mole. La pequeña figura de voz débil cayó hacia atrás y se tapó la cabeza con las manos, mientras que la otra asentaba bien los pies en el suelo, con las piernas separadas, como para resistir el choque, quedándose quieta donde estaba.



Colamocha rugió con fiereza y exhaló contra las dos criaturas su hálito caliente, extendió las alas y levantó la cabeza en posición de combate. La pequeña silueta negra retrocedió arrastrándose entre gemidos, pero la otra permaneció en pie, haciéndole frente. El dragón sentía su desasosiego y su temor, pero fuera quien fuese, por su olor, sin duda un elfo, no retrocedió ni bajó el arma.

Aquel elfo no le gustaba. Una capucha negra le ocultaba el rostro y se movía de una manera extraña. Cuando hablaba, su voz sonaba amenazadora.

La electricidad se agolpó en la garganta de *Colamocha*: lenguas de llamas corrieron entre sus patas y las pupilas verticales de sus ojos amarillos se redujeron a dos rendijas. Bajó su gran hocico; una sola llamarada y no quedaría nada de aquellos dos elfos que habían osado acercarse a él con una arma.

Sin embargo, algo lo distrajo. Con un rugido de orgullo, levantó la cabeza, se alzó sobre las patas posteriores y, batiendo las alas, se elevó en el cielo con la misma elegancia de un pez deslizándose entre las olas del mar.

Una voz lo había llamado. La voz de Sombrío. Su caballero lo necesitaba. Era

hora de volver.



La figura encapuchada se quedó largo rato mirando alejarse al dragón, reflexionando en silencio, y luego suspiró.

—Estabas muy equivocado, Manofirme —dijo taciturno—. Todavía tiene caballero.

—¿Cómo lo sabe, señor?

—Acaba de responder a su llamada —explicó el elfo.

—¿Quién cree que puede ser?

—No lo sé. Pero el dragón tiene la cola cortada y eso no es buena señal. O la perdió porque tuvo que defender a un caballero incapaz o fue torturado para volverlo dócil. Lo descubriremos dentro de poco, supongo. Diles a los demás que cierren todos los pasos y que se queden dentro. Que nadie salga bajo ningún motivo. La isla debe parecer desierta. No sabemos con quién tendremos que vernos las en los próximos días —concluyó con tono grave.

El otro hizo una inclinación de cabeza en señal de asentimiento y desapareció entre las rocas.

3

LA MONTAÑA OSCURA

 medida que caía la noche, de los árboles y arbustos del bosque volvió a alzarse una niebla que cubrió la isla. Lentamente, también la antigua Ciudadela de los Caballeros fue cercada por aquella capa gris ondulante en la que parecían flotar, como si no pesaran, torres y tejados semihundidos.

Afortunadamente, las plataformas de los dragones estaban lo bastante altas para escapar de la humedad. Calentados por la hoguera, con el cielo estrellado brillando sobre ellos, Spica y Sombrío habían preparado sus lechos y cocinaban en silencio una mísera cena consistente en setas y pan seco.

De repente, algo los sobresaltó. El aire se movió a lo lejos y breves rugidos se perdieron en la niebla.

Sombrío se acercó al parapeto y, durante unos minutos, permaneció quieto escrutando aquella desoladora extensión oscura, con los oídos atentos para captar cualquier sonido. De pronto, una violenta racha de viento agitó la niebla bajo la Ciudadela formando grandes remolinos grises y en el cielo apareció la gigantesca figura de un dragón que tapó las estrellas con sus alas. Spica gritó de miedo, temiendo que quisiera atacarlos.

A Sombrío, en cambio, lo embargó la alegría.

—¡Colamocha!

El dragón se posó en la plataforma y el chico corrió hacia él. Su amigo estaba bien, es más, se lo veía más feliz que cuando se había marchado volando hacia la tempestad. Parecía haber crecido: sus escamas, que centelleaban con las reverberaciones del fuego, eran más duras y luminosas y más robustas las espinas de su cabeza.

Los grandes ojos amarillos del dragón se cruzaron con los de Sombrío y el joven elfo lo abrazó con un Inmenso alivio.

—Empezaba a preocuparme —le confesó riendo—, pero hacía mal, por lo que parece.

El dragón rugió de alegría y restregó el hocico contra la mano de su caballero. Luego, juntos, se acercaron a Spica, que observaba la escena con una sonrisa en los labios, comovida y aliviada. El dragón la saludó con un resoplido y ella respondió



con una risa jubilosa.

Sombrío se sentó cerca del fuego y *Colamocha* se tumbó detrás de él, estirándose en la plataforma hasta circundar con su largo cuerpo a los dos elfos para protegerlos.

—Bueno, ¿dónde has estado todo este tiempo? ¿Has disfrutado con la tormenta de rayos? —le preguntó el chico.

Colamocha movió las alas, estremeciéndose con el recuerdo de la tormenta; Sombrío captó, como si la sintiera en su propio cuerpo, la sensación de alegría que su amigo había experimentado volando.

—Y apuesto a que has sobrevolado también esa isla que apareció durante la tempestad —añadió, clavando los ojos en los del dragón.

Un fulgor de alarma pasó por la mirada de *Colamocha*. También Spica lo notó.

—¿Qué ocurre? —preguntó—. ¿Acaso es peligrosa?

El dragón produjo un sonido ahogado que Sombrío conocía bien.

—No le gusta —explicó.

—Al menos ahora sabemos que de verdad existe. ¿Vive alguien en ella? —preguntó la chica a continuación.

Colamocha enseñó los dientes y lanzó un minúsculo rayo con el extremo de uno de sus colmillos curvos. Los chicos cruzaron una mirada.

—Por lo que parece, sí —dijo Sombrío con un gran suspiro, mientras la cola del dragón barría la plataforma, muestra de su nerviosismo.

—Y alguien que no le gusta —añadió Spica.

—Pero ¿quién? ¿Brujas? —preguntó el chico.

Como respuesta, recibió un golpecito de hocico en el hombro.

—¿Quieres decir... elfos?

El dragón gimió en señal de aprobación y Spica suspiró de alivio.

—¡Por fin una buena noticia! ¡Elfos! Todo cuadra. ¡Alguien se llevó de aquí el fragmento del escudo para protegerlo y lo guarda allí!

—Espero que tengas razón —murmuró Sombrío, mirando las llamas—. De todos modos, prefiero ser precavido. No sabemos nada de esa tierra misteriosa que no aparece en ningún mapa.

Puso la mano en el cuello del dragón para tranquilizarlo y sintió cómo, a su contacto, su amigo perdía parte de su ansiedad, se serenaba.

—Tal vez fuera prudente llegar con la oscuridad —siguió diciendo el chico.

—¿Quieres decir que tendremos que esperar otro día? —protestó la joven muchacha. El resplandor de la hoguera que se reflejaba en sus ojos la hacía parecer aún más determinada.

—No, me refería a partir ahora mismo —aclaró él. Luego le habló con dulzura al dragón—: Sé que has viajado durante horas, pero hoy la isla se ha hundido unos

metros en el mar. Spica tiene razón, estoy convencido de que no nos queda mucho tiempo para salvar esta tierra y a sus habitantes petrificados. ¿Cuánto crees que se tarda volando? ¿Aterrizaremos antes de que se haga de día?

Colamocha se levantó y abrió las alas, listo para volar. El chico sonrió.

—Muy bien, entonces está decidido. En cuanto comamos, emprenderemos el viaje.

Spica asintió.

Fue una cena silenciosa. Por primera vez desde hacía días, Sombrío se sentía por fin listo para actuar. Era tarea suya encontrar el tercer fragmento del Escudo de los Caballeros. La isla e exigía en prenda su fidelidad y él no se echaría atrás.

Mientras la noche se volvía cada vez más oscura y una vez preparado el escaso equipaje y asegurado a la silla del dragón, los dos elfos montaron en *Colamocha* y alzaron el vuelo en dirección a la isla misteriosa. La búsqueda del último fragmento del Escudo de los Caballeros por fin había comenzado.



Todo era negrura en torno a ellos salvo las estrellas. Spica sentía el viento frío azotarle el rostro y perdió la conciencia del paso del tiempo. En un momento dado, se dio cuenta de que *Colamocha* estaba planeando y miró hacia abajo.

Al principio no vio nada que no fuera el agua del mar. Luego le llegó el sonido de la resaca y se percató de que las olas rompían contra algo... ¡Tierra!

Una montaña negra con la cumbre cortada como por un tajo limpio se recortaba frente a ellos.



El dragón tardó mucho tiempo en acercarse y, mientras la isla se hacía cada vez mayor e iba tomando forma, Sombrío alargó un brazo y señaló unos destellos en una pared rocosa.

Spica entornó los ojos para ver mejor.

—¿Una hoguera? —preguntó.

—Sí, un campamento de guardia, o puede que un pueblo —respondió él.

Pero acababa de pronunciar esas palabras cuando la luz desapareció.

—¿Crees que nos han visto? —le preguntó la chica, con el viento silbándole en los oídos.

—Me parece difícil —respondió él, pero no añadió nada más.

Spica se dio cuenta de que estaba tenso y concentrado y no hizo más preguntas.

Cuando el cielo empezó a clarear, el vuelo de *Colamocha* se ralentizó. La isla, dominada por la montaña de cima truncada, era poco más que un gran islote, una amalgama rocosa, densa y negra como el cielo nocturno. Tras echar un vistazo al terreno que tenía debajo, el dragón viró para aterrizar en una explanada empedrada, quizá una antigua plataforma para dragones, ahora invadida por la vegetación.

Los chicos desmontaron y observaron los alrededores. Las piedras negras que cercaban la plataforma eran tan grandes y lisas que jamás lograrían escalarlas. Las salvaron, no obstante, con la ayuda de *Colamocha* y llegaron a una pequeña elevación rocosa desde la que podían contemplar la isla. Por todas partes crecían arbustos bajos y espinosos, de un color tan oscuro que parecían igual de negros que la tierra.

—¡Por todas las estrellas! —exclamó Spica—. ¡Qué lugar tan desolado!

Al sur, a menor altura que el punto donde se encontraban, había una superficie de agua circundada por rocas, una especie de lago salado de aguas tan transparentes y cristalinas que se podía ver el fondo bajo y gris, constelado de piedras y negras simas.

Por un instante, Sombrío se preguntó cómo podría encontrar el tercer fragmento del Escudo de los Caballeros en aquel lugar. Había albergado la esperanza de avistar, desde lo alto, viviendas o refugios; en cambio, la Isla parecía despoblada e inhóspita como un desierto. Si en la Isla de los Caballeros todo signo de vida había sido petrificado mucho tiempo atrás, allí parecía no haber existido. Quienquiera que se escondiera en aquel lugar, seguro que no iba a dejarse ver tan fácilmente. Spica y él ni siquiera podían confiar en encontrar huellas, pues las rocas negras y relucientes no conservaban rastros de quien hubiera caminado sobre ellas y los únicos animales que parecían vivir en la isla eran pequeñas y escurridizas lagartijas rojas que se calentaban felices al sol, ya alto en el cielo.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó la chica.

—Echemos una ojeada por aquí —respondió Sombrío, que abrió la marcha por el yermo sendero.

4

PIEDRAS VOLADORAS



PICA seguía a Sombrío en silencio, tropezando en aquellas rocas negras de reflejos plateados y jadeando a causa del fuerte calor.

Como si hablara consigo mismo, el joven elfo murmuró:

—Por aquí no hay nada que indique que la isla está habitada. Quizá alguien se refugió en ella cuando la isla de los Caballeros fue asaltada por las brujas, sabiendo que estaría seguro, pues esta isla está oculta a los ojos de todos. Pero no debió de ser fácil sobrevivir en este páramo desolado.

Se volvió y ayudó a su amiga a salvar un tramo particularmente agreste. *Colamocha* los seguía con paso tranquilo, alargando el cuello para escrutar a su alrededor. Sombrío estaba bastante sereno, porque sabía que si el dragón no daba señales de nerviosismo, entonces es que no había peligro inminente; ningún centinela tenía ojos más agudos ni oídos más finos que *Colamocha*. Tampoco *Veneno* vibraba.

—Uf... —resopló Spica—. Esta isla parece hecha adrede para desanimar a sus posibles visitantes. ¿Crees que encontraremos un lugar donde resguardarnos de este sol abrasador?

Sombrío negó con la cabeza.

—No creo que haya casas, pero puede que las criaturas que vio aquí *Colamocha* vivan en alguna cueva. Quienquiera que habite aquí, debe de haber encontrado la manera de protegerse de los rayos del sol —concluyó, también fatigado por el calor cada vez más intenso y que la extensión de rocas candentes hacía aún más insopportable.

Poco más adelante, los dos elfos vieron una abertura entre las piedras que parecía ofrecer un poco de sombra y se metieron dentro. Se encontraron en una senda entre dos altas paredes negras, que desembocaba en una explanada arenosa donde crecía algún que otro árbol de follaje ralo.

Sombrío se enjugó la frente y dijo:

—Tenemos que parar, hace demasiado calor para seguir. Esperaremos a que el sol empiece a ponerse y luego reanudaremos la marcha.

Spica, con la mejillas enrojecidas y los ojos brillantes, se dejó caer en el suelo con un suspiro, bajo las ramas negruzcas de los árboles.

Colamocha desplegó las alas y giró la cabeza hacia el mar, que bramaba más allá de las rocas, abajo.

—Quieres echar una ojeada desde el aire, ¿verdad? —preguntó Sombrío al ver impaciente a su amigo—. ¡Ve, pues!

Colamocha emitió un débil gruñido y alzó el vuelo, para lanzarse luego al mar y volver poco después con unos peces.

Sombrío y Spica los asaron sobre las piedras abrasadas por el sol y, tras comer hasta saciarse, se sentaron a la sombra del gran cuerpo del dragón, que dormitaba satisfecho por el breve vuelo.

Pero el sol no daba tregua.

—¡Es terrible! —exclamó Spica y bebió otro trago de agua—. ¿Cómo podría sobrevivir nadie aquí?

Colamocha abrió un ojo y la miró asombrado. Sombrío le dio una palmada en la pata.

—Pues parece que él no tiene ningún problema; es más, ¡diría que este lugar le gusta!

Colamocha rugió en señal de aprobación, pero la, chica negó con la cabeza.

—Él es un dragón, probablemente sus escamas azules lo mantienen fresco y el reflejo del sol en las rocas no lo ciega.

Precisamente en ese momento *Colamocha* levantó la cabeza al tiempo que gruñía. La brisa marina había traído algo a sus sensibles oídos y el elfo, poniéndose en pie, también lo percibió: un sonido leve, como de alguien que arrugara una hoja de papel. Sombrío se puso rígido.

—¿Qué será? —susurró.

Spica agarró el arco y las flechas, pero él le hizo señal de que no se moviera. Se subió aprisa al lomo de *Colamocha* para echar un vistazo por encima de los árboles, pero su amiga le advirtió:

—Ten cuidado, podrían ser trolls de piedra... ¿Quién más podría vivir en un lugar así?

—Veneno no vibra y *Colamocha* sigue tranquilo —respondió Sombrío—. No creo que haya peligro. Espera aquí, voy a comprobarlo.

Se deslizó hacia adelante y atisbo al otro lado de las calientes rocas puntiagudas. De repente se quedó paralizado, estupefacto, con el corazón latiéndole como loco.

Por encima de una roca redondeada, envuelto en extraños relámpagos, en el aire flotaba un gran prisma de piedra tan negra como el resto de la isla. Entre el prisma y la roca corrían pequeños rayos azulados y con cada racha de viento el prisma rotaba y se balanceaba como un bajel sobre el agua.

El chico, perplejo, bajó para observar de cerca aquella extraña piedra voladora.

—¡Ven a ver esto, Spica! No es natural... debe de ser obra de alguien —reflexionó, contemplando la extraña decoración de la base de la roca.

—Podría ser obra de un mago —sugirió ella—. Pero ¿para qué servirá?

Sombrío no tenía la menor idea. Aquella isla era un auténtico misterio.



Colamocha se acercó, olfateó la extraña piedra voladora y le lanzó un minúsculo rayo. La descarga fue captada y absorbida por el prisma, que se elevó unos metros y luego, describiendo una lenta espiral, volvió a su sitio.

—Esto no explica para qué sirve, pero gracias, amigo —dijo el chico—. Al menos, ahora sabemos por qué todos los rayos caían sobre esta isla durante la tormenta. Esta piedra los atrae y los absorbe. Tal vez por eso a *Colamocha* le gusta tanto este lugar.

Un ruido de piedras removidas a su espalda hizo que los chicos se volvieran de golpe. Una sombra se deslizó entre las rocas negras y desapareció tan veloz como había aparecido.

Colamocha gruñó y se lanzó en su persecución, moviéndose ágilmente sobre el terreno accidentado gracias a sus garras, pero por mucho que buscó, apartando piedras e inspeccionando recovecos, no encontró nada.

De pronto, un grito de Sombrío hizo que volviera sobre sus pasos. Al darse la vuelta, vio a su caballero mirando algo con asombro; las rocas que él había desplazado en su carrera estaban rotando en el aire, ingrávidas.

—¡Por lo que parece, todas las piedras de esta isla pueden flotar cuando se separan del suelo! —exclamó Sombrío.

—Pero ¿cómo es posible? Debe de ser muy potente la magia que les hace poseer esta capacidad —reflexionó Spica.

—O quizá sea gracias a la energía de los rayos —aventuró Sombrío.

Luego le hizo una señal a *Colamocha* y todos juntos se dedicaron a rastrear la isla.



Pese a la ayuda de *Colamocha*, que de vez en cuando los llevaba volando, los dos chicos tardaron casi dos días en explorar la isla y al final, tuvieron que reconocer que no sabían mucho más que antes. Habían visto impresionantes pináculos de roca y un río que bajaba de la montaña y desembocaba en el lago salado cerca del cual habían aterrizado, habían contado un gran número de prismas voladores, más o menos irregulares, a lo largo de la costa, pero no habían encontrado lugares habitados.

Tampoco habían avistado sombras misteriosas, aunque eso no los consolaba, porque se sentían extrañamente observados. Quizá quienes se habían refugiado en la isla los temían.

Cenaron en silencio, inseguros sobre qué hacer y, al ver que Sombrío pasaba una mano por el reclamo de los mares, Spica le preguntó:

—¿Crees que ha llegado el momento de usarlo?

—Sí —asintió él—, no podemos permitirnos malgastar más tiempo. La isla es demasiado grande para que logremos encontrar rastros sin ayuda. He esperado creyendo que podríamos descubrir algún indicio que nos señalara el camino y nos permitiera reservar la caracola para otro momento. Pero mañana por la mañana la haré sonar por tercera y última vez. Esperemos que el obsequio de Marea nos ayude, porque luego estaremos solos de verdad —concluyó, con expresión de desaliento.

—No. No estaremos solos mientras estemos juntos. —Trató de darle ánimos Spica.

Él sonrió, pero la estrella de su frente permaneció sin brillo, empañada por oscuros pensamientos.

Spica sabía que Sombrío había hablado con Floridiana en sueños cuando devolvió a su sitio los dos primeros fragmentos del escudo. Pero en vez de salir alentado de esos sueños, la última vez parecía haberse quedado turbado por las palabras de la reina de las hadas. Era como si un velo envolviera su corazón y le ocultara a ella sus pensamientos. Como si algo lo asustara... Pero ¡él era el elfo que se había enfrentado a dragones, orcos y brujas y había vencido a Brujaxa! ¡Era el amigo que siempre le había infundido valor en los momentos difíciles!

Spica suspiró. Cuánto le habría gustado hablar también ella con Floridiana, saber qué le deparaba el futuro y a qué pruebas serían sometidos en aquella isla. Absorta, tiró una piedrecita a la oscuridad que circundaba su pequeño fuego.

La tiró, pero no oyó ningún ruido. La piedrecita flotaba, suspendida sobre las demás, como colgada de un hilo. *Colamocha* se puso a juguetear con ella con una uña, haciéndola girar en el aire, mientras la luz de la hoguera le daba un resplandor metálico.

Spica apoyó la espalda en las rocas, contemplando el cielo despejado y estrellado sobre su cabeza y preguntándose dónde estaban.

Colamocha echó un vistazo a la joven elfa de cabello dorado, luego levantó la cabeza y se puso a mirar también las lejanas estrellas. Sombrío, con expresión ausente, tenía los ojos fijos en las llamas. El dragón percibía lo solo que se sentía su

caballero, a la deriva en el enorme mar que los rodeaba, y comprendía ese sentimiento. También él se había sentido así cuando estaba prisionero de los orcos, solo y sin puntos de referencia. Por supuesto, el elfo los tenía a él y a la joven estrellada, pero eso no parecía bastarle. Igual que no bastaba saber que se puede volar para no tener miedo al primer vuelo. Quizá su caballero necesitaba que alguien le dijera que todo saldría bien, que las decisiones que estaba tomando resultarían ser las correctas. Que vendrían tiempos mejores para todos ellos.

Pero nadie podía hacerlo. Ni la chica, asustada por aquel lugar e Insegura acerca del futuro, ni él, aunque su Instinto lo empujara a tener plena confianza en el elfo. Nadie que no fuera el joven encontraría la manera idónea de afrontar las cosas.

El día en que había llegado para liberarlo de su esclavitud, en la palestra de los orcos, *Colamocha* lo había sabido enseguida. Del mismo modo, también sabía que, a su debido tiempo, Sombrío sería capaz de reconocer su camino.

Estaba seguro que su caballero encontraría el modo de vencer las brumas que lo acosaban y erguirse para seguir las estrellas luminosas que lucían sobre él.

Sombrío y él eran muy parecidos.



5

LA ÚLTIMA AYUDA

CUANDO salió el sol, Sombrío y Spica ya estaban levantados. Aunque muy pronto el día sería tan despejado y caluroso como el anterior, el amanecer era frío y grisáceo. Después de un rápido desayuno, los chicos fueron con *Colamocha* al lago salado que se abría en un lado de la isla. Las olas del mar no alcanzaban el centro de la superficie de agua, que permanecía quieta y cristalina. Solamente el arroyuelo que desembocaba en él tras bajar de la montaña formaba pequeñas turbulencias espumosas. Alrededor, la costa era azotada por el mar y estaba sembrada de puntiagudos escollos.

Los chicos bajaron con cautela a la orilla para que Sombrío pudiera meter los pies en el agua y utilizar el reclamo de los mares, tal como le había dicho Marea. Un escalofrío gélido le corrió por la espalda cuando las suaves olas transparentes le rozaron las piernas. Miró el cielo, luego el agua y por último se volvió para abarcar con la vista la misteriosa isla negra aparecida durante la tormenta; sólo entonces se sintió con valor para coger la caracola de Marea.

Ya la había usado dos veces y en ambos casos habían sucedido acontecimientos desconcertantes que los habían guiado, a Spica y a él, por el buen camino para encontrar los fragmentos del escudo. Ahora no se atrevía a pensar qué ocurriría.

Aquella era su última posibilidad, pues Marea le había advertido que solamente podrían usar tres veces el reclamo de los mares. Con el corazón en un puño, esperando estar actuando de la mejor manera, Sombrío levantó la caracola, cerró los ojos y sopló con todo el aire de sus pulmones.

El reclamo de los mares emitió un suave susurro que, poco a poco, se transformó en un sonido intenso y profundo que lo envolvió todo. Fue un canto largo y melancólico, semejante a un adiós; cuando el chico apartó los labios de la caracola, las últimas notas se perdieron por encima del agua con ecos tintineantes.

Durante un rato, Sombrío temió que no sucediese nada, luego, de repente, sobre ellos retumbó un trueno.

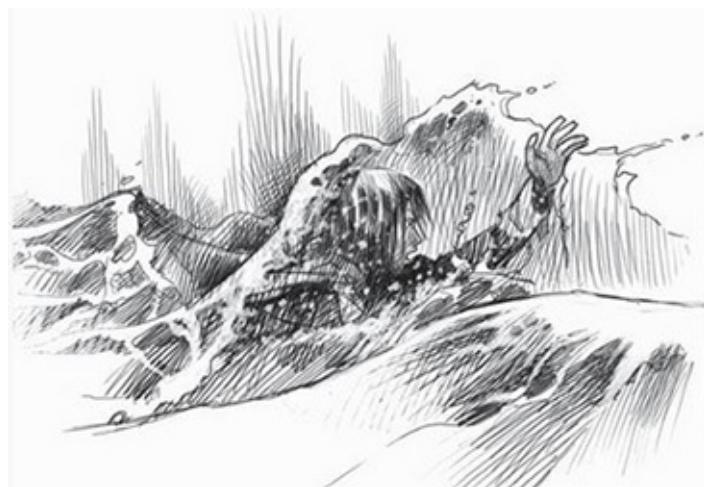
Las piedras temblaron y Spica resbaló de los peñascos con un grito ahogado y cayó al agua.

En el cielo sereno, un rayo rojizo se abatió de improviso junto a ellos y otros

rayos lo siguieron. Una rápida serie de estallidos resonó en el aire y, antes de que Sombrío se diera cuenta, algo en el lago, quizá el propio lago, lo arrastró y lo hizo desaparecer entre las olas.

Desde debajo del agua, le dio tiempo a oír el rugido de *Colamocha*, pero enseguida los sonidos se atenuaron y alejaron; fue arrastrado donde el agua era más profunda, al centro del lago, y el estupor le impidió luchar.

En torno a él había una quietud que lo hechizó. De algún modo sabía que no corría ningún peligro, el mundo submarino era brillante y maravilloso. Luces, sombras, todo parecía entrelazado de azul y reflejos dorados.



De pronto vio algo. El corazón casi le dejó de latir..., pero en ese preciso momento, las garras de *Colamocha* se cerraron sobre él con cuidado y firmeza y el azul y el silencio desaparecieron. Los sonidos volvieron a penetrar en sus oídos y el viento le azotó el rostro.

Sombrío se aferró a las garras del dragón. Ya lo entendía: el agua no había querido hacerle daño, sólo indicarle el camino. Ahora sabía adonde debía ir.

Spica, despeinada y confusa, le tendió la mano para ayudarlo a montar en *Colamocha*.

—¿Has visto qué rayos? Ha sido terrible, parecía que quisieran caer sobre nosotros.

—Pero no ha sido así —le respondió Sombrío, trepando por la pata del dragón.

Mientras se apartaba de la cara el pelo empapado, Spica lo miraba como si tuviese delante a un desconocido.

—¿Qué ha sucedido? —le preguntó.

—¡Tenemos que descender! —gritó él para hacerse oír por encima del aleteo de *Colamocha*, que volaba cada vez más alto. Luego miró abajo y, por primera vez, pudo observar toda la Isla a la clara luz del alba. Si de noche, cuando habían llegado, le había parecido una montaña surgida del mar durante la tormenta, vista desde arriba tenía la forma de una gran luna en cuarto creciente, negra y plateada contra el azul de las olas. Pero cuanto más se elevaba *Colamocha*, más borroso se hacía el contorno de

aquella tierra, que parecía difuminarse en el cielo y el mar. Un instante más y desaparecería ante sus ojos.

De golpe, el aire se adensó y Sombrío se dio cuenta de que otro rayo estaba a punto de caer.

—Tenemos que bajar. ¡Agárrate fuerte! —le gritó a su amiga.

Luego le dio dos palmadas en el cuello al dragón que, respondiendo inmediatamente a sus órdenes, cerró las alas y descendió en picado. Sombrío sintió que Spica contenía un chillido y se aferraba a él. Le agarró la mano y la estrechó entre las suyas para infundirle fuerza y esperanza.

—¿Se puede saber qué te ha entrado de repente? ¿No podíamos descender más despacio? Si los rayos... —balbuceó Spica una vez en tierra, temblando como una hoja.

—Está a punto de caer otro y estamos más seguros en la isla. Aquí no nos alcanzarán —contestó Sombrío.

—¿Cómo lo sabes? —protestó muy nerviosa la chica, mirándolo con ojos que llameaban de miedo y de cólera a la vez. Como si respondiera a su pregunta, otro rayo cruzó el cielo y fue capturado por uno de los prismas voladores, que crepitó alegramente y flotó, ejecutando una danza ingravida sobre su pedestal.

Colamocha rugió contento, erizando las escamas para recoger la electricidad del aire, mientras Spica se tapaba los oídos. El estruendo del trueno que siguió resonó en toda la isla como una explosión mágica, después todo enmudeció y, de nuevo, sólo se oyó el oleaje.

—¿No te acuerdas de lo que ha pasado cuando *Colamocha* ha lanzado un rayo contra uno de estos prismas flotantes? No sé cómo, pero esta isla absorbe los rayos, Spica. Por eso le gusta tanto a *Colamocha*, él extrae energía de ellos. Empiezo a pensar que entre él y esta tierra existe un lazo muy profundo... —concluyó Sombrío con voz calmada, poniéndole una mano en el hombro para tranquilizarla.

—Pues sabes que yo, en cambio, odio los rayos. —Sólo pudo decir ella.

Él le sonrió y la estrella de su frente brilló vívidamente un instante, haciendo resplandecer sus ojos de una manera tan intensa que Spica se calló. Pero Sombrío no pareció darse cuenta.

—Lo siento muchísimo, pero tendrás que tener mucha paciencia —dijo—. Esta isla es como un depósito de rayos, pero también el lugar donde se encuentra el tercer trozo del escudo.

Spica se quitó delicadamente la mano de él del hombro y se cruzó de brazos, más enfadada consigo misma y sus miedos que con su amigo. *Colamocha* pegó amistosamente el morro contra su cara y ella bufó, sintiendo que le tomaba un poco el pelo.

—Está bien, está bien. Pero de todas formas no me gustan.

Sólo entonces la chica se acordó del reclamo de los mares. ¿Cuál había sido la pista que Marea sugería? Temió entonces que hubiesen desperdiciado aquella

preciosa ayuda.

—¿Qué ha ocurrido en el agua? ¿Has visto algo? Porque yo no... —empezó a decir. Pero se interrumpió al ver la cara sonriente de Sombrío.

—¡Bajo esta roca hay una especie de túnel! —dijo él, corriendo por la costa hasta alcanzar el punto exacto—. Creo que es casi invisible desde fuera del agua y sin la ayuda de una luz especial.

Colamocha rugió, señalando el cielo y Spica no pudo evitar sonreír.

—La luz de los rayos, ¿verdad?

Sombrío asintió.

—No sé adónde lleva el túnel, pero una corriente helada me ha atrapado por las piernas y me ha arrastrado hasta que lo he visto.

—Marea —susurró Spica y se ruborizó; había temido que Sombrío se estuviese ahogando y le había pedido a *Colamocha* que lo salvara.

Él afirmó energicamente.

—Por lo que parece, ¡esta vez tendremos que bucear! ¿Te ves capaz?

—Claro, no te preocupes por mí.

—¿Y tú qué piensas, amigo? —le preguntó al dragón, acariciándole el hocico.

Colamocha soltó un gruñido sordo y Sombrío asintió.

—Lo sé —suspiró el joven—. Es demasiado estrecho para ti. Tendrás que dejarnos ir solos.

El dragón resopló, pero la estrella que brillaba con determinación en la frente de su caballero bastó para convencerlo.

—No temas, todo irá bien —le aseguró Sombrío—. Y si necesitamos ayuda, encontraré la manera de hacértelo saber.

Spica apoyó una mano en las escamas azules del animal.

—Tranquilo. Yo estaré con él. —El soprido de duda de *Colamocha* la hizo reír—: ¡Bueno, en todo caso haré lo que pueda! —Se volvió entonces hacia Sombrío—. Creo que no se fía mucho de mí...



El joven elfo se echó a reír, se colgó la alforja al hombro y dijo:

—Se fía de ti más de lo que crees, ¿no es verdad, amigo mío? —preguntó, volviéndose hacia el dragón con una sonrisa triste—. Tú ten cuidado aquí fuera y no olvides esas sombras que hemos visto.

Luego le tendió la mano a Spica. Ella se la dio y, juntos, bajaron hasta la orilla del gran lago salado.

6

LA VÍA DEL DRAGÓN



OMBRÍO sentía una extraña inquietud. Se volvió y sus ojos se cruzaron con la mirada preocupada de *Colamocha*; por alguna misteriosa razón tenía la impresión de que no volvería a verlo demasiado pronto.

Sentía que debía afrontar aquella prueba solo. Era su prueba.

Encuentra el tercer fragmento y tendrás la llave del presente: simboliza tu vida, tus sueños y tu corazón. Será la tarea más ardua. ¡No traiciones a tus amigos y la isla revivirá! ¡No te traiciones a ti mismo y encontrarás tu camino!

Las palabras que Floridiana le había dicho en sueños lo preocupaban.

La traición era el motivo por el que la isla había caído en manos de las brujas; en el fondo de su corazón, Sombrío no podía evitar preguntarse si estaría a la altura de la tarea que le había sido encomendada.

Estaba muy seguro de que no podía ni quería traicionar a sus amigos, pero ¿qué significaba no traicionarse a sí mismo?

Miró el agua clara que tenía delante y otro pensamiento lo sacó de esas reflexiones: todavía no había cumplido su promesa de devolver a las olas el reclamo de los mares.

Se lo desató del cinturón, lo dejó caer al agua y lo vio sumergirse hasta el fondo. Parecía una caracola normal. Esperó que pudiera ayudar a otros en el futuro y luego volvió a sus consideraciones.

Lo único cierto era que no podía echarse atrás. Alcanzó a nado el punto en que había visto el túnel y metió la cabeza en el agua. Sin la luz de los relámpagos, no encontró enseguida la abertura, pero de repente, instantes antes de que empezara a faltarle el aire en los pulmones, la estrella de su frente brilló y una piedra negra, en la que había esculpidos una luna y un sol, le devolvió el brillo desde el fondo del lago. La entrada debía de estar allí.

—¿La has encontrado? —le preguntó Spica cuando lo vioemerger.

—Sí, allí abajo! —respondió él, tomando aire.

Luego se sumergió de nuevo y, con pocas y rápidas brazadas, se acercó a la piedra lo bastante como para poder observar cada detalle.

El sol y la luna. Como en el medallón que le había dado su padre, Corazón Tenaz,

y que siempre llevaba colgado al cuello. También la forma de la isla misteriosa era la de la luna. ¿Sería aquella isla el origen de aquel grabado? ¿Encontraría respuesta a sus preguntas sobre su padre?

Spica vio que Sombrío le hacía una seña. Apretó los labios un momento y al fin se decidió; tomó aire y se zambulló también. Desapareció en el lago salado, acompañada por un rugido de *Colamocha*. En la nube de burbujas que la rodeó, buscó a su amigo, que entraba en aquel momento en la oscuridad del túnel. Lo siguió.

Una piedra del fondo despedía una pálida luz plateada, pero a Spica no le dio tiempo a pararse para contemplarla. Buceó más rápido para alcanzar a Sombrío.

Atravesó un muro de agua fría y oscura y, por un Instante, perdió la lucidez; luchó contra la débil corriente que parecía querer repelerla. Empezó a notar el peso de la coraza de cuero, que se le estaba empapando, y el arco le estorbaba; notó que el frío se le metía en los huesos, pero apretó los dientes y siguió nadando. Tenía que conseguirlo.

Débiles luces flotaban delante de ella. Parecían reflejos del sol. ¿El sol a la salida del túnel? Nadó hasta sentir los pulmones vacíos y las piernas sin fuerza, y precisamente entonces la luz se volvió de un color rojo sangre. Spica distinguió con dificultad unos peldaños sumergidos; parecían lejanos, pero tenía que llegar hasta ellos. Hizo un esfuerzo enorme, creyó que no lo conseguiría, pero una mano fuerte la agarró y la sacó del agua cuando estaba a punto de rendirse.

—¡Vamos, respira! ¡Hemos llegado! —oyó gritar a Sombrío.

Spica se agarró a su brazo y, empapados y nerviosos, subieron juntos los escalones.



—Creía que no terminaba nunca —murmuró la joven elfa, contenta de verse fuera de aquel abismo gris y helado. Cerró un instante los ojos para sacudirse de encima los últimos restos de miedo. Cuando los reabrió, vio que se encontraban en una pequeña sala circular, iluminada por globos de luz roja que semejaban llamas. En los lados de la sala, poderosas y grandes columnas sostenían un techo recubierto de minúsculos cristales argénteos.

Spica tragó saliva, con el absurdo temor de encontrarse de nuevo, a saber cómo, en el castillo de Brujaxa. Pero se recobró enseguida y preguntó:

—¿Dónde estamos?

—Por aquí hay un pasadizo —dijo Sombrío, con la estrella de la frente brillándole con la misma luz rojiza de los globos llameantes.

Y se dirigió hacia un oscuro pasillo que se abría en una de las paredes.



Colamocha se había enroscado sobre uno de los peñascos negros que rodeaban el lago salado y no les quitaba ojo a las aguas en las que habían desaparecido Sombrío y Spica.

Todavía no habían vuelto. Aunque Sombrío le había dicho que no temiera por él, el dragón había notado que la angustia atenazaba el corazón de su caballero.

Se movió de un lado a otro sobre las rocas, inquieto, luego abrió las alas y sobrevoló brevemente la isla, tratando de averiguar adónde podía ir a parar aquel túnel. Estaba muy preocupado por los misteriosos elfos que se había encontrado. No temía por él, pues no eran más que pequeñas criaturas de las que podía defenderse sin apenas esfuerzo. Pero Sombrío no.

Algo negro se movió con celeridad entre las piedras. El dragón fingió que no lo había visto. Hubo otro movimiento y otro más. Algo corría por la superficie en apariencia desierta de la Isla. *Colamocha* se acercó, pasó en vuelo rasante y luego decidió aterrizar en la ladera de la montaña oscura donde había vislumbrado el último movimiento furtivo. Se posó en las rocas negras, sujetándose con sus poderosas garras, y se mantuvo alerta.

¿Serían Sombrío y Spica?



Del fondo del túnel les llegó un sonido parecido al de huesos rodando. Sombrío se llevó la mano a *Veneno* y, aunque la espada no vibraba, la sacó dos dedos, listo para desenollarla del todo.

—Quédate detrás de mí —le ordenó a Spica.

La chica agarró a su vez el arco plateado y preparó una flecha con dedos ateridos. En sus ojos volvían a brillar el coraje y la determinación.

Aquel lejano repiqueteo cesó y solamente se oyó el ruido distante del mar.

Sombrío apretó los dientes y avanzó un paso. Al final del pasadizo había una escalinata de peldaños lisos y regulares que subían y desaparecían en la oscuridad apenas mitigada por la luz rojiza.

El chico caminaba en silencio. Gotas de agua caían al suelo desde su ropa mojada y resonaban sobre las piedras.

A Spica le costaba muchísimo creer que aquel lugar, excavado bajo las piedras negras de la isla, oculto al sol y al cielo, en otro tiempo estuviera habitado.

El aire se volvió más templado y en el silencio pudieron distinguir un sonido lejano e indescifrable.

—Este sitio da escalofríos... ¿Crees que el fragmento del escudo puede estar aquí?

—Tal vez. Pero aquí hay algo... —Sombrío presentía que no iba a ser tan sencillo.

—¿Qué quieres decir?

—Ésta no es una cueva abandonada. Las escaleras, las columnas, esos globos de luz... —empezó a decir el chico y de golpe se detuvo.

Spica estuvo a punto de chocar con él. Sombrío frunció el ceño y agarró con más fuerza la empuñadura de *Veneno*. Esperó.

Había entrevisto algo brillante un poco más allá. ¿Era solamente un reflejo? Entornó los ojos para ver mejor. El brillo se repitió, breve e intenso, duró un instante y luego se apagó. A continuación, dos luces rojas se encendieron.

Sombrío se estremeció.

Ojos.

Ojos rojos al acecho delante de ellos.

Los dedos de Spica tensaron el arco plateado.

—¡No, quieta! —le susurró él.

Inexplicablemente, *Veneno* no vibraba. Tampoco Sombrío se sentía en peligro; quizás aquellas criaturas, fueran lo que fuesen, no eran peligrosas. Puede que los dejaran pasar.

Subió lentamente los peldaños, de uno en uno. Los centelleos rojos desaparecieron y luego se encendieron de nuevo, primero unos cuantos y después, poco a poco, cada vez más y más inquietantes.

—Pero ¿quiénes...? —susurró Spica, desconcertada.

Sólo cuando estuvieron lo bastante cerca, los chicos comprendieron de qué se trataba. Eran las pequeñas lagartijas rojizas que habían visto al llegar a la Isla y que ahora los observaban con curiosidad.

—Son miles... Parecen... ¡parecen dragones en miniatura! —sonrió Spica, aliviada.

Siguieron subiendo y, gradualmente, una luminosidad más difusa empezó a aclarar la escalinata. El número de lagartijas era impresionante. Cubrían las paredes y el techo y resbalaban unas sobre otras.

Sombrío sintió un escalofrío en la espalda. Aceleró el paso. La leve claridad que tenían enfrente se hizo más fuerte y una ráfaga de aire caliente les confirmó que estaban saliendo a la luz del día. Olía a resina y plantas verdes.

Habían llegado a lo alto de la escalera. Pocos pasos más y la luz del sol los inundó.

—Ah, por fin... —dijo Spica, pero no pudo terminar la frase.

Un sonido vibró a su espalda.





Un ruido de piedras hizo volverse a *Colamocha*, que erizó las escamas, desconfiado. No era Sombrío.

Una criatura con capucha negra se apartó de la roca tras la que estaba escondida y se puso en pie. En sus manos brillaba algo, lo mismo que en la anterior ocasión había asustado ya al dragón. Ahora *Colamocha* lo veía bien: era la punta plateada de una lanza.

Resopló amenazadoramente y, de repente, dos, tres, cuatro sombras más salieron de escondites invisibles y lo rodearon. En torno a él brillaron otras puntas de metal. Al verlas, *Colamocha* levantó la cabeza en posición de combate, tiesas las escamas de la nuca; el horror de la esclavitud en las tierras de los orcos, que nunca se había borrado de su mente, retornó más vivo que nunca. Sus colmillos despidieron pequeños rayos.

Una de las criaturas encapuchadas habló. Era la voz débil e insegura que *Colamocha* ya había oído.

El dragón rugió, nervioso. Esta vez, el desconocido no retrocedió, es más, alzó la voz. Las lanzas se movieron casi al unísono. Entonces, *Colamocha* se irguió, abrió las fauces, bramó con toda su fiereza y exhaló una violenta llamarada.

Su cola golpeó contra el suelo y la mitad de las figuras oscuras cayeron. Una capa negra se prendió fuego, alguna otra figura recibió un golpe y, en el caos que siguió, el dragón pensó en una sola cosa: ¡su caballero, su único amigo, corría un gran peligro en aquella isla!

Se lanzó contra las figuras encapuchadas que lo amenazaban con lanzas.

—¡Vámonos de aquí! —gritó alguien, mientras *Colamocha*, con un rápido movimiento de la cola, golpeaba un cúmulo de piedras y las hacía rodar por la ladera de la montaña. Voló una flecha, que se estrelló contra sus escamas azules como contra un muro de granito. Rugió y las criaturas, asustadas, se escabulleron en las sombras. Solamente una, quizá herida, permaneció en el suelo.

Colamocha llegó a su lado de un salto y la miró con sus profundos y magnéticos ojos amarillos llenos de rabia, con los colmillos fuera, listos para lanzar rayos.

La criatura soltó un gemido ahogado.

—¡Tú eres un dragón azul y los dragones azules no... no matan a los elfos! Nunca los han matado. ¿Qué te han hecho para volverte tan feroz?

Su mirada se demoró un instante en las cicatrices de *Colamocha*, los signos de las viejas torturas a que los orcos lo habían sometido.

El dragón emitió un gruñido bajo y su aliento caliente hizo revolotear la capa del elfo, que gimió. La pequeña criatura tanteó a ciegas para recuperar la lanza, que se le había caído, pero *Colamocha* se adelantó a él con un rapidísimo movimiento de la pata. Aplastó el asta y la hizo trizas. La mirada del dragón se había vuelto dura,

helada. El elfo temblaba. *Colamocha* parecía a punto de devorarlo cuando un silbido resonó en el aire detrás de él. Un silbido que el dragón ya había oído antes, en un pasado muy lejano. Ese sonido hizo que se volviera de golpe y, en el punto del que provenía, vio una sombra desapareciendo a toda prisa entre las piedras.

Gruñó muy nervioso, con la impresión de que alguien quería burlarse de él. Cuando se volvió de nuevo hacia su prisionero, el elfo ya no estaba.

El aire fue sacudido entonces por un fuerte y rabioso rugido. Ágilmente, el dragón se alzó en el aire y volvió a sobrevolar la isla, furioso.



Al salir al aire libre, Sombrío se protegió los ojos con la mano, pues las reverberaciones de la luz solar eran cegadoras. Mientras trataba de comprender dónde estaban, oyó un silbido a su espalda. Eran las lagartijas, que abrían y cerraban la boca en una especie de canto casi ensordecedor que se alzaba hacia el cielo. Spica tuvo que taparse los oídos.

En ese instante, con el rabillo del ojo, Sombrío vio moverse algo.

—¡Quédate atrás! —le gritó a la joven elfa por encima del canto de las lagartijas. Y, como si hubieran reconocido su voz, de repente, los extraños animalitos se callaron.

Entonces, una voz dura y rabiosa les ordenó:

—¡Quietos, invasores!

Quien había hablado era una figura vestida de oscuro, encapuchada, que los apuntaba con una lanza.



Spica profirió una exclamación ahogada y Sombrío entornó los ojos para distinguir mejor la figura a contraluz, pero la capa negra la nacía impenetrable.

—¿Quién eres? —le preguntó.

Otras sombras se movieron detrás del desconocido. Parecían elfos.

—¿Quiénes sois vosotros? ¿Cómo habéis logrado llegar hasta aquí? —atronó la voz.

—Hemos venido para cumplir una Importante misión... una cuestión de vida o muerte —respondió Sombrío.

—¿Qué clase de importante misión? —preguntó la figura encapuchada.

—Estamos aquí en nombre de... —empezó a decir Spica, orgullosa.

—¡... de una persona demasiado digna para revelarle su nombre a un desconocido que nos apunta con una arma! —La interrumpió Sombrío.

En el grupo se oyeron risitas.

—Muy bien. Haced lo que queráis. Entretanto, ¡entregadnos vuestras armas! —ordenó amenazadora la figura, avanzando un paso.

Justo en ese instante, un estruendo tremendo, como el de una tempestad de rayos, hizo temblar la tierra y el cielo. Sombrío se sobresaltó. Desde los tiempos en que se habían enfrentado en la palestra de los orcos, no oía rugir a *Colamocha* con tanta ferocidad. Hizo un movimiento instintivo de darse media vuelta y responder a la llamada de su amigo, pero una voz a su espalda lo detuvo.

—¿Adónde crees que vas?

La punta de una lanza apareció tan cerca del cuello de Spica que le hizo temer que aquella gente, fueran quienes fuesen, no dudarían en usar sus armas.

Sombrío analizó rápidamente la situación y llegó a la conclusión de que lo único que podían hacer era rendirse. Tres figuras encapuchadas salidas de improviso del túnel bloqueaban la última vía de escape.

—Está bien —dijo el joven elfo de muy mala gana, levantando las manos.

—Pero ¡no podemos rendirnos! —protestó Spica—. *Colamocha*...

—Está bien —repitió él en voz bastante baja, pero con decisión.

Luego, rápidamente, se desabrochó el cinturón del que llevaba colgada *Veneno*, que no vibraba, y la arrojó al suelo frente al desconocido. Spica hizo otro tanto con el arco y las flechas.

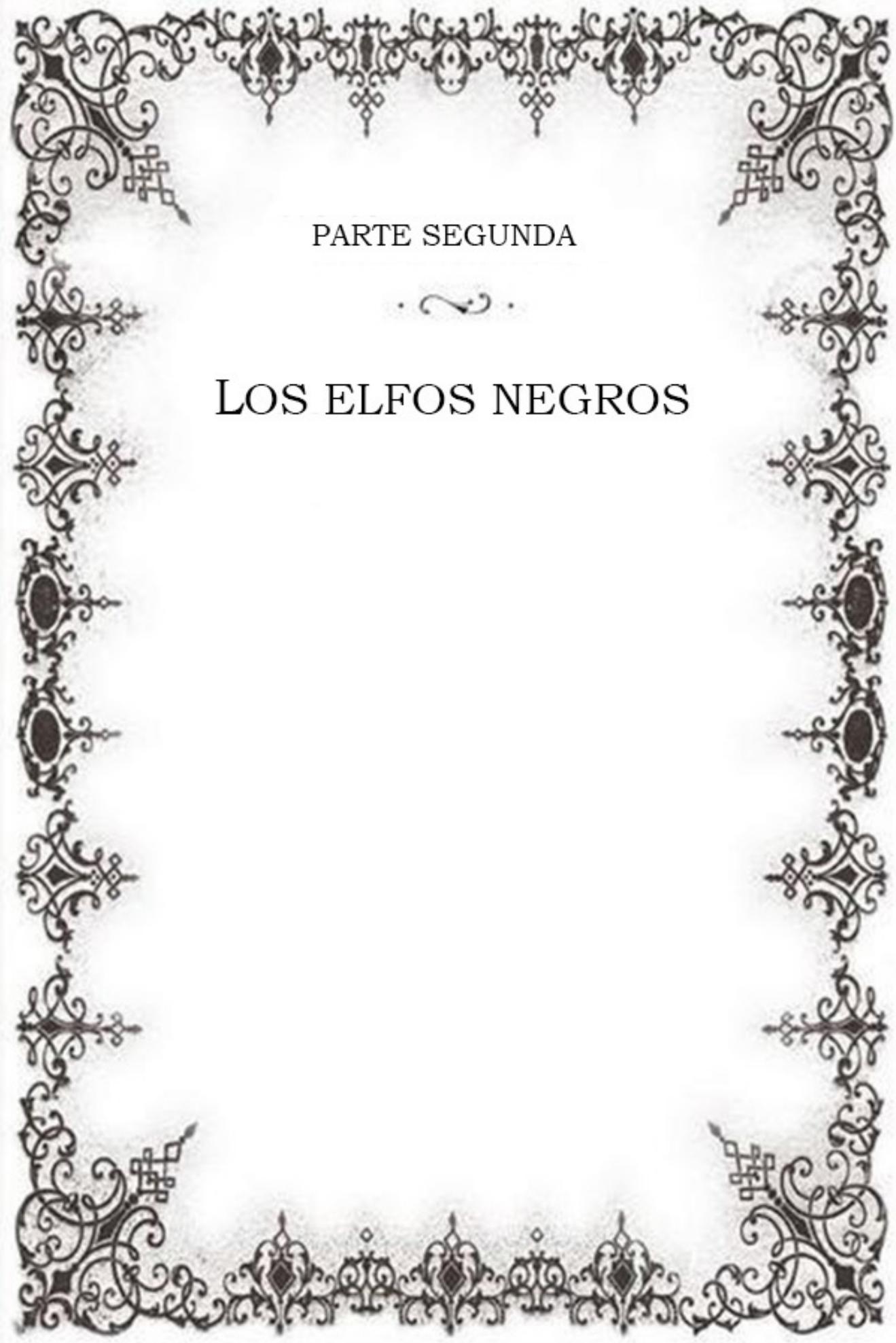
Mientras se los llevaban maniatados, Sombrío se volvió y echó un vistazo a la entrada del túnel por el que habían llegado. Desde fuera parecía una especie de boca de dragón abierta, con los colmillos formados por columnas negras y relucientes por las que corrían lagartijas rojas.

Todo en aquella isla le parecía conectado con los dragones azules... ¿Se trataría de la legendaria tierra en donde hacían sus nidos esas fieras criaturas?

Stellarius le había hablado de ella hacía mucho tiempo. Pero no, en tal caso, sus habitantes habrían sido aliados, no enemigos dispuestos a apresarlos.



Sombrío pensó con aflicción que ni *Veneno* ni el anillo de luz lo habían advertido. Como Floridiana había predicho, estaba solo.



PARTE SEGUNDA

. . .

LOS ELFOS NEGROS

EL VIENTRE DE LA ISLA

LOS misteriosos elfos encapuchados habían llevado a Spica y a Sombrío a un pequeño claro entre las rocas y ahora hablaban en voz baja. Al parecer, no se ponían de acuerdo sobre qué hacer.

Spica miró alrededor. A su espalda se entreveía aún, entre los troncos de los árboles, la cabeza de dragón por la que habían salido y por la que pululaban las lagartijas rojas, que parecían darle vida.

La estrecha franja de cielo sobre sus cabezas resplandecía iluminada por los rayos del sol, pero el aire tibio no bastaba para calentar a los dos chicos, empapados hasta los huesos tras su Inmersión en las aguas del lago salado. Sombrío, sin embargo, no sentía frío, y su único pensamiento era para *Colamocha* y su rugido. Le habría gustado correr a su lado para tranquilizarlo... pero no podía. Se miró las manos atadas y suspiró.

—... ya están aquí. —Escuchó comentar a uno de los desconocidos.

—... podrían llegar más por la Vía del Dragón, ¡el peligro es grave! —intervino otro.

Sombrío trató de captar fragmentos de la conversación, pero el encapuchado más alto, que debía de ser el jefe, les lanzó una mirada desde debajo de la pesada capucha y se acercó.

—¡Vosotros dos, andando! —ordenó secamente, tirando de la cuerda a la que Spica y él estaban atados.

El elfo misterioso caminaba con rapidez por el camino de piedra, parándose sólo de vez en cuando para asegurarse de que los dos prisioneros lo seguían. Iba tan de prisa que los chicos a duras penas podían seguir su paso por aquel terreno accidentado. Entraron en un laberinto de estrechos pasajes rocosos; un zumbido bajo llenaba el aire, como si la isla respirase. De repente, una especie de nube veloz tapó por un momento el azul retazo de cielo que tenían sobre sus cabezas. Su guía se detuvo. Un violento golpe sacudió las rocas y un profundo rugido resonó en el camino. De improviso, las piedras que los rodeaban oscilaron y algunas de ellas empezaron a moverse de un lado a otro de la ruta, transformando la configuración del suelo.

El encapuchado se detuvo y esperó, aparentemente tranquilo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Spica, más fascinada que asustada por aquel extraño entorno.

Pero el desconocido no respondió y solamente cuando las piedras dejaron de desplazarse reanudó la marcha a buen paso.



—¿Adónde nos llevas? —se atrevió a preguntar muy decidido Sombrío.

—¿De verdad quieres hacerme creer que no sabíais adónde conduce la Vía del Dragón? —respondió finalmente el encapuchado—. ¡Nadie habría podido encontrarla sin conocer su existencia y nadie se habría aventurado hasta aquí sin una buena razón!

—De hecho, tenemos una buena razón —replicó Sombrío. Luego, animado por aquel rápido intercambio de preguntas, añadió—: ¿Y por qué tanto secretismo?

—Eso no os incumbe —cortó en seco el desconocido. Luego se paró y dirigió una mirada inquieta al cielo.

Una sombra volvió a pasar sobre ellos, oscureciendo el sendero durante breves instantes. Otro golpe resonó a lo lejos y retumbó en las piedras.

—Soltadnos y le ordenaré que se detenga —dijo decidido Sombrío.

Spica lo miró sorprendida.

Pero el desconocido lo había comprendido perfectamente. Se volvió para mirar a Sombrío a la cara.

—No esperes que pueda ayudaros —murmuró éste—. Tu dragón azul no nos encontrará. No donde estamos ahora y mucho menos allí a donde nos encaminamos, muchacho.

La joven elfa se sobresaltó y alzó los ojos al cielo. ¿De verdad aquella sombra oscura que parecía una nube era *Colamocha*?

—Ni siquiera con su rayo más potente podría hacer algo por vosotros —siguió diciendo el desconocido—. Pero no temas, pronto se cansará de buscarte.

—No, no se cansará —contestó Sombrío convencido. Si de algo estaba seguro era de que *Colamocha* daría la vida antes que abandonarlo. Y ese pensamiento lo consolaba y lo preocupaba al mismo tiempo—. Si él no puede encontrarnos ni ayudarnos, entonces tú puedes decirnos adónde nos dirigimos —insistió Sombrío—. No hay ningún riesgo de que podamos encontrar el camino de vuelta por este sendero que cambia continuamente. Solos no.

El encapuchado lo miró un instante.

—Al Vientre de la Isla. Allí nos dirigimos. Y ahora vamos, ya falta poco —respondió, volviéndose y reanudando la marcha.

El Vientre de la Isla... El mero nombre daba miedo. Spica se estremeció.

Minutos más tarde, las piedras negras que los rodeaban hasta ese momento se ensancharon y el sendero ofreció un espectáculo que los chicos jamás habrían imaginado ver en aquella isla.

En el fondo de un amplio y profundo cráter, circundado por una enorme muralla natural de piedras oscuras y fortificado con torreones puntiagudos, se alzaba un conglomerado de casas de piedra viva entre las que se intercalaban praderas de hierba tierna, vallados y árboles cargados de frutos de un color violeta intenso. Desde donde se encontraban, Sombrío podía ver el camino que bajaba por la pendiente del cráter y se adentraba entre las casas. Se parecía de manera impresionante al pueblo de pescadores de la isla de los Caballeros, con la única diferencia de que allí todo rebosaba vida.

Pequeñas figuras atareadas se movían entre las viviendas en medio de cuerdas de ropa tendida al sol. De algunas casas salían columnas de humo y débiles golpes indicaban que algún herrero estaba trabajando. Aquí y allá, prismas negros como los que habían visto ya en la costa flotaban sobre sus bases semiesféricas y centelleaban bajo el sol... Había una luz cálida, antinatural, como si una capa de bruma cubriera la cima del cráter.

—¡Es increíble! ¡Un pueblo entero de elfos! —susurró Spica.

—Sí... de elfos negros —murmuró el joven elfo, estupefacto.

La familiaridad que sentía con aquel lugar y el símbolo con la luna y el sol juntos que había visto a la entrada del túnel submarino le habían hecho comprender la verdad.

Spica le apretó el brazo. También el desconocido encapuchado se volvió para mirarlo.

Parecía disgustado.

—Así pues, tenía razón —dijo ásperamente, echándose atrás la capucha y naciéndoles una seña a los demás para que corrieran a avisar de su llegada—. Sabíais lo que encontraríais aquí —añadió, dejando que el viento le despeinara la cabellera negra y tupida. Su rostro tenía una expresión hosca.

Su voz desconfiada impresionó a Sombrío, que se volvió y, por primera vez, sus ojos se cruzaron con aquellos otros ojos, tan negros como la piedra de la que estaba

hecha la isla entera.

Mientras, voces agitadas se habían alzado en el pueblo y se oyeron gritos de miedo cuando la sombra de *Colamocha* pasó otra vez por el cielo, rugiendo. Todos corrieron a esconderse en sus casas y cerraron puertas y ventanas.

—¿Por qué hacen eso? —preguntó Spica apesadumbrada—. ¡No somos ningún peligro! Si pudiéramos explicarles...

El desconocido la miró y negó con la cabeza al tiempo que se reía tristemente.

—La razón de tanto miedo es muy simple: nadie había venido a esta isla desde hace muchísimos años. Y en estos tiempos oscuros, quien viene de fuera es siempre un peligro en potencia.

—Pero... —Iba a objetar Spica, testaruda.

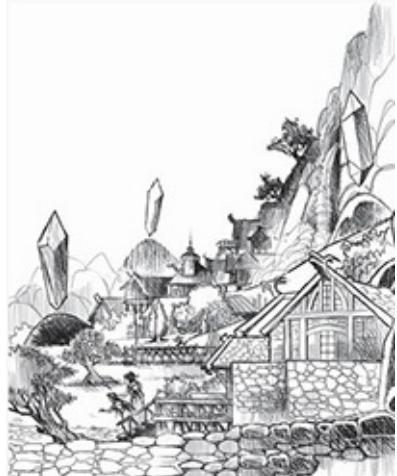
Él no le permitió terminar.

—Tened presente una cosa: nadie que haya llegado aquí movido por malas intenciones ha logrado jamás salir del Vientre de la Isla. Si sois amigos, como decís, entonces se os escuchará. Pero si sois aliados de las brujas, éste es el último cielo que veréis —concluyó con expresión siniestra.

Se calló y reanudó la bajada hacia el pueblo tirando de los dos chicos.

Sombrío no se atrevió a hacer más preguntas. La emoción y, al mismo tiempo, el temor colmaban su corazón. Allí era, pues, donde su padre había crecido, donde había vivido antes de convertirse en caballero; aquéllos eran los caminos por los que había corrido de niño... Allí estaba otro pedazo de su pasado.

Y probablemente allí se escondían el tercer fragmento y el secreto de los caballeros del que su padre hablaba en su diario.



8

CAPANEGRÁ



OMBRÍO y Spica sintieron una opresión en el corazón ante el silencio sepulcral que los recibió a la entrada del pueblo. Las puertas y ventanas atrancadas, las calles desiertas y aquel cielo lechoso creaban una atmósfera irreal.

Sombrío notaba el miedo flotando en las calles y detrás de las puertas de madera tallada. Se volvió para observar el empinado sendero por el que habían bajado y se dio cuenta de que algunos soldados vestidos de negro no les quitaban los ojos de encima. El borde del profundo cráter en el que se hallaba el pueblo estaba salpicado de largas saeteras de las que asomaban racimos de flechas apuntadas hacia ellos.

Eran muchos. Habían estado ocultos hasta que, descubiertos, se habían visto obligados a mostrarse.

Mientras atravesaban el pueblo, Sombrío vio detrás de una ventana dos ojos curiosos que los escrutaban. También el elfo negro que los guiaba se dio cuenta y dio un tirón a la cuerda para que no aminoraran la marcha. La ventana se cerró con un chirrido y Sombrío apretó el paso.

—¿Adónde nos llevas?

—A la Boca de la Verdad —respondió secamente el otro.

Sombrío miró a Spica, que arrastraba los pies a su lado, agotada.

—¿Veremos a vuestro rey? —preguntó ella.

El elfo negro giró apenas la cabeza y la observó por encima del hombro.

—Habéis reconocido nuestro pueblo, pero, por lo que parece, no conocéis a los elfos negros, extranjeros. Nosotros no tenemos rey.

—A vuestro jefe, entonces. Necesitamos hablar con él —dijo Sombrío.

—Veréis al Sabio, a los dos Consejeros y a la Asamblea cuando ellos quieran veros, si es que quieren. —Fue su única respuesta.

Se adentraron entre los árboles de un pequeño bosque e, instantes después, llegaron a un edificio de piedra negra que parecía incrustado en la ladera de la montaña. Pasaron por una puerta sin guardias en la que estaba tallada la sinuosa figura de un dragón y recorrieron un pasillo iluminado por globos rojos idénticos a los que ya habían visto; también las paredes estaban decoradas con imágenes de

dragones.

El calor se hacía más sofocante conforme avanzaban y Sombrío y Spica se preguntaron, atemorizados, qué los aguardaría al final de aquel corredor. Desembocaron en una gran sala cubierta por una cúpula sostenida por altas columnas; una amplia escalera semicircular bajaba hacia el fondo de un foso rojizo, situado en el centro de la sala y sobre el cual habían tendido un puente de metal.



El elfo los condujo por la escalera y luego por el puente; bajo ellos hervía una sima de magma de la que subían asfixiantes vaharadas de calor. Spica se agarró del brazo de Sombrío mientras miraba abajo, impresionada.

Al otro lado había un alto estrado con tres sillas de madera oscura tallada; a cada lado se abría una puerta negra como la noche. El elfo tiró de ellos hasta una de aquellas entradas. Un repentino frescor envolvió a los chicos. Por una ventanita alta se colaba una luz incierta en la que danzaban motas de polvo.

—Hemos llegado. Aquí esperaréis el juicio —dijo, mientras los encerraba en dos celdas distintas.

—¿Cuándo será? —preguntó Sombrío, agarrándolo de una manga para impedir que se fuera sin responder.

—Cuando lo decida el Sabio.

—No tenemos mucho tiempo —se apresuró a decir Sombrío—. Estamos aquí por una cuestión de vida o muerte... Díselo a vuestro Sabio.

Los ojos del elfo se clavaron en él.

—¡Con las brujas, siempre es cuestión de vida o muerte!

—Tienes razón, pero no es mi vida la que me preocupa, sino la de personas inocentes aprisionadas por un terrible hechizo.

El elfo se soltó el brazo sin añadir nada.

Sombrío no sabía qué más hacer. A la isla de los Caballeros no le quedaba mucho tiempo, ¿cómo podía convencer al desconocido de que el Sabio debía concederles audiencia lo antes posible? Con un rápido gesto, se arrancó del cuello el medallón con el sol y la luna que su padre le había dado antes del enfrentamiento final con Brujaxa. Era lo único que le quedaba de él.

La mirada del elfo se volvió gélida.

—¿Cómo has conseguido esto? —masculló, alargando la mano para cogerlo.

Sombrío retrocedió y miró brevemente a Spica, que observaba la escena desde detrás de los barrotes.



—Era... es de mi padre. Él me lo entregó y yo lo conservaré hasta que pueda devolvérselo —dijo lentamente, como si le costara trabajo pronunciar cada palabra.

—¡Si tienes corazón, escucha al menos lo que tenemos que decir! ¡Si perdemos demasiado tiempo, muchos inocentes morirán! —intervino Spica—. ¡Y tampoco habrá ya esperanza para su padre!

Pero los ojos del elfo siguieron fijos en Sombrío.

—¡Mientes! —dijo con los dientes apretados—. ¿Tu padre? ¿Cómo podría una criatura con el cabello verde como tú y una estrella en la frente ser uno de nosotros?

—Mi padre nació en esta isla, yo no. Mi madre era una elfa forestal y yo crecí en el Reino de las Estrellas. El lugar del que también proviene ella —añadió, señalando a Spica.

La frente del elfo negro se frunció aún más.

—El hecho de que afirmes conocer los antiguos reinos y a sus habitantes no demuestra nada. Podrías haberte apropiado de ese medallón de muchas maneras, mediante el engaño o la traición. Y probablemente te procuraste del mismo modo esa armadura de caballero —replicó.

—Pero ¡si es Floridiana quien nos ha mandado aquí! ¡Ella lo nombró caballero después de que derrotara a Brujaxa! —estalló Spica.

—¡Derrotar a Brujaxa! —se rió amargamente el elfo negro—. ¿Quién me dice que no mentís? Nosotros no podemos arriesgarnos. Las consecuencias serían demasiado graves para todos nosotros... y para muchos otros.

—Pero estamos diciendo la verdad. ¿Cómo puedo convencerte? ¡Mira mi espada y el arco de Spica! La espada era la de mi padre: es una espada del destino y tiene su monograma en el puño, la C de Corazón Tenaz. ¡Nadie más que alguien de su sangre o alguien a quien su dueño se la hubiera cedido podría empuñarla! Y el arco se lo dio a Spica Floridiana en persona.

El elfo miró el medallón. Parecía que el nombre de Corazón Tenaz, en vez de convencerlo, lo hubiese endurecido aún más.

—El único modo que tienes de persuadirme es superar la prueba de la Boca de la Verdad. Hazlo y te creeremos, pero hasta entonces... —añadió fríamente—. El Mal tiene muchas caras y la mentira es una de ellas.

Sombrío lo agarró otra vez por la manga y le tendió el medallón.

—Tómalo, como quiera que te llames. Enséñaselo al Sabio. Cuéntale lo que te hemos dicho y pídele que nos escuche antes de que se haga de noche. El destino de la isla de los Caballeros depende de ello.

El elfo frunció el ceño.

—Ninguno de nosotros daría de esta manera su medallón, muchacho.

—No te lo estoy dando. Me lo devolverás —contestó Sombrío.

El elfo alargó la mano y cogió el colgante.

—No sé si van a aceptar recibir órdenes de un extranjero recién llegado —murmuró.

—Lo único que pido es ser sometido a la prueba de la Boca de la Verdad lo antes posible, no evitarla —replicó Sombrío.

—¿Qué peligro puede haber en escuchar lo que tenemos que decir? —preguntó Spica.

El elfo la miró dubitativo y, mientras se guardaba el medallón en un bolsillo, volvió a observar a Sombrío como si tratara de recordar a alguien.

—No sé si es verdad lo que dices, pero, en todo caso, he de reconocer que tienes mucho valor, muchacho. Hablaré con el Sabio. La verdad nunca ha hecho daño a nadie.

Luego, con un rápido movimiento, el elfo negro desapareció en la oscuridad de la sala.

Sus pasos resonaron hacia la salida, pero de repente se detuvieron.

—Me llamo Capanegra —dijo—. Y volveré pronto para deciros lo que hayan decidido.



—¡Hay que matarlo! —exclamó uno de los elfos de manto negro—. ¡Casi mordió a Manofirme!

—¡Estaba a punto de devorarlo! —confirmó otro con un estremecimiento.

—Nunca, en mi vida, había visto tan rabioso a un dragón azul —observó un tercero.

Fuera de la sala de la Boca de la Verdad, bajo las plantas de hojas oscuras, se habían congregado muchos elfos negros.

—¡Porque tú nunca has visto a un dragón salvaje hambriento! —intervino uno que estaba a la sombra de un árbol.

Pero el elfo más próximo a él negó con la cabeza.

—Aquí no se trataba de hambre, sino de...

—¿Dónde está Manofirme? —lo interrumpió otra voz, ésta más dura.

—En la enfermería, con la hija de Capanegra. El golpe que recibió casi le destrozó la coraza, tenía un corte en la frente y, seguramente, alguna costilla rota.



—¿Y se puede saber qué pensaba hacer? —tronó de repente una voz procedente de la espesura. Frente a los elfos allí reunidos apareció Capanegra—. ¿Acaso no había ordenado a los aprendices que no salieran del cráter y que se mantuvieran alejados de ese dragón?

Se hizo un silencio avergonzado.

—¿Y bien? ¿Qué os pasa, habéis perdido la voz? ¡Que alguien me diga lo que ha sucedido! —ordenó.

—Manofirme ha hecho una incursión fuera y ha tratado de acercarse al dragón —contestó con un suspiro el elfo del árbol—. Estaba con los otros aprendices y por poco se ha dejado el pellejo. Por suerte, Vistaguda ha intervenido a tiempo distraiendo a la fiera con uno de sus silbidos encantadores.

—¡Ese dragón es muy peligroso! —dijo uno de los presentes.

—Y ahora se ha vuelto peor aún —añadió otro—. Como se acerque demasiado y encuentre el modo de atravesar la protección mágica de las torres que rodean el cráter, la única solución será abatirlo.

—Ya sabe que nos escondemos en la montaña y, gracias a la imprudencia de Manofirme, ahora pensará que somos enemigos.

—¡Es una bestia salvaje! —gritó alguien.

Capanegra cerró los dedos sobre el medallón de Sombrío, que guardaba en el bolsillo, y negó con la cabeza.

—Puede. O puede que simplemente sea un dragón fiel —murmuró.

—¿Fiel?

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que, mientras crea que su caballero está atrapado aquí, en peligro, lo buscará aunque tenga que destruir la Isla entera.

Las palabras de Capanegra fueron recibidas con un silencio cargado de estupor.

—¿Su caballero?

—¿Quieres decir que el chico es realmente su caballero? ¡Sabes que eso no es posible! ¡Todos los caballeros están muertos!

—¡O convertidos en piedra! —añadió otro, con los dientes apretados.

—¡Y además es demasiado joven!

—Es joven, sí, pero no demasiado —replicó Capanegra—. Y puede que no todos los caballeros de la rosa estén muertos o petrificados. De todos modos, ese dragón ha elegido ya a su caballero. Y sabéis tan bien como yo que sólo a él, lo merezca o no, le será leal y lo defenderá con su vida.

—Los aprendices dicen que tiene marcas de tortura en el cuerpo. ¡Las brujas podrían haberlo obligado a servirlas y el chico podría ser uno de sus aliados!

—Ningún dragón azul le tendría un apego tan fuerte a alguien que le hubiese hecho daño. Yo también me he percatado de esas marcas. Podrían ser marcas de combate, todos sabéis que los dragones azules son extraordinarios luchadores.

Precisamente en ese instante *Colamocha* pasó de nuevo por encima de la montaña, trazando amplios círculos en el aire. El elfo apretó los labios, sabía que el chico del pelo verde tenía razón. El dragón no se rendiría. Tenía que resolver aquel asunto de prisa.

—Ahora no tengo tiempo de ocuparme del castigo que esos jóvenes aprendices se merecen. Han sido imprudentes y, con su imprudencia, nos han puesto a todos en peligro... y también la vida de ese dragón —añadió en voz más baja, mientras se alejaba rápidamente.

—¿Adónde vas?

—A donde debo ir. Ahora mismo sin demora —respondió Capanegra sin volverse.

Y desapareció en dirección a la casa del Sabio.

9

LA BOCA DE LA VERDAD



ENTADO en su celda, con la cabeza apoyada en los barrotes, Sombrío vio desvanecerse en la ventana los últimos retazos de día. Suspiró. De vez en cuando, se oía el rugido de *Colamocha* a lo lejos.

—Ya verás como nos encuentra —dijo Spica, adivinando sus pensamientos.

Sombrío negó con la cabeza, apesadumbrado.

—¿Cómo podría hacerlo? Este cráter está rodeado por un poderoso encantamiento, lo vimos cuando sobrevolamos la isla, ¿te acuerdas? La montaña nos pareció plana. Era como si no pudiésemos ver...

—¿Magia de hadas? —preguntó ella, caminando de un lado a otro de su celda.

—Creo que sí —asintió Sombrío—. Y si es así, es probable que nos encontremos entre amigos.

Otro trueno desesperado retumbó en el cielo. El chico hizo un gesto de contrariedad.

—Espero que no le hayan hecho daño y que él no le haya hecho daño a nadie. Esta gente no parece mala, pero *Colamocha* puede ser muy peligroso.

—Mala no, pero sin duda sí desconfiada. Nos han recibido como a criminales, nos han atado y nos han encerrado en una celda sin que hayamos hecho nada — protestó Spica, pasándose los dedos por las marcas de las cuerdas en sus muñecas.

—No olvidemos lo que sucedió en la isla de los Caballeros. Tienen buenas justificaciones para temer a los extranjeros.

Sombrío cerró los ojos y trató de pensar en *Colamocha*. En su mente apareció la imagen de una mano fuerte y segura apoyada en el hocico del dragón, en un tiempo que parecía remoto. Era la mano de su padre, Corazón Tenaz, el día en que, antes de partir para el castillo de Brujaxa, Sombrío le había permitido volar en *Colamocha*. Sin saber que era su padre, creyendo simplemente que confiaba a su amigo el dragón a un experto y valiente caballero. ¿Por qué no le había dicho entonces Corazón Tenaz quién era?



Otro atronador rugido de dragón sonó sobre el cráter de la montaña y Sombrío miró por la oscura ventanita, como si esperara ver a *Colamocha*. Pero no vio nada. Cerró los ojos de nuevo, dejándose llevar por los ecos de aquel sonido tan familiar. Le vino a la cabeza la primera vez que había cabalgado en él, en el Reino de los Orcos, el lugar donde había nacido su amistad y donde, solos y lejos de todo, habían tenido que confiar el uno en el otro.

De golpe notó una especie de opresión en el pecho y tuvo la sensación, como le había ocurrido otras veces, de sentir lo mismo que sentía *Colamocha*. Notaba cómo aumentaba su confusión y, con ella, el miedo y la rabia. Le parecía que el dragón se había vuelto salvaje, como si hubiera regresado de golpe al día en que se conocieron. Toda la tristeza y la soledad el animal estallaron en su cabeza; el dolor y la angustia se adueñaron de Sombrío, que de repente se vio arrastrado por una fuerza invisible y tuvo que agarrarse con fuerza a los barrotes para no caerse. El anillo de luz tintineó contra el metal, que se heló instantáneamente.

La voz de Spica lo sacó de aquel extraño trance:

—¿Qué ocurre?

El elfo abrió los ojos, mientras un dolor punzante le hería las sienes.

—Como no logre encontrar la manera de advertir a *Colamocha*, aniquilará la isla. He sentido su rabia —dijo, ladeando.

—Si pudiera llegar hasta aquí... —empezó a decir Spica.

—¿Hasta aquí? —repitió una voz en la sombra—. Si vuestro dragón encontrara el pueblo, tendríamos que abatirlo. ¿Es lo que queréis?

—¡Ninguno de vosotros conseguiría hacerle daño a un dragón azul! —exclamó Spica.

Un globo rojizo se encendió y el rostro de Capanegra apareció frente a ellos.

—¿Estás segura? Los dragones también mueren, como las demás criaturas. Son poderosos y su vida es larga, pero las batallas y las crueldades han matado a muchos.

La chica se agarró a los barrotes y miró desesperadamente a Sombrío. La cara

cansada del chico se ensombreció aún más.

—¿Qué le ha sucedido? —preguntó. La estrella de su frente brilló.

El elfo negro pareció impresionado por ese resplandor.

—Algunos de los nuestros han tratado de acercarse a él.

—¿Iban armados? —preguntó Sombrío.

Capanegra asintió y él apretó los dientes.

—¡Tengo que calmarlo o acabará haciéndole daño a alguien! Si, como parece, conoces a los dragones, por favor, deja que lo vea o tu gente estará en peligro —le rogó.

—¿Acaso mi gente no es la tuya si, como dices, eres hijo de Corazón Tenaz?

Sombrío iba a contestarle, pero Capanegra dijo que no con la cabeza.

—Ahórrate las palabras. Ya sé que dices la verdad.

En la mirada del joven elfo resplandeció una chispa de esperanza.

—¿Nos ayudarás? —preguntó.

—Ya os he ayudado. Sólo podía hacer una cosa y ya la he hecho —contestó Capanegra—. Pasaréis la prueba de la Boca de la Verdad esta noche.

—¿Después me llevarás con *Colamocha*? —quiso saber Sombrío.

Por alguna razón, Spica tuvo la impresión de que los ojos de Capanegra se enternecían.

—Pareces seguro de superar la prueba y yo así lo deseo —dijo el elfo negro mientras se acercaba a las celdas y las abría—. Venid, que sea lo que deba ser.

Sin atarlos, los condujo por el pasillo por el que habían llegado hasta allí.



Colamocha estaba confuso. La montaña oscura que veía debajo de él tenía algo extraño y misterioso.

Sombrío estaba allí abajo con la chica y, casi seguro, en peligro. Pero era como si hubiera desaparecido, no sentía el latido de su corazón.

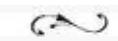
Las pequeñas criaturas, aquellos elfos que habían tenido la desfachatez de atacarlo, probablemente habían atacado también a su caballero.

Aquellas lanzas relucientes y afiladas le habían recordado antiguas pesadillas de esclavitud y torturas. ¡No terminaría enjaulado de nuevo! Pero tampoco se marcharía sin Sombrío.

La noche caía rápidamente sobre la isla. Cansado y rabioso, el dragón se posó en una de las piedras voladoras que parecían cercar la isla como un recinto. La electricidad del aire lo tranquilizó, pero no iba a dormir. No podía dejarse sorprender. Por la mañana continuaría la búsqueda.

Se enroscó lentamente sobre sí mismo y se rodeó el cuerpo con las alas, dejando fuera solamente la cabeza. Miró el mar, luego alzó los ojos al cielo y vio brillar con

fuerza una estrella. Su luz era intensa y centelleante como la de la frente de su caballero, pero estaba demasiado lejos para servirle de consuelo. Permaneció en silencio largo rato, escuchando el viento y las olas y al fin, sin dejar de mirar la estrella, alzó su largo cuello y emitió un grito de dolor tan agudo que la isla entera pareció sacudirse.



Capanegra y los dos chicos entraron en la gran sala semicircular con el estrado. Pero esta vez, el extraño lugar estaba repleto de gente, rostros desconocidos iluminados por las reverberaciones del magma incandescente que hervía en la fosa del centro, la Boca de la Verdad. Temblorosos hilos de vapor subían hasta la cúpula del techo, en la que se abría un orificio.

Sombrío apretó la mano de Spica, con fuerza. El puente de hierro había sido desplazado, ya no cruzaba la fosa de lado a lado, sino que terminaba en una pequeña plataforma de roca, suspendida sobre el vacío en el centro del pozo de fuego.

Capanegra les hizo señal de que avanzaran y los condujo ante el estrado con los tres asientos, en los que había dos elfos. Un anciano de cabello cano y ojos oscuros, que debía de ser el Sabio, y una elfa de expresión seria y melena azabache, con una larga cicatriz en la cara, probablemente una de los dos Consejeros.

Capanegra les hizo un leve gesto con la cabeza y se dirigió rápidamente al tercer asiento, pero se quedó de pie. Era él, pues, el otro Consejero.



—Ante los elfos negros comparecen para el examen de la Boca de la Verdad dos criaturas del Reino de la Fantasía —anunció.

Su voz se oyó con claridad en el silencio de la sala.

Entonces, el viejo elfo se puso en pie y preguntó:

—¿Aceptáis nuestra condición de presentaros juntos? ¿La mentira y la verdad de uno serán también las del otro?

Sombrío y Spica asintieron con la cabeza y respondieron con voz segura:

—Sí.

El anciano los observó con ojos severos y la elfa de la cicatriz en la cara los miró con aire desafiante.

—Que la prueba comience, pues. Capanegra... —le pidió el anciano.

Con una breve inclinación de cabeza, el elfo negro bajó del estrado, condujo a los chicos por el puente de metal y los hizo subir a la piedra oscilante sobre la fosa de magma.

—¿En qué consiste la prueba? —preguntó Sombrío. El calor que despedía aquel cráter abierto le quemaba la cara.

—Se os harán unas preguntas. Decid la verdad y no tendréis nada que temer —explicó Capanegra. Después retrocedió un paso y, con expresión grave y preocupada, añadió—: Hablad en voz alta y firme y recordad que, sea cual sea el que responda, la respuesta de uno será la del otro. Como también las consecuencias de la respuesta. ¿Quién de vosotros hablará sobre la Boca de la Verdad? —preguntó luego en voz más alta, mirando a Sombrío a los ojos.

El joven tragó saliva y miró a Spica.

—Yo —se ofreció, al ver una débil sonrisa en los labios de ella.

Capanegra asintió, como si aprobara la decisión, se volvió y recorrió a la inversa el puente; después, tiró de una palanca y la estructura de metal se desplazó a un lado, dejando aislada la piedra en que se encontraban los dos chicos. Aquel sostén rocoso osciló levemente, pero era lo bastante grande para proporcionarles un buen apoyo.



Spica se agarró al brazo de Sombrío y miró hacia abajo. Otras losas de piedra permanecían suspendidas sobre el calor sofocante de la sima.

—No mires... no mires abajo —le dijo él, tratando de infundirle ánimos y también a sí mismo.

Capanegra fue hasta su sitio y se sentó. El anciano, en cambio, permaneció de pie; Sombrío se sentía escrutado por su mirada penetrante.

—Que dé inicio la prueba. ¡Que la verdad salga victoriosa de esta sala como siempre ha sido! ¡Que la luz revele las mentiras! —declamó.

Los elfos negros que llenaban las gradas a espaldas de los chicos aplaudieron hasta que el anciano levantó una mano para imponer silencio.

—¿Cuáles son vuestros nombres y de dónde venís? —preguntó.

Sombrío respiró profundamente. El aire era tan caliente que le quemó la garganta.

—Mi nombre es Audaz, pero quienes me conocen bien me llaman Sombrío. —Se esforzó por seguir hablando con voz firme—. La chica que está conmigo es Spica, del pueblo de los elfos estrellados. En cambio, yo pertenezco a varios lugares. Nací en el Reino de los Bosques, pero mi padre era uno de vosotros y yo crecí en el Reino de las Estrellas. Mi patria es el Reino de la Fantasía —añadió, con el corazón martilleándole en el pecho.

Apenas había terminado de hablar, cuando una de las piedras que flotaban más abajo se elevó y se detuvo lentamente junto a aquélla en la que se encontraban ellos.

—Parece una especie de camino —murmuró Spica, estupefacta.

—Pasad a esa piedra. Si habéis dicho la verdad, os sostendrá, si no, os

precipitaréis al mar de fuego junto con vuestras mentiras —dijo el anciano elfo con expresión seria.

Sombrío tragó saliva y luego, con paso seguro, saltó con Spica a la otra piedra, que osciló ligeramente, pero permaneció en equilibrio, mientras la que los había sostenido hasta ese momento descendía a las profundidades de aquella cavidad incandescente. Un suspiro angustiado atravesó la sala.

—¿Qué os ha traído aquí? —Hizo una nueva pregunta el anciano.

—Una petición de la reina de las hadas. Salvar la isla de los Caballeros, petrificada por el malvado poder de Brujaxa.

La multitud se estremeció y hubo algún que otro susurro de asombro.

Otra piedra ascendió desde el fondo de la Boca de la Verdad y flotó ante ellos. Los chicos saltaron a ella. Un murmullo se alzó de la multitud de las gradas.

—¿Salvar la isla de los Caballeros? ¿Cómo pensáis hacerlo? ¿Y cómo es que la Reina Negra no os ha impedido llegar hasta aquí? —preguntó el anciano con voz atronadora.

—Brujaxa fue derrotada —respondió Sombrío—. Su castillo fue destruido y los esclavos liberados.

—¡Si lo que dices es cierto, camina sobre la piedra! —exclamó alguien a su espalda.

De nuevo, una piedra flotante se colocó junto a aquélla en que estaban los dos, que subieron a ella sin caer en la fosa. En ese momento, aplausos y gritos de júbilo estallaron en el aire saturado de calor. Spica sonrió para sus adentros: si la noticia de la derrota de Brujaxa hacía feliz a aquella gente, entonces eran realmente amigos, como había dicho Sombrío.

—¿Quién la derrotó? —preguntó el Sabio sin poder disimular su estupor.

—Una alianza de pueblos gnomos, elfos y enanos, una fuerte amistad y un mago, junto con un poderoso dragón azul liberado de la esclavitud de los orcos —respondió Sombrío.

Otro paso los acercó a la salvación.

—Si es verdad que Brujaxa está muerta, ¿por qué la isla de los Caballeros sigue petrificada?

—Brujaxa fue derrotada, pero no está muerta. Por eso el poderoso hechizo de petrificación no se ha roto, el sueño en que cayó la Reina Negra lo ha vuelto eterno. El único modo de devolverle la vida a la isla es reconstruir el Escudo de los Caballeros, que se rompió el día en que el general Altomar trajo la traición su juramento para unirse a Brujaxa.

A esas alturas, la grada era un puro bullicio; el anciano tuvo que levantar la mano para pedir silencio una vez más. Otra piedra subió del fondo de la sima y Sombrío y Spica pasaron a ella y esperaron la siguiente pregunta.

Pero el anciano se sentó y dijo:

—Traes muchas noticias, joven elfo. Lo que yo quería preguntar ya lo he

preguntado. Si la reina de las hadas os ha elegido a vosotros, me inclino ante su voluntad. Si alguien más quiere hacer preguntas, que las haga y sabrá la verdad.

Entonces se puso en pie la elfa que estaba a su lado y, sin titubear, preguntó:

—¿Cómo habéis encontrado nuestra isla? ¿Y con qué encantamiento habéis descubierto la Vía del Dragón, que conduce a las puertas de nuestras casas?

—Marea, el hada de los Mares Orientales, nos mostró vuestra isla y ella también nos señaló el túnel bajo el agua —explicó Sombrío, ganando otro paso.

—¿Estáis aquí para hacerle daño a nuestra gente? —preguntó entonces la elfa, con los ojos flameantes.

—No, estamos aquí para ayudar a inocentes —repuso Sombrío.

La elfa negra retrocedió un paso y volvió a sentarse en las sombras.

Sombrío se sintió tambalear. Spica, exhausta, se mantenía agarrada a su brazo con la fuerza de la desesperación. Empezaban a estar cansados y el calor insoportable de aquel lugar lo hacía todo más difícil.

Pero aún no habían acabado. Era el turno de Capanegra.

—Has dicho que eres hijo de un elfo negro y que has heredado de él tu espada del destino. ¿Quién era? —preguntó y miró al anciano.

—Mi padre aún está vivo, pero por desgracia fue petrificado por Brujaxa el día en que la derrotamos. Su nombre es Corazón Tenaz.

Al oír el nombre, un grito se alzó de entre los espectadores. Sombrío se volvió, pero no pudo distinguir de dónde provenía. Todos los rostros le parecían iguales.

Otra plataforma de piedra se balanceó delante de aquélla en la que estaban Spica y él y a Sombrío le costó mantener el equilibrio.

Capanegra se quedó inmóvil, con la cara pálida.

—Y ahora dime, antes de dar el último paso: el dragón que vuela sobre estas tierras desde hace días, ¿a quién de vosotros ha seguido? ¿Cómo lo convencisteis para que lo hiciera, si las cicatrices que marcan su piel se deben realmente a torturas de los orcos? ¿Acaso fue la magia de Floridiana la que ganó su confianza?

Sombrío miró al elfo, pero su figura le pareció borrosa, indistinguible. No resistiría mucho más aquel calor terrible, pero parpadeó tratando de mantenerse lúcido.

—Colamocha me ha seguido a mí, pero no sé por qué. Quizá porque lo liberé, quizás porque hasta ese momento, había sido la única criatura que, pese a disponer de una arma, no la usé contra él. Los orcos lo obligaban a luchar contra otros dragones. Él me ayudó contra Brujaxa sin pedir nada a cambio, salvo amistad y respeto y yo le debo la vida. Dejad que hable con él y se calmará. ¡No le hagáis daño!

En ese instante, la última piedra se detuvo delante de los dos chicos, dándoles la oportunidad de alcanzar el borde de la roca sólida. Sombrío y Spica dieron el último y trabajoso paso. Luego, agotados, se desplomaron. En la neblina que se apoderó de su mente, Sombrío tuvo la impresión de oír un rugido desesperado y lejano.

Cerró los ojos y se desmayó.

10

ENCUENTROS Y REVELACIONES



OMBRÍO se despertó poco antes del alba, en un blando lecho de plumas. El grito desesperado de *Colamocha* resonaba todavía en sus oídos como en una pesadilla.

Se sentó, pero una mano se apoyó en su hombro. Ver el rostro de Capanegra a la pálida luz de la lámpara hizo que volviera a su mente todo lo que había acaecido el día anterior.

—Es hora de irnos —dijo en voz baja el elfo negro.

El lamento del dragón azul se apagó en la oscuridad y, de repente, Sombrío se dio cuenta de que no lo había soñado.

—¡*Colamocha*! —murmuró y se puso en pie de un salto.

Capanegra le tendió la mano. Algo brilló en su palma.

—Esto te pertenece.

Sombrío vio entre sus dedos el medallón de su padre y asintió aliviado. Entonces, ¡los habían creído!



Se colgó el medallón y se lo metió bajo la túnica y luego preguntó con voz ronca.

—¿Dónde estamos? ¿Qué ha sucedido?

El resplandor de la lámpara iluminó una cama pegada a la desnuda pared de piedra y el rostro de Spica dormida se tiñó de oro. La chica se dio media vuelta y escondió la cara bajo las mantas.

Capanegra le hizo una señal a Sombrío y lo condujo fuera de la habitación, después cerró la puerta a su espalda.

—Ésta es mi casa. Habéis superado la prueba y ahora sois libres —dijo—. Prometí ayudarte con tu dragón y, para hacerlo, deberé llevarte fuera del cráter.

Le indicó una mesa de madera ya puesta.

—Debes de tener hambre. Sírvete.

En ese momento, otro quejido lejano sobresaltó al chico, que se puso rígido.

—Lo mejor será que nos marchemos... —dijo.

—Antes come y bebe, después iremos a buscar a tu *Colamocha*. Necesitas

recuperar fuerzas.

Sombrío dudó, pero tuvo que reconocer que Capanegra tenía razón. Se sentó en el banco y desayunó.

—¿Dónde está? —preguntó, entre bocado y bocado, mientras el elfo dejaba sobre la mesa a *Veneno*, que había sacado de un baúl cerrado con llave que estaba junto a la puerta.

—En el lado sur de la isla de la Luna Creciente, cerca de la piedra voladora más alta, la que llamamos la Torre. Desde allí puede ver todo el territorio. Se ha pasado la noche mirando las estrellas reflejadas en el lago salado y lanzándose su reclamo.

—¿La isla de la Luna Creciente? —repitió Sombrío.

—Sí, es uno de los muchos nombres con que llamamos a esta tierra. Ya la has visto desde el aire, tiene forma de cuarto creciente —respondió Capanegra.

—¿Cuánto crees que tardaremos en llegar hasta *Colamocha*? —preguntó el joven.

—No mucho. Estaremos allí antes de que se haga de día, aprovechando unos pasadizos secretos de la ladera de la montaña.

Sombrío bebió un largo trago de agua fresca y enseguida se sintió reconfortado.

—Entonces, ¿hay más de una manera de llegar al Vientre de la Isla? —preguntó.

—Sí, hay bastantes y todas bien protegidas —respondió Capanegra—. Con el tiempo, hemos construido muchos caminos y vías de escape. La mayor parte son secretos. Ni siquiera la gente que vive aquí conoce todos los pasadizos, si no forma parte de los capas negras.

—¿Los capas negras?

—Los guardianes de la isla.

—También los elfos estrellados y los forestales tienen guardianes y fortalezas, pero en ningún lugar he visto una protección tan extraordinaria... La isla era invisible antes de que el hada nos la mostrara. ¿Es para esconderos de las brujas? —preguntó Sombrío.

El rostro de Capanegra resplandeció con una luz de orgullo pero también de dolor.

—Sí, pero no sólo de ellas, joven Audaz. Esta isla es así desde siempre, solamente los rayos hacen que se vea. Es la isla la que se protege a sí misma y a su secreto, según algunos. Muchos lo llaman magia, para mí es lo mismo. Los habitantes de la isla quedan ocultos en ella desde que la habitan. No es un lugar fácil para vivir; sin embargo, para nosotros, que vivimos aquí desde los tiempos antiguos, es el lugar más hermoso del Reino de la Fantasía. Y ahora guarda tu espada y vayámonos. Tienes que encontrarte con un compañero.



Sombrío obedeció rápidamente; se ató el cinturón con *Veneno* la cintura, luego echó un vistazo a la casa donde Spica aún dormía, serena, y siguió a Capanegra por la calle que llevaba fuera del pueblo, hacia las torres vigía.



Sombrío no había visto nunca una fortificación semejante: parecía que las torres, las escaleras, cada pequeña estancia, estuviesen excavadas en la roca viva. Siguió a Capanegra a través de corredores desiertos, solamente recorridos por guardias que saludaban al elfo negro como se nace con un capitán, hasta que estuvieron en la cima de una torre.

Con una llave que llevaba sujetá a cinturón, Capanegra abrió una de las puertas que conducían al exterior y salió a un cielo rosado que anunciaba el alba.

Sombrío entornó los ojos. En el cielo brillaban las últimas estrellas.

—¿Qué secreto esconde la isla? —se decidió a preguntar por fin, mientras inspiraba a pleno pulmón el aire salobre.

—Los dragones. Los dragones azules son su secreto. Creía que lo habías comprendido —dijo el elfo.

Sombrío se quedó boquiabierto.

—Un día, Stellarius me habló de una tierra vinculada a los dragones azules... —murmuró casi para sí.

Antes de que pudiera hacer más preguntas, el elfo negro se escabulló detrás de unas rocas y se acercó a uno de los soldados de guardia.

—¿Qué tal va todo? —preguntó en voz baja.

—No me he movido de aquí, como ordenó. Ha seguido lamentándose, pero no se ha movido —respondió el guardia.

Sombrío buscó a *Colamocha* con la mirada. Atisbo desde detrás de unas piedras negras y vio las escamas del dragón refulgir débilmente a la primera luz de la mañana. Estaba acurrucado sobre un peñasco. Sombrío sonrió de alegría, ¡su amigo estaba bien!

Con un rápido movimiento, sin que Capanegra se percatara, salió de su escondrijo.

Fue cuestión de segundos.

Colamocha lo vio, soltó un rugido terrorífico y, de un salto, se lanzó hacia él. Todo tembló.

Finos rayos de luz azul se abatieron alrededor y una miríada de piedras y esquirlas negras se alzó del suelo.

Sombrío oyó aterrorizados alardos de alarma a su espalda.



Spica se despertó cuando la luz del alba teñía el cielo de rosa pálido.

Estaba en una cama, entre blandas mantas que olían a limpio y, por un instante, como en un sueño, creyó que estaba en casa. Sólo que había algo raro... La garganta seca y una hambre cada vez mayor le trajeron a la memoria los acontecimientos del día anterior.

Se sentó en la cama y se encontró delante cuatro ojos abiertos como platos. Dos, rojos y relucientes, pertenecían a una lagartija; los otros dos, de color obsidiana, eran los que, con gran curiosidad, los habían espiado a Sombrío y a ella mientras entraban presos en el pueblo; pertenecían a una elfa de diez años que ahora la miraba con expresión de impaciencia.

—¡Por fin te despiertas! —exclamó sonriendo y apartando la lagartija de la cama.

Spica la miró intrigada.

—¡Buenos días! —contestó parpadeando.

La chiquilla se presentó:

—Me llamo Vistaguda.

—Yo soy Spica —respondió la chica con voz todavía adormilada.

La pequeña elfa se echó a reír alegremente.

—Lo sé. Lo dijisteis ayer en la prueba —le recordó, con expresión avispa.

Spica sonrió. La muchacha le recordaba a su amiga Robinia pero a diferencia de la elfa forestal llevaba su pelo rizado corto y lo tenía despeinado.



—¿Dónde estoy? ¿Y dónde está Sombrío? —preguntó, incorporándose más en la cama.

—Oh, ¿quieres decir Audaz? Está con mi padre, no te preocupes —dijo la muchacha.

—¿Tu padre?

—El Capanegra.

Spica volvió a ver en su mente el rostro del elfo negro y se estremeció.

—¿El Capanegra? Creía que Capanegra era su nombre. ¿Adónde han ido? ¿Y por qué me han dejado aquí? —preguntó, confusa.

—¡Cuántas preguntas! —contestó Vistaguda con una risita, poniendo los brazos en jarras—. Veamos, lo primero de todo, Capanegra no es un nombre, es un cargo: mi padre es el jefe de los guardianes de la isla, los capas negras. Su capitán es el Capanegra. Ha venido a buscar a tu amigo Audaz antes de que amaneciera. Hace poco hemos oído un rugido y luego nada, creo que ya habrán llegado hasta el dragón azul. No estaba lejos. Mi padre ha dicho que tu amigo había prometido calmarlo.

Spica se quedó pensativa.

—Volverán pronto, ya lo verás. Y si tu amigo lo hace bien con el dragón, como ha prometido, no sucederá nada malo —añadió Vistaguda con una sonrisa.

—¿Malo? —repitió Spica—. ¿Qué es lo malo que podría ocurrir?

La cara de Vistaguda palideció y sus ojos negros bajaron hasta la colcha bordada que la chica tenía entre los dedos.

—Bueno, el caso es que ese tonto de Manofirme armó un jaleo. Verás, es uno de los aprendices de guardia. Es un chico muy capacitado y se convertirá en un excelente capa negra pero, a veces, como dice mi madre, se deja llevar por el entusiasmo. Estaba con mi padre cuando se acercaron al dragón por primera vez y luego convenció a los demás aprendices para volver a echarle un vistazo. En realidad, yo también fui, pero él... cuando lo vi quiso acercarse más. No pudo resistirse.

—¡Oh, no! —exclamó Spica con un suspiro.

Vistaguda prosiguió, avergonzada.

—Sabíamos que no debíamos hacerlo, pero pensábamos que no era tan peligroso, los dragones azules siempre han sido amigos nuestros. Y, además, aquel dragón tenía arreos, así que debía de estar adiestrado. Pero reaccionó mal, se movió tan rápido que casi ni nos dimos cuenta y en un abrir y cerrar de ojos estábamos todos por el suelo y Manofirme entre sus garras... ¡Casi lo devoro!

Spica se puso en pie.

—¡No puede ser verdad! ¡*Colamocha* no devoraría a nadie!

—¡Yo lo vi! —insistió Vistaguda.

—Pero nunca debería... —Spica se interrumpió—. ¿Llevabais armas?

—Claro —asintió la pequeña elfa—. No habríamos sido tan imprudentes de ir sin ellas. Mejor dicho, ellos llevaban. A mí todavía no me está permitido portar arco, porque soy demasiado joven. Yo sólo tenía un silbato encantador.

—Ahora lo entiendo —suspiró Spica—. *Colamocha* se debió de sentir amenazado y pensaría que nosotros estábamos en peligro. ¿Le a hecho daño a alguien?

—Afortunadamente, no —contestó la muchacha—. También mi padre ha dicho que fueron las armas las que lo asustaron. Por eso pensaba que su caballero lograría tranquilizarlo. Mi padre vio a muchos dragones azules cuando era joven y los conoce muy bien —añadió en un tono serio que la hacía parecer mayor de lo que era.

—*Colamocha* —le explicó Spica a la joven elfa— es amigo y espero de verdad que no le ocurra nada malo. Nosotros nunca habríamos llegado aquí sin él...

—Entiendo... —dijo Vistaguda. Luego sus ojos brillaron y preguntó—: Pero ¿de verdad Audaz es un caballero de la rosa?

Spica asintió y ella sonrió radiante.

—Entonces, ¡seguro que todo irá bien! Mientras, ven conmigo, mi madre me ha pedido que te prepare un buen desayuno y te lleve a visitar el pueblo. ¿Te apetece?

Puesto que no podía hacer otra cosa, Spica aceptó y se levantó de la cama. Pero tenía cara de preocupación.



Sombrío sintió el hocico de *Colamocha* rozándole el brazo. Conmovido, se echo a reír.

—¡Estás bien! —suspiró aliviado, mientras la estrella de su frente brillaba con fuerza.

Pero el dragón advirtió un movimiento detrás del elfo y enseguida alzó la cabeza con un inmenso bufido, para defenderlo.

Los elfos negros que habían aparecido sobre las rocas se pararon mientras Sombrío ponía la mano en el cuello de *Colamocha* para calmarlo.

—Tranquilo, pórtate bien. Son amigos. No debes temerles —susurró.

Colamocha bufó de nuevo, poniéndose delante de él para protegerlo y Sombrío

comprendió que lo que había ocurrido en su ausencia lo había trastornado. Sus escamas se agitaban de rabia mezclada con miedo y el chico sentía claramente que su instinto lo empujaba a salir volando de allí con él montado.

Con cautela, se alejó unos pasos del dragón y le gritó a Capanegra:

—¡Las armas! ¡Haz que los tuyos bajen las armas y diles que enseñen las manos para que *Colamocha* las pueda ver! ¡Despacio!

El elfo lo miró Inseguro, pero luego hizo un gesto y los guardias obedecieron. Sombrío deslizó la mano por el cuello de su amigo, tratando de transmitirle su calma y el dragón pareció más sereno.

—¿Ves? También tú los asustabas a ellos. No querían hacerte daño, como no nos lo han hecho ni a Spica ni a mí —le explicó, despacio. Pero a través de las escamas, Sombrío sintió que aún no se fiaba. Entonces decidió hacer como ya había hecho con su padre: tenía que acostumbrar a *Colamocha* a la presencia de Capanegra. Así, sin retirarle la mano del hocico, dejó que el elfo negro se acercara lo bastante como para que el dragón lo olfateara.

—En el pasado, *Colamocha* sufrió maltratos y torturas, por eso sigue recelando de todos, sobre todo de quienes se acercan armados —explicó Sombrío.

—No debes disculparte, caballero —dijo Capanegra con una leve inclinación de cabeza, mientras *Colamocha* temblaba de impaciencia y ansiedad—. Soy yo el que debe disculparse contigo y con tu dragón, porque fueron mis aprendices los que provocaron su ira. Aunque les había ordenado que se mantuvieran alejados de él, me desobedecieron y nos pusieron a todos en peligro. Pero no puedo reprocharles su curiosidad, hace mucho tiempo que yo mismo no veo un dragón azul y ellos nunca habían visto uno.



Con un gesto lento y medido, Sombrío tomó la mano de Capanegra y la puso bajo

la nariz de *Colamocha*. El dragón miró al desconocido detenidamente y luego, con un débil bufido, plegó las alas y adoptó una postura más relajada.

Todavía no se fiaba del todo, pero había decidido confiar en el joven elfo. Ante aquella demostración de lealtad, una débil sonrisa se dibujó en el rostro de Capanegra.



Mientras tomaba un abundante desayuno en el jardín de la casa de Vistaguda, Spica se sentía más tranquila. No había oído a lo lejos más rugidos de *Colamocha*, Sombrío debía de haber conseguido calmarlo. Se estiró, preguntándose cuándo volverían su amigo y Capanegra y si traerían con ellos al dragón.

—¿Por dónde vendrán? —preguntó.

—Seguro que por allí —contestó Vistaguda, señalando un camino que bajaba entre las rocas del cráter. Luego le volvió a proponer enseñarle el pueblo y Spica aceptó de buena gana.

Las casas de los elfos negros eran más pequeñas y recogidas que las de los elfos estrellados, pero no por eso menos bonitas: incisiones con dragones rugiendo o volando embellecían casi todas las puertas y ventanas y cascadas de flores púrpura inundaban las fachadas de piedra negra.

—¿Puedo saber por qué llamas Sombrío a tu amigo? ¿No es Audaz su verdadero nombre? —preguntó con curiosidad Vistaguda.

—Fue mi hermano el que empezó a llamarlo así. Desde pequeño tenía una expresión tan seria que... bueno, entre los elfos estrellados, siempre alegres y luminosos, destacaba de un modo especial. Desde entonces para nosotros es Sombrío y creo que él también está acostumbrado —explicó Spica.

Pasaron delante del taller del herrero, que interrumpió su trabajo en la fragua para echar un vistazo a las dos elfas.

—Buenos días —lo saludó Spica sonriendo.

El elfo se limitó a hacer una breve inclinación de cabeza.

—¡Maestro herrero, buenos días! —lo saludó también Vistaguda.

La forja estaba en un lado de la plaza principal, en el centro de la cual Spica vio un largo prisma negro flotante, parecido a las piedras voladoras que Sombrío y ella habían visto a lo largo de la costa de la isla, pero más elegante, decorado con refinadas figuras de dragones entrecruzadas.

—¿Puedo preguntarte qué son estas piedras flotantes y por qué la isla está llena de ellas?

—¿No lo sabes? Son nuestra salvación. ¿Quieres decir que vosotros no tenéis piedras de éstas para protegeros de las tormentas de luz? —preguntó Vistaguda, asombrada.

Spica negó con la cabeza y, antes de que pudiese abrir la boca, una voz profunda dijo a su espalda:

—Los otros reinos no están sometidos a las tormentas de luz como el nuestro, aquí en medio del mar.

La chica se volvió y vio que el herrero se había acercado y miraba la piedra con sus ojos oscuros.

—¿Tormentas de luz? —preguntó ella, fascinada.

Él asintió.

—Aquí caen muchísimos rayos. Cuenta la leyenda que, en otro tiempo, nuestra bonita isla navegaba por el cielo junto a la luna, de la cual aún conserva la forma, en medio de los rayos, que aclaraban las noches más tormentosas. Se vio obligada a descender aquí a causa de un período de gran sequía, en busca de agua, y cuando descubrió este maravilloso mar se zambulló en él. El lugar le gustó tanto que decidió quedarse y, para recordar su origen, conservó el color negro rayado de plata de la noche y la forma de gajo de la luna. Por eso nosotros la llamamos la isla de la Luna Creciente.

—Y a los rayos les gusta tanto esta isla que deciden bajar a menudo a hacerle compañía. ¡Por eso se la conoce también como isla de las Tormentas! —añadió alegre Vistaguda.

—De hecho, fue una tormenta la que nos reveló la presencia de la isla en medio del mar —comentó Spica.

El herrero asintió.

—Cuantos más rayos caen, más visible es, pero en general, cuando eso ocurre, el mar está embravecido y nadie nos ve. Cuando no hay rayos, en cambio, la piedra negra de la que está hecha refleja el mar y el cielo hasta tal punto que se confunde con ellos. Y nadie la distingue.

Pero nosotros, los habitantes de la isla, no somos inmunes a los rayos, desde luego, y para defender nuestros pueblos necesitamos estas piedras voladoras que absorben la electricidad.

—Pueblos? Pero ¿cuántos hay? —preguntó Spica.

—Tantos como cráteres tiene la montaña. Éste es el más pequeño, pero hay otros.

La joven elfa escuchaba admirada.

—Pero si la vida aquí es tan difícil, ¿por qué no os habéis marchado? —preguntó —. ¡Seríais bien acogidos en cualquier parte!

El herrero la miró como si no entendiera la pregunta.

—Los elfos negros pertenecen a esta tierra como tú perteneces a la de los elfos



estrellados. No renunciaríamos a ella por nada en el mundo. Las cosas que la hacen insopportable para los demás, las vibraciones de la electricidad en el aire, el viento tormentoso y las rocas oscuras, a nosotros nos gustan. Y si no hubiera rayos, si este lugar no fuera tan solitario, los dragones no lo habrían elegido —concluyó y se volvió a la fragua.

—¿Elegido... para qué? —preguntó ella.

—¡Para poner sus huevos, naturalmente! —contestó Vistaguda sonriendo.

Spica se paró donde estaba, boquiabierta de estupor.

—¡El secreto de los caballeros! ¡De eso se trataba! —exclamó.

Ahora se explicaba por qué Corazón Tenaz, en su diario, estaba tan preocupado: aquella isla era el lugar de incubación de los huevos de dragón y si las brujas lo descubrían, tendrían a su disposición a las crías de dragón azul. Por eso también *Colamocha* parecía tan a gusto entre las piedras negras de la isla. Había crecido en el Reino de los Orcos, el antaño Reino de los Enanos Grises, donde ellos lo habían encontrado y liberado, pero había nacido en la Isla de la Luna Creciente.

11

LAZOS DE SANGRE



ENTADO cerca de *Colamocha*, Sombrío esperó a que Capanegra impartiera órdenes a sus hombres y volviera con él.

Entornando los ojos, miró el sol que salía por el horizonte y suspiró. A lo lejos, entre la bruma de la mañana, se podía ver la isla de los Caballeros recortada por encima de las olas de los Mares Orientales, pequeña y borrosa, como en sueños. E igual de frágil, pese a la Ciudadela y las torres fortificadas.

—Sé muy bien que ya has contestado a las preguntas en la Boca de la Verdad —empezó a decir Capanegra— y sé que no tengo ningún derecho a importunarte más, pero me gustaría preguntarte algunas cosas.

Sombrío asintió y el otro continuó:

—El mar es infinito y vosotros sois los primeros extranjeros que llegan a la isla desde hace muchos, muchísimos años. No tenemos noticias de lo que, mientras tanto, ha ocurrido en otros reinos. Me gustaría saber lo que tú, hijo de Corazón Tenaz, y tus amigos habéis tenido que afrontar para liberarlos y llegar hasta aquí.

Sombrío empezó a contar que había partido del Reino de las Estrellas y que, con ayuda de sus amigos, había derrotado a los hombres lobo en las tierras de los elfos forestales, encontrándose por primera vez con su padre sin saber que lo era. Narró las aventuras que los habían llevado a las cimas nevadas habitadas por los gnomos de fragua y a penetrar entre los árboles del Bosque Embrujado en que habían sido convertidos los enanos grises. Recordó cómo había conocido a *Colamocha* y cómo, gracias al dragón, había logrado llegar hasta sus amigos en el Reino de las Brujas. Por último, evocó la gran batalla que había terminado con la destrucción del castillo de la Reina Negra.

Capanegra escuchaba cada palabra con expresión indescifrable. Al final del relato, se volvió para mirar al dragón y a su caballero como si sólo entonces comprendiera realmente su secreto vínculo.

—Ahora entiendo muchas cosas —dijo tras un largo silencio—. Así pues, es por la lucha con un escorpión gigante por lo que tu espada tiene reflejos verdes. Y, al igual que la espada, también la coraza que llevas pertenecía a tu padre. Sólo en el momento en que él hubiese decidido cederlas, su digno heredero habría podido

usarlas de la manera en que tú lo has hecho. Corazón Tenaz tuvo que renunciar a ser caballero, lo que siempre había deseado, para que tú, su hijo, ocuparas su puesto.

Sombrío negó con la cabeza.

—No, él nunca ha renunciado. Incluso sin la espada y sin su coraza, su corazón siempre ha sido, y aún lo es, el de un caballero de la rosa.

Al oír esas palabras, una sonrisa se dibujó en el rostro de Capanegra, que le puso al chico la mano en el hombro.

—Tienes razón. Ése es el motivo por el que mi hermano abandonó la isla.

—¿Tu hermano? ¿Era también un caballero de la rosa? —preguntó Sombrío.

Capanegra dudó un instante y finalmente se decidió a hablar.

—Tu padre es mi hermano, muchacho. Y tu nombre es la prueba más clara. Yo también me llamo Audaz. Se fue de aquí cuando yo no tenía más que cuatro años. Pero recuerdo perfectamente la noche en que partió en barco, con la cara iluminada por la luz de la luna...

Esas palabras inesperadas asombraron y confundieron a Sombrío.

—¿Tu hermano? ¿Y desde entonces... no lo has vuelto a ver? —preguntó casi sin voz.



—No. Quien se va de esta isla para hacerse caballero lo hace con una condición: jurar que no volverá a poner el pie en ella. Sólo a una persona le estaba permitido regresar una vez al año y no era una persona cualquiera. Era el adiestrador jefe de los dragones de la isla de los Caballeros. Venía aquí para elegir a los dragones que quería llevarse y aquel año, junto con dos crías de dragón, se llevó también a Corazón Tenaz. Durante mucho tiempo, no comprendí por qué nos había abandonado. Las explicaciones de nuestro padre no me convencían. Pensaba que lo había hecho porque se sentía atrapado en esta isla, pero me equivocaba. Corazón Tenaz tenía un destino

más importante aguardándolo, poseía un valor que no podía permanecer encerrado aquí, entre estas piedras negras.

Sombrío estaba pálido.

—Dices bien: valor. Y no solamente en la batalla. También hace falta valor para conservar la sangre fría mientras todo se derrumba por obra de las brujas —comentó lentamente, acariciando a *Colamocha*. Igual que aquella isla estaba oculta y era invisible para el resto del Reino de la Fantasía, también su padre había actuado en secreto durante años, escondido e invisible entre los elfos forestales.

—A veces hace falta más valor para no actuar que para hacerlo. —Estuvo de acuerdo Capanegra—. Mi hermano se lo dijo una vez a mi padre y él lo repetía siempre. Pero ha tenido que transcurrir mucho tiempo para que yo lograra comprenderlo. Ocurriera lo que ocurriese, debíamos ser capaces de controlarnos, de no actuar de manera imprudente, sino de pensar primero en proteger la isla y su secreto.

—El secreto de los caballeros —asintió Sombrío.

Capanegra le lanzó una mirada.

—El secreto de los dragones. Si hay un lugar en el mundo donde las crías de dragón azul, frágiles y necesitadas de protección, estén seguras, es precisamente éste. La isla es agreste e inhóspita, pero al mismo tiempo es un lugar inaccesible y protegido. Desde tiempo inmemorial es a donde regresan los dragones azules una vez cada cien años, guiados por los rayos, para poner sus huevos, que dejan al cuidado de las piedras negras calentadas por el sol. Luego se van volando de nuevo, lejos, y somos nosotros los que nos ocupamos de esos huevos, para que nada los estropee o los destruya. —Tras un breve silencio, prosiguió—: En otro tiempo no era así. Los elfos y los dragones eran enemigos.

—¿Y cómo se volvieron aliados? —preguntó Sombrío.

—Del modo más natural y a la vez más mágico del mundo. Se cuenta que la primera vez en que un huevo se abrió ante los asombrados ojos de un elfo negro, elfos y dragones entablaron amistad. Desde entonces, algunos caballeros tuvieron el privilegio de cabalgar en dragones azules. Los dragones azules eligen a su caballero y únicamente lo obedecen a él. Pero eso ya lo sabes, puesto que *Colamocha* te eligió a ti.

Sombrío sonrió y miró el sol en el cielo. Habían pasado horas desde que se habían sentado allí.

—Sí y así debe volver a ser —dijo—. Y por eso estamos aquí.

Callaron largo rato.

Sombrío se pasó una mano por la frente, por la estrella que lo acompañaba desde que, siendo niño, había llegado al Reino de las Estrellas. Él, reservado y silencioso, siempre se había sentido un tanto extraño frente a la alegría y a la despreocupación de los elfos estrellados. Ahora, en aquella isla, comprendía que se parecía de una manera increíble a su padre Corazón Tenaz, incluso sin haber crecido a su lado.

—¿Has echado de menos a tu hermano alguna vez? —le preguntó de improviso a Capanegra.

El elfo negro sonrió.

—Por desgracia, no nos conocíamos demasiado bien. Yo era pequeño aún y pasábamos poco tiempo juntos, sobre todo cuando empezó a prepararse para afrontar la prueba que lo convertiría en caballero. De aquella época no recuerdo prácticamente nada. Lo único que recuerdo es cuando, por la noche, delante del fuego, me sentaba en sus rodillas y me hacía cosquillas. Y me acuerdo también de una vez que pasamos todo un día juntos lustrando espadas en la fragua, como castigo. Aquella noche estaba tan cansado que me llevó a casa a hombros. Era mi hermano mayor, le quería, quería ser como él. Cuando decidió marcharse, mi padre estaba orgulloso, pero triste por la noticia al mismo tiempo. Durante los primeros tiempos, eché la culpa a Corazón Tenaz de la infelicidad de nuestro padre. Después, al final, lo entendí. —Negó con la cabeza amargamente y añadió—: No sé siquiera si su cara es como la que recuerdo... Pero tú lo conoces. Deberías ser tú quien me hablara de él.

—Yo tampoco he pasado demasiado tiempo con Corazón Tenaz. Demasiado poco. Creo que te pareces a él un poco. Sé que era un caballero valiente, que renunció a todo con tal de mantener su juramento de proteger el Reino de la Fantasía y a sus habitantes. Pero solamente sé esto de él. Nos reconocimos demasiado tarde. Un instante antes de que fuese convertido en piedra. Sólo entonces comprendí quién era.

—Es duro tener que renunciar a una persona querida —contestó Capanegra, asintiendo con la cabeza, con la mirada vuelta hacia el mar.

El viento los acarició suavemente. Sombrío no dijo nada, no había necesidad.

Fue Capanegra quien rompió el silencio.

—Entonces, ¿realmente esperas poder devolver la vida a quienes han sido petrificados por el hechizo de Brujaxa y la traición de uno de os caballeros? —preguntó, con semblante taciturno.

—Es lo que Floridiana desea —suspiró Sombrío sin esconder su preocupación.

Le explicó al elfo negro la misión que la reina de las hadas le había encomendado y la necesidad de reconstruir el Escudo de los Caballeros para salvar la isla y a sus habitantes. Estaba a punto de aludir al tercer fragmento, cuando una idea cruzó por su mente.

—Si, como has dicho, el adiestrador jefe conocía la ruta para llegar a esta Isla y podía atracar en ella una vez al año... ¡puede que fuera él quien trajo el fragmento del Escudo de los Caballeros para preservarlo de las brujas e impedir que lo destruyeran! —exclamó esperanzado.

Capanegra, poniéndose en pie, respondió:

—Creo que llegaba aquí con ayuda del hada que conociste, Marea. Pero de esto es mejor que hables con Verídico y Fieravista. Y, a juzgar por lo que me has dicho, es mejor que nos demos prisa.

—¿Son los dos elfos que nos interrogaron en la Boca de la Verdad? —preguntó el



chico, levantándose a su vez.

Capanegra asintió. Luego miró al dragón y añadió:

—Imagino que no podremos separaros de nuevo.

Colamocha enseñó los dientes con un rugido amenazador y el elfo sonrió.

—Entonces, fiero dragón azul, nuestros caminos se separan por el momento. Sería demasiado peligroso retirar la protección para que pasárais. Ordenaré que la desactiven unos instantes en el Cráter Septentrional, que es uno de los puntos más protegidos de la isla. Volando llegaréis fácilmente, yo iré por tierra. Confío en que tu caballero te mantendrá a raya —añadió en dirección a *Colamocha*.

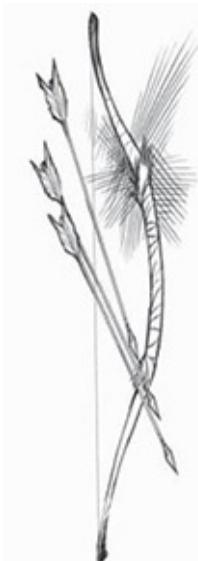
—Sí, no temas —confirmó Sombrío.

—Yo os alcanzaré con Verídico y Fieravista antes de que se ponga el sol y llevare conmigo a vuestra amiga Spica. Estoy seguro de que se alegrará de volver a veros, después de pasarse el día escuchando el parloteo de mi hija —dijo Capanegra sonriendo. Después, tras despedirse brevemente, desapareció entre las piedras.

—Bueno, ¿que dices, vamos? —le preguntó Sombrío al dragón, que lo miraba a la espera de una orden.

Colamocha abrió las alas y él montó en la silla. Mientras alzaban el vuelo, Sombrío sonrió para sus adentros. Había temido encontrarse solo y en cambio, además de sus amigos, había reencontrado una familia que nunca había sabido que tenía.

Echó un vistazo al mar cegador y, mientras *Colamocha* describía un amplio giro sobre la Isla, le pareció que algo se zambullía en el agua a lo lejos. Volvió a mirar, esta vez con más atención, pero no vio nada.



Atardecía ya cuando Spica, Capanegra y los dos misteriosos elfos que habían interrogado a la chica y a Sombrío en la Boca de la Verdad llegaron al Cráter Septentrional. Los tres elfos negros no habían cruzado con ella ni una palabra durante el camino, sólo Capanegra le había sonreído al devolverle el arco de plata. Luego le había anunciado que irían juntos a donde estaba Sombrío. Naturalmente, Vistaguda le había pedido a su padre que la dejara acompañarlos, pero él se había mostrado inflexible en su decisión: era demasiado peligroso.

El comandante de los capas negras los guiaba con paso ligero por un empinado sendero. En aquel silencio, la mente de Spica no dejaba de hacerse preguntas: ¿dónde

estaba Sombrío y por qué no había vuelto aún al pueblo con Capanegra? ¿Qué había sido de *Colamocha*? ¿Adónde iban?

Las rocas negras parecían todas iguales; caminar por laberintos de pasadizos y escaleras excavados en la montaña, cada vez con menos luz, habría confundido las ideas incluso a viajeros más experimentados.

Spica había hecho algunas preguntas, pero nadie le había contestado, así que había comprendido que era mejor no hablar.

El elfo llamado Verídico era anciano y encorvado, pero tenía el paso ágil de un buen caminante y la expresión de su rostro era abierta y sonriente.

La elfa que lo acompañaba, en cambio, era seria y rígida, con el pelo recogido en una trenza negra y una larga cicatriz que le desfiguraba la parte izquierda de la cara. Las cejas arqueadas y aquel rostro anguloso parecían incapaces de adoptar una expresión que no fuese de desaprobación.

Cuando llegaron al cráter, Spica se encontró ante un pequeño valle circular bordeado de espesos arbustos oscuros que se mecían con la brisa de la tarde. Desde allí el cielo se veía limpio y terso, sin aquella bruma antinatural que parecía cubrir el resto de la isla. Las primeras estrellas, que empezaban a asomar sobre ellos, le produjeron una sensación de alivio.

Cuando empezaron a bajar por la cresta, Spica vio moverse algo y, de repente, se dio cuenta de que eran dos gigantescas y espléndidas alas azules.

No pudo contenerse y, con un gran grito de alegría, echó a correr entre los arbustos. Nadie la detuvo y en un abrir y cerrar de ojos estaba ya abrazando a Sombrío y a *Colamocha*.



—Así pues, ¿para eso habéis venido aquí? Por lo que dices, Marea en persona os ha enviado para buscar el fragmento que falta del Escudo de los Caballeros —dijo la elfa de la larga cicatriz en el rostro. Su nombre, Fieravista, expresaba bien la inquisidora profundidad de su mirada. Hasta entonces, había permanecido callada, escuchando el relato de Sombrío y Spica y echando vistazos a *Colamocha*.

Sombrío asintió.

—Devolvimos a su sitio los otros dos fragmentos y las plantas y los animales pequeños se despertaron de su sueño de piedra —explicó Spica—. Con el último trozo, los demás seres podrán revivir por fin. También su padre —añadió, apretándole una mano a su amigo.

—Hum... —dijo Fieravista, moviendo una ramita para atizar el fuego—. En otro tiempo, los caballeros de la rosa juraban no actuar nunca por interés personal... Tú, en cambio, quieres salvar a tu padre. ¿Qué me dices de esto?

—¡Es su padre! ¿Cómo puedes hacerle una pregunta así? —se asombró Spica,

poniéndose roja de indignación.

Sombrío le puso una mano en el brazo y explicó:

—Muchos compañeros de mi padre están en la isla de los Caballeros, atrapados en una cárcel sin barrotes. Y muchas otras personas que simplemente vivían en la isla corrieron la misma suerte. Tal vez los caballeros estaban preparados para sufrir un destino así, pero esa gente no. Traicionaría la misión que Floridiana me ha encomendado si no pensase en ellos a cada Instante, pero me traicionaría a mí mismo si olvidara que mi padre es víctima del mismo hechizo y que, si no consigo recomponer el escudo e impedir que la Isla se hunda, arrastrando con ella a su gente, ya no podré hacer nada, ni por ellos ni por él. No supe que era mi padre hasta que fue demasiado tarde, pero sé que es un caballero orgulloso y altivo que no querría que antepusiese su vida a la de otros inocentes. Pero, repito, no sería sincero si negara mi deseo de salvarlo a él también —añadió en voz más baja, mirando las llamas.

—Toda vida es importante —asintió Verídico— y Fieravista lo sabe bien, quizá mejor que otros elfos. Creo que debes saber, jovencito, que ella era también un caballero de la rosa, como tu padre. Es más, creo que debería contarte su historia.

Sombrío se quedó sin habla y miró a la elfa, que dirigió una mirada furibunda a Verídico. Luego, tras dudar un instante, se decidió a hablar.

—No hay mucho que decir. Mi vida estaba en la isla de los Caballeros y se arruinó el día en que el general supremo traicionó a los suyos y se doblegó a la voluntad de la reina de las brujas. Yo era joven y esperaba ser nombrada adiestradora experta cuando ocurrió todo aquello. —Se interrumpió, como si le costara recordar—. A todos nos cogió por sorpresa que las brujas atacaran la Isla. Sólo se salvaron los caballeros que consiguieron alzar el vuelo y los que estaban lejos. Yo estaba en el mar, en uno de los barcos. Combatimos duramente, atacados por grupos de brujas furiosas. Fue entonces cuando me hicieron esta cicatriz. Pero nuestra defensa no fue suficiente al final desgarraron las velas, hundieron las naves y abatieron a los dragones. Había una fuerza misteriosa que parecía aumentar el poder de las brujas. Me encontré flotando en el agua, agarrada a un tablón a la deriva, bajo un sol despiadado y, arrastrada lejos de la isla de los Caballeros. No sé cuánto tiempo estuve en el mar. Perdí el sentido y, cuando lo recuperé, estaba aquí de nuevo.



—La marea la había puesto a salvo —dijo Verídico, asintiendo con la cabeza y alargando una mano hacia el fuego para calentársela. Fieravista siguió hablando en tono duro:

—Me curaron y me recobré, pero no podía dejar de pensar que en la isla de los Caballeros podía haber quien me necesitara. Quizá alguien se había salvado. Así que, cuando las ruinas dejaron de humear, construí una barca y volví. Lo que vi no lo he vuelto a ver en ningún sitio. El sortilegio petrificador había alcanzado a todos y a todo. La sangre azul de los dragones había chorreado de los tejados de las casas que hasta pocos días antes estaban llenas de vida. No comprendía lo que había sucedido, pero luego llegué al Salón de los Caballeros y lo vi: el escudo había sido destruido —dijo suspirando y ladeando la cabeza—. Comprendí entonces que alguien había traicionado a la Orden de los Caballeros de la Rosa y eso mató en mí la confianza en el espíritu de esa antigua hermandad. Pero alguien más lo había comprendido también. Encontré al adiestrador jefe muerto, con el cuerpo traspasado por una lanza; tenía consigo un fragmento del escudo, que había protegido con su vida. Busqué otros trozos, pero no los encontré. Mientras me preguntaba qué hacer, me di cuenta de que no estaba sola en la isla. Había alguien cerca, ¡brujas rebuscando entre las ruinas! No me habían visto, pero solamente por casualidad. Con el corazón acelerado, pensé luchar contra ellas, ir al encuentro de mi destino y unirme a los caballeros muertos por la isla, pero no lo hice. Cogí el fragmento del escudo y huí. Subí a la barca y volví aquí trayéndomelo. Nadie me vio ni me siguió. Nadie puede saber dónde lo escondí. Excepto Marea, quizás.

—Entonces, ¡el fragmento del escudo está aquí, como pensaba Sombrío! —exclamó Capanegra.

Fieravista asintió.

—Sólo se lo dije a Verídico —prosiguió ella, lanzando una mirada a Sombrío—.

Y ahora me encuentro con un joven que dice ser caballero, pero que no ha jurado sobre ningún escudo y que porta una espada impregnada del *veneno* de las brujas. Por si fuera poco, va acompañado de una muchacha imprudente y de un dragón maltratado y casi incontrolable. ¿Qué creéis que podéis hacer vosotros?

Colamocha soltó un gruñido bajo, indignado, al percibir el tono hostil con que la elfa había pronunciado las últimas palabras.

—¡Han superado la prueba de la Boca de la Verdad! ¡Y fue Floridiana quien los mandó! —exclamó decidido Verídico.

—Para mí no es suficiente.

—¿Quieres decir que no tienes intención de ayudarnos? —preguntó Spica sobresaltada y palideciendo.

12

EL RETO DE FIERAVISTA



PICA no podía dar crédito a lo que oía.

—¿Quieres decir que la confianza que ha depositado en nosotros Floridiana y la ayuda que hemos recibido de Marea no te bastan? —le preguntó a Fieravista.

—¿Cómo podéis demostrar que habéis llegado aquí gracias a su ayuda? —rebatió la elfa.

Sombrío le sostuvo la mirada.

—La confianza de Floridiana queda demostrada por el hecho de que me dio el anillo de luz después de que se lo arrebatáramos a Brujaxa. Yo no lo quería, es más, lo temía, pero que ella me lo diera significa que tiene esperanza y confianza en mis decisiones. También Marea nos dio algo, el reclamo de los mares. Y gracias a esa caracola hemos llegado aquí. Pero me pidió que la devolviera al mar después de utilizarla por tercera vez y así lo hice. Por lo tanto, no tengo pruebas. Pero, aunque las tuviera, dudo que lograran convencerte.

—Yo opino, querida amiga —intervino Verídico—, que debiéramos confiar en las decisiones de Floridiana y de las hadas. El hecho de que estos jóvenes estén aquí, significa que el destino de nuestra isla y el de la isla de los Caballeros no ha sido olvidado.

Fieravista soltó una risa amarga.

—¿Confianza? ¡Nuestra confianza tiene un precio muy alto! Recuerda que no decidimos sólo por nosotros, sino también por los trece huevos de dragón azul que custodiábamos. Podrían ser los últimos de todo el Reino de la Fantasía. ¿Qué ocurriría si descubrieran esta isla? Las brujas han sido derrotadas, lo dicen estos chicos, pero no aniquiladas.

—Si no ayudamos a estos jóvenes elfos, las personas por las que has luchado y por cuyo destino todavía sufres morirán de verdad —intervino Capanegra agarrándole un brazo—. La isla de los Caballeros se hundirá en el mar y tú serás responsable.

Fieravista palideció de rabia y se soltó el brazo.

—Ya hemos hablado de esto, Capanegra, y tu cargo no da a tu voz mayor poder

que a la mía. ¡No será el orgullo por la sangre de tu sangre el que imponga a esta isla el camino a seguir!

La voz de Sombrío sonó decidida:

—Me pasaría días intentando disipar tus dudas, créeme, pero tenemos poco tiempo. No son nuestras vidas las que se perderán si no recomponemos el Escudo de los Caballeros. Estoy convencido de que también mi padre, cuando se enteró de la traición de su general, sintió la misma rabia que tú. Pero encontró la manera de reaccionar y combatir, incluso de incógnito.

—Sí, pero por lo que parece nos olvidó, formó un hogar e hizo nuevos amigos. Yo también he encontrado otra manera de combatir el Mal. Mi manera —replicó Fieravista.

Spica permaneció callada, paralizada por la terquedad de la elfa, y Capanegra frunció el ceño, turbado.

La mirada de Sombrío se había vuelto severa. Con un hondo suspiro, se tragó las palabras que le habría gustado gritar y se forzó a decir:

—Insultar a mi padre no te servirá de nada. Dime cómo puedo convencerte para ayudar a los que han sido petrificados y lo haré. Ponme a prueba, pero no les niegues ayuda a quienes la necesitan ¡o tú misma violarás el juramento de los caballeros!

Spica se puso en pie.

—¡Sí, ponnos a prueba! ¡Ya verás cómo superamos todas las pruebas a las que nos sometas!

Pero algo en los ojos negros de Fieravista le dio miedo. La elfa le lanzó una rápida mirada, pero enseguida volvió sus ojos a Sombrío.

—No, juntos no. Esta vez no podrás contar con tus amigos. ¿Quieres afrontar una prueba, muchacho? Pues serán tres, pero tendrás que superarlas solo, como sola he protegido yo el fragmento. Supera las tres pruebas, demuestra que eres un auténtico caballero y podrás tenerlo.

—¿Solo? ¿Por qué debe afrontar solo las pruebas?

—intervino Spica, con los ojos llenos de lágrimas de rabia—. ¿Qué demostraría eso? ¡Ni siquiera entonces le creerás!

Pero su voz pareció resbalar sobre Sombrío y Fieravista como el agua sobre la piedra. El joven miró a la elfa negra y asintió.

Capanegra agarró a la joven elfa por la muñeca con amabilidad.

—¿Por qué solo? Él no... —susurró ella.

Pero el elfo le dijo en voz baja:

—Ahora pareces ser tú la que no tiene confianza en él.

Spica cerró los ojos y negó con la cabeza.

—Yo confío en él, pero... no me fío de Fieravista, ¡igual que ella no se fía de



nosotros!

Fue la propia Fieravista quien le respondió.

—Puede que sea lo único sabio que te he oído decir desde que estás aquí, muchacha. Sea cual sea la ayuda que le hayas prestado a Sombrío en el pasado, recuerda que hay cosas que un caballero de la rosa siempre tendrá que afrontar solo. Y nadie que no se haya enfrentado a sí mismo podrá ser un digno caballero...

Sus palabras fueron interrumpidas por un sonido agudo que se alzó al otro lado del borde del cráter. *Colamocha* alzó la cabeza, alarmado, y saltó al borde para ver qué ocurría. En ese momento, por el camino que subía desde el pueblo, vieron a Manofirme corriendo a más no poder.

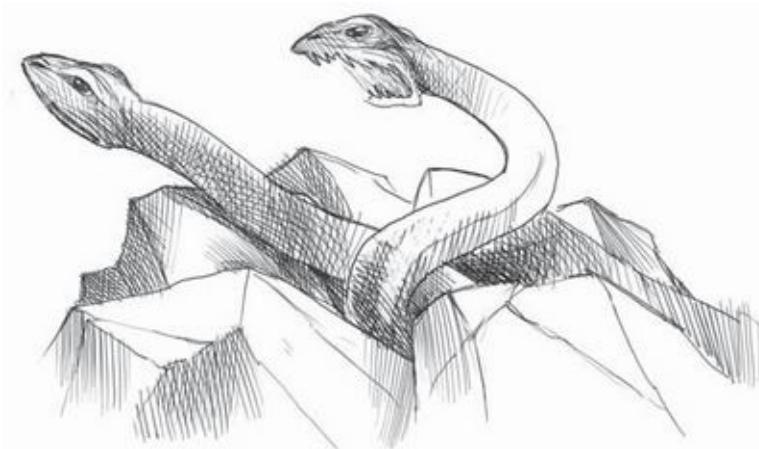
—¡Serpientes! ¡Las serpientes marinas atacan el pueblo! —gritó asustado.

Colamocha gruñó al reconocer al chico que lo había amenazado y éste se paró y retrocedió.

Sombrío trató de tranquilizar al dragón y luego sujetó la empuñadura de *Veneno*.

—¡Serpientes plateadas! —murmuró—. ¡Oh, no, las hemos guiado nosotros hasta aquí!

Agudos sonidos de cuerno rasgaron la oscuridad e incluso las estrellas parecieron temblar en el cielo.



—¡Pronto, tenemos que detenerlas! —gimió Spica, echando mano a su arco.

Los dos chicos iban a bajar por el camino cuando la voz de Verídico los detuvo.

—¡Sombrío, queda poco tiempo y tú tienes que afrontar las pruebas!

El joven apretó los dientes. Spica lo vio asentir lentamente con la cabeza, luego sintió sus manos en los hombros. La voz de su amigo le llegó muy lejana, mientras ella lo miraba a sus ojos del color de los bosques.

—Tengo que irme —le dijo.

—¡Voy contigo! —exclamó Spica.

Él negó con la cabeza y, con un ligero temblor en la voz, repuso:

—Fieravista tiene razón. Tengo que ir solo. Ten confianza y ve con cuidado. Te dejo a *Colamocha*, y a ti, amigo mío, te dejo a Spica. Todo irá bien y volveré pronto para ayudaros.

Dudó un instante, un solo y brevísimo instante, luego la abrazó tiernamente. La chica no pudo evitar sentir el latido acelerado de su corazón. También Sombrío tenía miedo, pero lo vencería. Como siempre. Eso era lo que lo hacía especial.

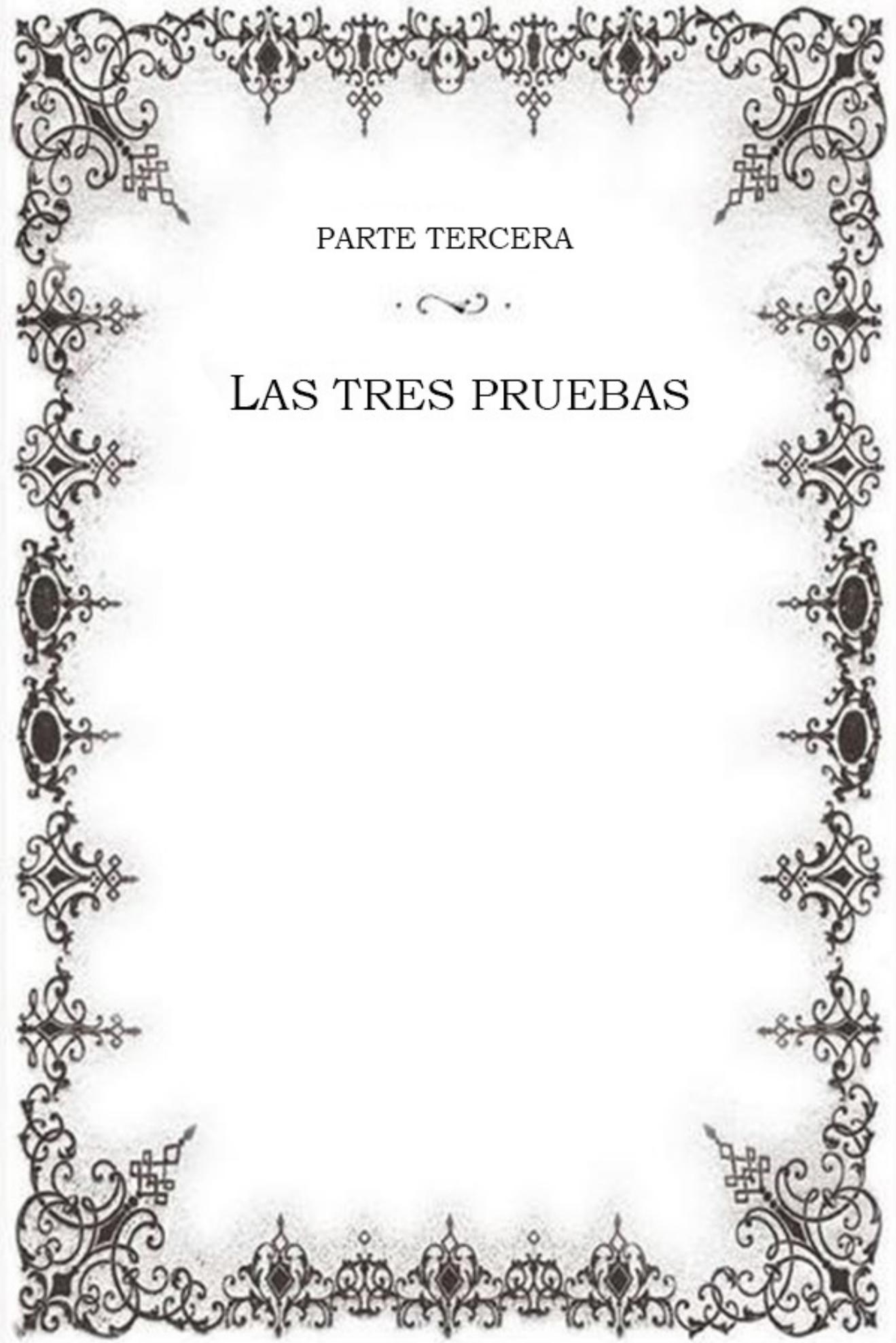
Con un esfuerzo que le parecía increíble, Spica asintió y decidió que también cumpliría su parte, aunque eso significara estar lejos de Sombrío y vencer sus propios miedos.

Él la dejó ir y puso un momento la mano en el morro de *Colamocha*.

—Tú sabes lo que hay que hacer contra las serpientes. Cuida de esta gente, ocurra lo que ocurra —le dijo despacio, luego dio media vuelta y siguió a Fieravista.

Colamocha lo adelantó, gruñendo para pararlo, pero ni siquiera él habría sido capaz de hacerle cambiar de opinión. Cuando se dio cuenta, el dragón lanzó un rugido al cielo y se sentó como un cachorro abandonado.

Spica sujetó con fuerza el arco de Floridiana y se preguntó desesperadamente qué haría ahora, sola.



PARTE TERCERA



LAS TRES PRUEBAS

13

EL ROSTRO DESCONOCIDO



OMBRÍO siguió a Fieravista por un camino escondido entre las rocas negras y muy pronto dejaron atrás el Cráter Septentrional. No se atrevía a hablar, se limitaba a seguir a la adiestradora de dragones sin saber adónde lo llevaba y a qué debería enfrentarse.

Se preguntaba si estaría haciendo lo correcto. ¿Debía regresar, tal vez, para ayudar a sus amigos todavía vivos, antes de que friese demasiado tarde, en vez de pensar en cómo despertar a estatuas de piedra?

—¿Qué sabes de los caballeros de la rosa? —le preguntó Fieravista de repente—. ¿Qué te contó de ellos y de su juramento la reina de las hadas?

Sombrío, inmerso en sus reflexiones, se sobresaltó. La voz de la elfa seguía siendo dura, pero ya no parecía tan llena de resentimiento.

—No sé mucho —reconoció—. Descubrimos la historia del nacimiento de la isla en la Cripta de la Historia que está debajo del Salón de los Caballeros, pero no sé casi nada de la formación y la vida de los caballeros. Lo poco que conozco lo vi reflejado en las acciones de dos de ellos, uno era mi padre y el otro su maestro.

Fieravista se detuvo y se quedó mirándolo.

—Tú hablas de lo que todo el mundo ha visto siempre. Valor. Coraje. Fuerza y firmeza en la batalla. Grandes cosas —dijo, reanudando la ascensión—. Pero un verdadero caballero se mide en las pequeñas. No lucha por la gloria, sino por la justicia. O debería decir que en otro tiempo era así... Convertirse en caballero significaba renunciar a todo. A todo. Abandonábamos a nuestras familias cuando aún éramos jóvenes, sin nada que nos las recordara salvo un medallón, y en cuanto llegábamos a la isla empezábamos inmediatamente la instrucción. Estudio y trabajo al servicio de caballeros de más edad. Teníamos que demostrar a cada paso que éramos dignos del nombramiento y conscientes de las responsabilidades que comportaba. Lo que muchos olvidan es que portar una arma, una espada como la nuestra, significa poder herir a agresores, pero también a inocentes. Un error puede resultar mortal, por ello hay que estar preparados. Incluso montar en dragón significa disponer de una confianza ilimitada y un gran poder que desconcertaría a los más débiles. Tú eres demasiado joven. Hasta dentro de unos años no habrías sido sometido a las tres

pruebas ni habrías sido digno de tener dragón. Si la reina Floridiana ha ignorado las reglas, yo no puedo hacer lo mismo.

—¿Todo caballero afrontaba las tres pruebas?

—Sí, todo aspirante a caballero.

—¿De qué pruebas se trataba? —preguntó Sombrío.

—Eran pruebas diferentes para cada uno —explicó Fieravista—. Eran la manera de poner a los aspirantes frente a su rostro desconocido. Y, para hacerlo, tenían que enfrentarse solos a ellas.

—¿El rostro desconocido?

—El enemigo más difícil de derrotar. La parte peor de cada uno de nosotros. Solamente conociéndonos profundamente a nosotros mismos podemos confiar en mantener a raya esa parte nuestra. Ambición. Miedo. Mezquindad. Cosas que pueden describirse a los aprendices, sugerirles cómo enfrentarse a ellas, pero que nadie puede enseñar cómo combatirlas de verdad. Para identificar y derrotar nuestras debilidades hay que estar solos. Verse obligados a decidir, saber que todo podría salir mal pese a nuestros esfuerzos. Y saber aceptarlo. La presencia de otros durante las pruebas podría cambiarlo todo; se puede encontrar coraje en la mirada de los amigos, en sus voces. Pero cuando se está solo, no se puede contar más que con lo que tenemos en el corazón. Si no ha afrontado las pruebas, nadie puede decir que es un verdadero caballero. Yo las he recreado aquí, en esta isla, y hasta que no las hayas superado, pensaré que sólo eres un joven imprudente e inexperto y me comportaré en consecuencia.

Sombrío apretó los labios.

—Tus pruebas no son tan fiables si Altomar pudo superarlas y luego ser tan egoísta como para traicionar a los suyos —observó.

Fieravista se detuvo tan en el acto que el joven casi chocó con ella. La elfa lo miró de una manera rara mientras, con un rápido movimiento, una roca negra se desplazaba frente a ellos. Sombrío ya había visto suceder eso mismo cuando Capanegra los había llevado al Vientre de la Isla.

—Nunca he dicho que fueran infalibles, pero eran justas. Altomar se traicionó a sí mismo antes de traicionarnos a nosotros y a todo el Reino de la Fantasía. Se traicionó a sí mismo —repitió Fieravista.

Luego levantó el brazo para indicar una abertura oscura en una pared rocosa.

—Hemos llegado.

—¿Dónde?

—Entra en el túnel y atravesá el corazón de la montaña. Si lo consigues, al otro lado encontrarás tu fragmento —dijo mirándolo. Luego añadió—: Pero si no lo consigues, recuerda que el único culpable serás tú. Tú y tu rostro desconocido.

Sombrío asintió, cerró la mano sobre *Veneno* y fue hasta la entrada del túnel. La estrella de su frente iluminó débilmente una galería rocosa sumida en la oscuridad. Pensó en su padre.

—Adelante. Tú mismo has dicho que la isla de los Caballeros dispone de poco tiempo —lo exhortó Fieravista sin dejar de mirarlo.

Él sintió que se le encogía el corazón. Antes de embocar el pasadizo, preguntó:

—Llevo conmigo a *Veneno* y el anillo de luz. ¿Acaso juzgarás inválida la prueba por eso?

—Aceptaré el veredicto de la prueba. Uno siempre ha podido llevar consigo lo que consideraba útil. Para lo que valen en esto las armas y la magia...

Sombrío la miró sin decir nada y, al final, con un suspiro, se volvió y entró en la gruta.

Al quedarse sola, la adiestradora de dragones miró al cielo.



—La herida infligida por Altomar no se curará nunca, Audaz. Pero recuerda que caballero de la rosa sólo es aquel capaz de descubrir sus propios defectos y que, pese a ello, decide confiar en sí mismo y lucha para vencerlos.

Un soplo de viento helado trajo el eco de otro distante sonido de cuerno.



—Quiero ir con vosotros —le dijo Spica a Capanegra. El elfo negó con la cabeza.

—No. Necesito que te quedes aquí y mantengas al dragón calmado.

—Pero ¡puedo seros útil! Soy buena con el arco y ya nos hemos enfrentado a las serpientes —insistió ella.

El elfo se reafirmó en su decisión.

—Verídico se quedará contigo. Lo que te estoy pidiendo es una tarea más

importante de lo que crees —concluyó y se fue de prisa por el sendero por el que habían llegado.

Spica hizo ademán de seguirlo, pero una mano la agarró suavemente por el brazo.

—Cada uno tiene su sitio durante un asedio —le dijo Verídico con expresión seria—. Cada soldado que abandona su lugar le hace el juego al enemigo. Los capas negras son los guardianes de esta isla desde hace siglos y salvarán el pueblo, no temas. Nosotros, por nuestra parte, tenemos que pensar en lo demás.

—¿Lo demás? ¿Qué es lo demás? ¡Aquí no hay nada salvo matojos y rocas! —chilló Spica, cerrando los puños de rabia—. Nadie debería ser tan presuntuoso como para no aceptar la ayuda que se le ofrece. ¡Sobre todo cuando no es solamente su vida la que está en peligro! —dijo de un tirón, como si estuviera hablando consigo misma.

Para su sorpresa, Verídico sonrió.

—Creo que Fieravista se equivocó contigo, igual que se equivoca con tu amigo. La frase que has dicho demuestra una sabiduría que tú en primer lugar deberías acatar... Tu ayuda no ha sido rechazada, me parece.

—Pero ¿cómo puedo ayudar aquí?

—Puedes proteger a quien no puede hacerlo solo.

La cara de Spica adoptó una expresión interrogativa.

Verídico le explicó:

—¡Tenemos que proteger un valioso tesoro, jovencita estrellada!

—¿Un tesoro? ¿Quieres decir que aquí...?

—Aquí hay un huevo de dragón que todavía debe eclosionar. ¿No te habías dado cuenta?

La chica miró a su alrededor con cierta angustia, buscando el huevo con la vista.

—No, está oscuro. ¿Dónde está?

Verídico se rió y le puso una mano en el hombro.

—Los huevos de dragón azul están muy bien camuflados, nadie los encuentra con facilidad. Hay que saberlos reconocer y ni siquiera entonces es fácil. Sé de un elfo que construyó una casa sobre un huevo de dragón, ¡y era un elfo negro, experto en dragones! ¡Por todas las piedras voladoras, no se puso muy contento cuando eclosionó!

Resignada, Spica volvió a echarse el arco al hombro. Aprovechó el buen humor de Verídico para hacerle una pregunta que la atormentaba:

—¿Por qué Fieravista parece no creerse nada de lo que le hemos contado? Ni siquiera parece creer a las hadas... ¡Está tan llena de rabia!

El elfo suspiró.

—Es cierto. Pero no le hará nada malo al hijo de Corazón Tenaz. Sólo hará lo que debe —respondió misteriosamente y luego volvió al lado del fuego.

Spica fue hasta *Colamocha* y se acurrucó contra su piel de escamas relucientes.

—No debes preocuparte, Sombrío sabe lo que se hace —dijo, para tranquilizarse más a sí misma que al dragón.

Éste soltó un débil bufido, le dirigió una mirada abatida y luego volvió a escrutar la oscuridad allí por donde Sombrío había desaparecido instantes antes.

El sonido de un cuerno se dejó oír en el aire de la noche y luego cesó. El silencio se adueñó de todo.



El camino que Sombrío recorría era tan estrecho que las oscuras paredes parecían querer triturarlo. Mientras avanzaba, la tenue luz de su frente dibujaba reflejos plateados sobre las rocas.



Su mente estaba ocupada en mil pensamientos.

Las palabras de Floridiana resonaban en sus oídos a cada paso. Los fragmentos ya encontrados representaban el pasado y el futuro de los caballeros. El tercero, en cambio, tenía que ver con el presente... y con él.

Encuentra el tercer fragmento y tendrás la llave del presente: simboliza tu vida, tus sueños y tu corazón. Será la tarea más ardua.

Aquél era el fragmento más importante. Sin él, todo lo que había hecho hasta ese momento no serviría de nada.

Mientras hablaba con Fieravista, se había dado cuenta de que por primera vez estaría realmente solo. Incluso cuando, en el pasado, las brujas lo habían separado de sus amigos, había encontrado ayuda y fuerza en *Colamocha* y de ahí había nacido la alianza que todavía lo hacía sentir orgulloso. Ahora, en cambio, no podría contar más

que consigo mismo. Tendría que afrontar su rostro desconocido, fuera cual fuese. Un pensamiento lo oprimía más que nada: ¿qué ocurriría si no respondía a las expectativas de la reina de las hadas o si no recuperaba a tiempo el último fragmento? ¿Sería capaz de aceptar el fracaso de su misión? ¿Qué sería de él si no lograba salvar la isla de los Caballeros y hacer revivir a quienes habían sido petrificados?

De repente, la seguridad que había mostrado ante Fieravista pareció vacilar y también le pareció infundada la confianza de Floridiana. ¿Cómo podía saber la reina de las hadas lo que ocurriría si ni siquiera podía ayudarlo? ¿Y cómo podía, una vez más, haber depositado tanta confianza en él, un simple elfo joven?

14

LA PRIMERA PRUEBA



OMBRÍO avanzaba a tientas por el túnel, con el corazón angustiado.

Se tricionó a sí mismo antes de traicionarnos a nosotros y a todo el Reino de la Fantasía, había dicho Fieravista con su voz firme al hablar de Altomar.

¿Qué significaba traicionarse a sí mismo? ¿Y por qué las palabras de Fieravista lo habían turbado tanto?

Un soplo de aire húmedo le acarició la cara y lo sacó de sus pensamientos. ¿Acaso finalmente iba a encontrar una salida?

Una gota le cayó en la cabeza; el agua se filtraba por la roca negra y mojaba el suelo del túnel.

Sombrío avanzó más, tenso en su intento de descubrir qué lo aguardaba. Pero sólo oía el sonido de sus pasos y el latido de su corazón.

Al fin, una reverberación de luz iluminó el túnel, que dio paso a una cueva. Sombrío soltó un suspiro: por fin había llegado a algún sitio.

El fondo irregular de la cueva estaba empapado de agua, que brillaba a la débil luz azul que provenía de una abertura en lo alto y se reflejaba en las piedras negras.

Con la mano en el puño de *Veneno*, avanzó despacio, esperando ser atacado de un momento a otro, pero después de una breve inspección se convenció de que allí no había nada peligroso. Sólo piedras resbaladizas y agua.

Lamentablemente, tampoco había ninguna salida. La única manera de proseguir parecía ser escalar la pared de piedra que cerraba la cueva y que terminaba a la altura de la abertura por la que entraba la luz. Se acercó y vio varios salientes y concavidades que podía aprovechar para trepar. Eligió con la vista la vía que le pareció mejor, luego encontró un punto por el que empezar y, acallando las dudas y los miedos que parecían agigantarse en aquel lugar misterioso, se ató *Veneno* a la espalda y dio un gran salto para agarrarse al primer saliente.

No había tiempo que perder.

Se izó con la sola fuerza de los brazos y, trabajosamente, encontró un apoyo para los pies. La escalada no iba a ser sencilla, pensó con amargura, la piedra ofrecía buenos asideros, pero era lisa y no resultaba fácil mantener el agarre mucho tiempo.

Comprobó con rapidez otros salientes, eligió el menos incómodo y, con un gran esfuerzo, logró elevarse. Subía lentamente, ganando pocos centímetros cada vez y procurando no pensar en nada que no fuera hacer un movimiento tras otro.

Jadeando, echó un vistazo abajo y se percató de que no había recorrido mucho trecho. Ni siquiera estaba a mitad de la pared. Miró hacia arriba y apretó los dientes: ¡tardaría un siglo en llegar a la salida y para entonces la isla de los Caballeros habría sido engullida por el mar!

A duras penas apartó ese pensamiento y comprobó la solidez de otro asidero. La piedra se le desmoronó entre los dedos. Buscó otro y lo encontró a su derecha; tenía que adoptar una postura arriesgada para alcanzarlo. Pero tenía que intentarlo.

Con un esfuerzo enorme, hizo descansar todo su peso en el apoyo del pie derecho, ladeó el cuerpo y alargó la mano todo lo que pudo. Rozó el asidero, pero no consiguió agarrarse a él. Para alcanzarlo tendría que saltar.

Dudó mientras buscaba otra alternativa. Si se caía, las rocas quizás no le concedieran una segunda oportunidad. Pero parecía que no tenía más remedio.

Cerró los ojos, trató de visualizar el saliente que tenía delante e imaginó el movimiento que tendría que hacer.

Empezó a notar la sangre palpitando en sus oídos. Dobló las rodillas y, tendiendo el brazo lo máximo que pudo, saltó de lado. Su mano agarró la roca negra y pulida.

Por un instante se entusiasmó, pero la alegría le duró poco. Sus dedos se cerraron sobre la piedra, pero el asidero estaba húmedo y resbaladizo a causa del agua que corría en hilillos por la pared.

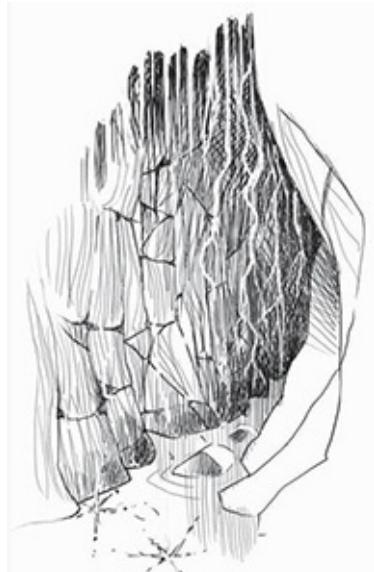
Perdió el agarre y cayó.

Con un golpe sordo, su cuerpo chocó violentamente contra el suelo; una oleada de dolor recorrió su cuerpo mientras yacía inmóvil en la capa de agua que cubría el suelo rocoso. El golpe contra la piedra lo había dejado sin aliento. Tardó unos instantes en encontrar la fuerza necesaria para ponerse de nuevo en pie.

Se había hecho daño en una pierna. Afortunadamente, no se la había roto, pero sintió una punzada de dolor al tocarse el tobillo.

Se dio cuenta de que no podía seguir en aquellas condiciones. Al menos, no la escalada. Por un momento, se dejó llevar por el desánimo y se derrumbó en el suelo. Miró la pared de la que se había caído y sintió que la sangre se le helaba en las venas; había sido un temerario.

Y aún había tenido suerte: si hubiese caído desde un punto más alto, no habría tenido ninguna esperanza de sobrevivir. Pero ¿cómo podía afrontar las tres pruebas si no conseguía siquiera salir de aquel pozo? Lentamente, intentando que el dolor no lo





dominara, se sentó y analizó la situación.

No podía rendirse. Todavía no. Tenía que haber algún modo de continuar y él tenía que encontrarlo.

Recurriendo a todas sus fuerzas, Sombrío se puso en pie y, cojeando, se apoyó en la pared de piedra. Se pasó la mano por la frente para apartarse el pelo, que le goteaba.

Se le ocurrió una idea.

Había una cosa en la que no había pensado hasta entonces: que aquélla friera la primera prueba. Superar semejante desnivel sin ninguna ayuda era un obstáculo con el que un caballero podía encontrarse en cualquier momento.

Entornó los ojos y miró de nuevo a su alrededor. ¿Qué se le había escapado? ¿Qué había allí aparte de piedras y agua?

—No hay más que agua y piedras negras —murmuró.

Y entonces, de golpe, comprendió lo que tenía que hacer.

Un instante después, arremetió con *Veneno* contra la pared de roca e hizo penetrar la espada como una cuña en una fisura abierta por el agua. Una nube de chispas se alzó alrededor de ese punto y Sombrío agarró la empuñadura con todas sus fuerzas y clavó el arma bien hondo.

Se oyó el sonido de rocas resquebrajándose y, haciendo palanca, desprendió una gran placa de piedra.

La placa salió despedida y se quedó flotando a media altura delante de él. ¡Sí, había acertado!

La piedra negra, como había podido apreciar muchas veces, podía quedarse suspendida en el aire. ¡Y aquella placa lo hacía! Con el corazón exultante, Sombrío se subió a la piedra y se puso de pie, tratando de mantener el equilibrio pese al dolor del tobillo.

Estaba cerca de la pared, pero no lo bastante.

Se agarró a un saliente y, haciendo fuerza con los brazos y las piernas, tiró de la piedra flotante hacia la pared húmeda y resbaladiza.

A cada movimiento sentía una punzada lacerante en el tobillo, pero con lenta determinación buscó otra grieta, desenvainó otra vez a *Veneno* y la clavó, con todas sus fuerzas, lo más hondo que pudo. Saltaron trémulas chispas y, con una crepitación, una segunda placa de roca se separó, rotando en el aire.

Bueno, si no había escalera, él se fabricaría una. Sería una escalera voladora, pensó con una sonrisa.



15

ESTELAS DE PLATA



PICA estuvo largo rato esperando en la oscuridad, al aire fresco del Cráter Septentrional, con la sensación de que era una inútil.

Verídico estaba sentado junto al fuego y canturreaba muy bajito. Desde hacía horas no se oía el sonido de los cuernos, pero ella no estaba segura de que eso fuese una buena señal. Nadie había ido a informarlos de que la batalla había terminado y las serpientes habían sido derrotadas, así que cada crujido en los arbustos y cada minúsculo ruido la hacían dar un respingo.

Aunque ahora sabía que estaba allí con un propósito, seguía preguntándose si no habría sido más útil en el pueblo.

Incapaz de estarse quieta por más tiempo, se levantó y se adentró entre los arbustos hasta el borde externo del cráter, para tratar de averiguar qué estaba ocurriendo, pero lo único que vio fue la luz de las estrellas brillando sobre las olas.

Verídico la miró.

—Creo que, por el momento, estamos seguros.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó ella, impaciente.

—Capanegra ha cerrado el camino tras él, desplazando las piedras negras al marcharse —explicó el anciano elfo—. Es nuestra manera de aislar un cráter de otro; de ese modo, aunque encuentren uno, no pueden dar con los demás.

—¿Y quién te dice que las serpientes no puedan mover las piedras como hace él?

—Los elfos estrellados siempre hacéis muchas preguntas, ¿verdad? —contestó Verídico con una sonrisa.

—Sólo cuando no entendemos algo. ¿Los elfos negros no hacen lo mismo? —preguntó ella a su vez, un tanto resentida.

—Ah, sí, claro. Y algunos más que otros. Te vi hablar con Vistaguda, que es una chica realmente curiosa —dijo Verídico con una luz de ternura en los ojos—. Pero a ella, como a todos nuestros jóvenes, se la ha enseñado a observar, para que busque sola la respuesta a las preguntas. Porque muchas de las respuestas las tenemos ante nuestros ojos, sólo hace falta saber mirar...

—También mi padre dice eso a menudo —suspiró la joven elfa.

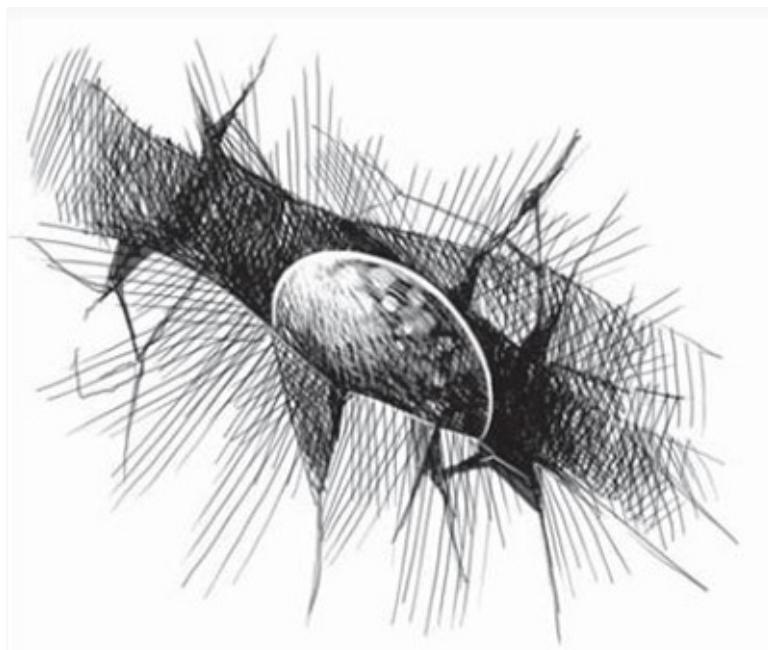
—Entonces es que es un elfo sabio. Debes estar orgullosa. Eso no quita que a

vezes las preguntas sean indispensables —añadió el anciano—. Nosotros os hemos hecho muchas. Pregúntame lo que quieras y con gusto te contestaré.

—Parece que tú sabes realmente muchas cosas de los dragones azules —observó Spica.

Él asintió.

—El profundo conocimiento que los elfos negros tienen de estos dragones es muy antiguo y se transmite de generación en generación. Sólo unos pocos de nosotros pueden enorgullecerse de haber visto dragones adultos en su vida. Yo he visto muchísimos, pero eran cachorros en su mayor parte, no pasaban de los veinte o los treinta años de edad... Un poco como vuestro amigo. Los dragones azules viven mucho y vienen a esta isla una vez cada cien años para poner sus huevos. Nadie sabe cómo la encuentran, quizás los guía su instinto, o los rayos... Pero ese año bandadas enteras de dragones azules paran aquí unos meses en su migración y ponen los huevos. Miles de huevos que eclosionan luego lentamente durante los años siguientes.



—Pero ¿no tienen que incubarlos?

—No —contestó Verídico—. Es la isla la que se ocupa de los huevos. Esta tierra es especial. Atrae los rayos y conserva su energía para los dragones. Siempre ha sido así.

Cuando las nubes de tormenta cubren el horizonte, esa inmensa fuerza del cielo descarga en el suelo y se transmite a los huevos. Las crías tardan en desarrollarse tiempos distintos según el punto de la isla en que los huevos estén depositados, ayudadas también por el calor del sol. Los primeros en romper el cascarón son los dragones que se encuentran en el lado sudoeste, porque allí caen más rayos, mientras que los últimos son... Bueno, uno de los últimos está aquí.

—Pero cuando los huevos eclosionan, los dragones están solos. ¿Cómo pueden

sobrevivir si nadie se ocupa de ellos?

—Al salir del huevo ya son capaces de cuidar de sí mismos. Es su naturaleza. Al principio se alimentan de estas rocas negras, luego de peces. Sobrevuelan el mar y pescan, llevados por su instinto. Y puesto que nosotros nos ocupamos de los huevos, nos reconocen. La alianza entre dragones y elfos negros se pierde en la noche de los tiempos —dijo suspirando—. En cuanto las crías se hacen lo bastante grandes, se marchan, desaparecen, vuelan quién sabe adonde por rutas que sólo ellos conocen, para unirse a las bandadas salvajes. Algunos, en cambio, vuelven y prefieren quedarse. Una vez al año, el adiestrador de dragones de la isla de los Caballeros venía aquí para coger a los dragones que elegían quedarse y se los llevaba para adiestrarlos en el combate.

Spica se estremeció.

—Es terrible —dijo con tristeza.

—¿Terrible? Los dragones azules son criaturas fieras y valientes como pocas y si el lazo con su caballero es fuerte, pueden llegar a sacrificar su vida para protegerlo... Por eso, acostumbrarlos a luchar sólo significa hacerlos capaces de sobrevivir. Y experimentados para proteger el mundo.

A Spica se le ensombreció el semblante.

—En la isla de los Caballeros vimos los huesos de muchos dragones muertos junto a sus caballeros.

Verídico afirmó con la cabeza.

—El adiestrador me contaba que los dragones que vivían en la isla de los Caballeros entablaban amistades y alianzas entre sí como en una bandada libre, y formaban una especie de familia a la que también pertenecían sus caballeros. Trataban a los recién llegados como si fueran sus cachorros, los protegían y les enseñaban las bases de la vida en la isla.

—*Colamocha* creció solo, entre orcos, ¿por eso es tan desconfiado?

—Las experiencias por las que cada cual pasa nos hacen distintos unos de otros, pero no olvides que *Colamocha* no deja de ser un dragón y que, por lo tanto, es de por sí una criatura poderosa y altiva, difícil de domar —explicó Verídico, pero sus palabras fueron interrumpidas por un tembloroso sonido de cuerno.

Parecía una llamada de socorro extrema, desesperada.

Spica se estremeció mucho. Incluso *Colamocha* levantó la cabeza.

—¡Basta! —exclamó decidida—. ¡Tengo que hacer algo!

—¡No podrías hacer nada! —Trató de detenerla el anciano, mientras ella se acercaba a toda prisa al dragón—. No puedes encontrar el pueblo sola, está oculto a los ojos de los dragones y sembrado de pararrayos. ¡Aunque quisieras matar a las serpientes, no podrías!

—Entonces volaremos alrededor de la isla. ¡Las serpientes plateadas se mueven por el agua y estoy segura de que podremos hacer algo!

—¿Cómo? —preguntó Verídico.

—¡Tengo el arco que me regaló Floridiana! —respondió ella orgullosa.

—¿Con un solo arco? ¿Crees que podrás hacer algo contra las serpientes de plata?
Hazme caso, muchacha, quédate aquí.

—¿Por qué? Tú mismo has dicho que Capanegra ha cerrado el camino, que las serpientes no pueden encontrar la manera de llegar aquí. Y la ladera de la montaña es demasiado escarpada para escalarla. Pero Vistaguda, el herrero y los demás elfos del pueblo están en peligro. No puedo quedarme quieta mirando —replicó Spica, cerrando los puños.

Verídico vio que la estrella de la frente de la chica brillaba con fuerza y negó con la cabeza con un suspiro.

—De acuerdo. Si las serpientes han llegado hasta aquí siguiendo vuestro rastro, lo habrán hecho a través de la Vía del Dragón. Es el único acceso por agua a nuestro pueblo.

Spica asintió y estrechó la mano del elfo.

—Gracias —susurró—. Volveremos pronto.

Le acarició el cuello a *Colamocha*, que soltó un rugido y adoptó la postura en que se ponía cuando Sombrío tenía que montar en él. La joven elfa saltó a la silla.

—¡Vamos, amigo, tratemos de hacerles ver a esas serpientes que aquí no hay sitio para ellas!

Con un rápido movimiento, el dragón echó a volar.

Mirando hacia abajo, Spica vio el Cráter Septentrional alejarse en medio de la oscuridad del mar, debajo de ellos.

Verídico se quedó solo, observando muy preocupado el horizonte.



Mientras *Colamocha* volaba en torno a la isla, Spica sentía el corazón latiéndole con mucha fuerza. Blandas nubes velaban por momentos las estrellas y la débil luna que estaba saliendo no la hizo sentirse mejor.

No era la primera vez que montaba sola en *Colamocha*. Ya lo había hecho en la isla de los Caballeros, cuando el dragón y ella habían ascendido volando para ayudar a Sombrío, atrapado por el derrumbe en el faro, y también allí, en la isla de la Luna Creciente, para salvar a su amigo de la corriente del lago salado generada por el reclamo de los mares.

También ahora el dragón había decidido ayudarla sin protestar, respondiendo a su petición con una prontitud que sólo habría tenido con su caballero. Spica se sentía orgullosa y agradecida por ello, pero también terriblemente asustada. No sabía cuál era la mejor manera de darle órdenes y eso podía resultar un problema.

Trató de indicarle que descendiera como hacía Sombrío, pero *Colamocha* no pareció entenderla. Spica lo intentó una y otra vez y al final gritó desesperada que bajara.

Colamocha rugió. Batió las alas al viento ruidosamente, luego las plegó y descendió en picado sobre la isla.

Por un instante, Spica creyó que se estrellaría, pero sabía que debía fiarse del dragón.

Éste reabrió las alas y planeó a gran velocidad.

Una larga franja blancuzca apareció en el mar negro; innumerables estelas plateadas pululaban frente a la boca del túnel submarino, en el lago salado.

La límpida superficie de agua en la que Sombrío y ella se habían zambullido, bullía de serpientes marinas. Spica agarró el arco y disparó una flecha tras otra mientras pasaban sobre el lago.

Éstas resplandecían y dibujaban trazos relucientes en la noche, antes de alcanzar a las serpientes.

Pero donde sus flechas acertaban, otras horribles criaturas subían de las aguas.

Colamocha rugió y aleteó, como si dijera que le dejará hacer a él.

—¡Sí, tienes razón! —asintió Spica—. ¡Sólo tú puedes detenerlas! ¡Fulmina la entrada a la Vía del Dragón! —gritó al viento.

Esta vez, *Colamocha* pareció entenderla a la primera. El dragón sabía que parte de la energía de su rayo sería desviada y absorbida por los prismas voladores que rodeaban la isla, así que multiplicó su potencia.

La chica notó que los poderosos músculos del animal se tensaban, lo vio arquear el cuello y, con una sensación que tenía algo de maravillosa, percibió cómo la energía pasaba a través de su cuerpo, se concentraba y luego salía propulsada por sus fauces. Vio el rayo rasgar la noche y abatirse sobre las rocas, luego el resplandor la obligó a taparse los ojos.

Los pararrayos que giraban sobre la costa estaban demasiado lejos para poder absorber toda la potencia de aquel tremendo rayo.

Una nube de vapor subió del agua y minúsculos relámpagos recorrieron toda la isla. Finalmente, en el aire retumbó el estruendo de un derrumbe.

16

LA SEGUNDA PRUEBA

CON un extraordinario esfuerzo, Sombrío se subió a la última placa de piedra y esperó a que terminara de balancearse.

Cuando, por fin, el joven elfo levantó la vista, se quedó boquiabierto: al otro lado de la abertura del techo de la cueva se veían dos prismas de roca negra entre los cuales relampagueaba un rayo. Esa luz era la que iluminaba con reflejos azules la cueva que tenía debajo. Y algo le decía que aquel rayo estaba relacionado con la capacidad de las piedras de flotar en el aire, igual que flotaban los prismas negros a lo largo de la costa de la isla.

Entonces, apretando los dientes por el esfuerzo, salió por la abertura del techo de un salto y rodó por la roca desnuda.

El brusco contacto con el suelo le produjo una punzada de dolor en la pierna que le arrancó un grito ahogado. El rayo irradió pequeñas descargas y Sombrío se quedó tumbado unos instantes, cauteloso. Luego se arrastró lejos de él e intentó levantarse.

El joven elfo miró a su alrededor y se dio cuenta de que, finalmente, debía de haber llegado al lugar de la segunda prueba.

Se encontraba en un salón oscuro, con piedras voladoras diseminadas por él. Al otro lado del amplio espacio parecía abrirse un pasadizo. No había amenazas a la vista, pero aquel lugar tenía algo inquietante. Algo que le encogía el estómago.

Con la extraña sensación de ser observado, el joven caballero desenvainó a *Veneno*, que se había atado a la espalda, tomó aire y avanzó un paso.

Caminó cojeando hacia la que parecía la salida, pero tras unos metros, se dio cuenta de que algo no iba bien. Pese a que la pendiente era la misma, parecía como si el terreno se hubiese vuelto más empinado, como si una fuerza externa pesara sobre él desde arriba y lo obligara a avanzar cada vez más despacio, haciendo cada paso más trabajoso que el anterior.

Tenía la respiración entrecortada y la impresión irreal de estar sumido en un sueño. De repente, oyó un estallido; se paró y miró con mucha atención hacia arriba. Las piedras negras, que hasta poco antes se habían limitado a flotar sobre su cabeza, se movieron de golpe, como disparadas.

Sombrío se echó a un lado justo a tiempo de evitar que una lo arrollara. Rodó por

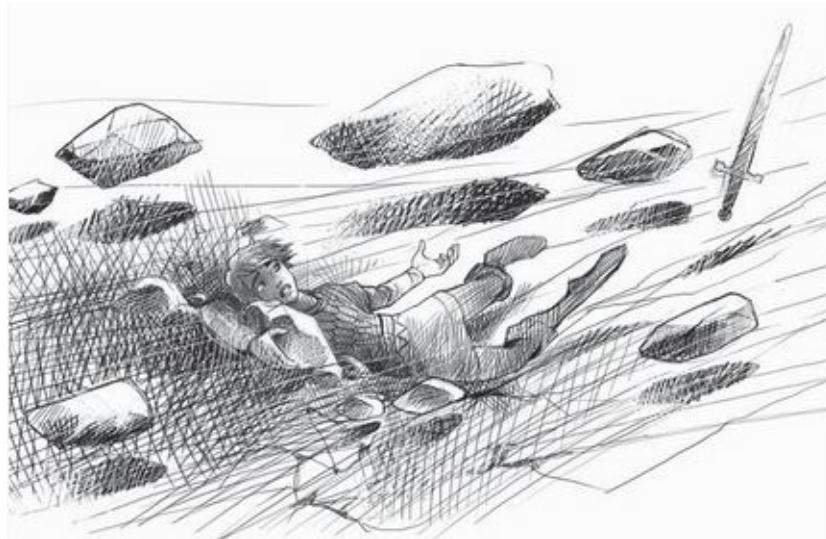
el suelo y trató de levantarse sobre sus piernas inseguras, pero algo lo retenía y hacía que resbalara.

Sonó un débil crujido y la sala recuperó su equilibrio. Pero ahora una fuerza invisible lo arrastraba hacia atrás, alejándolo de la salida. Concentrándose a duras penas en cada uno de los músculos de su cuerpo y tratando de mantener a *Veneno*, a toda costa, en posición de guardia, Sombrío adelantó primero un pie, luego el otro, luego de nuevo el otro. La pierna le dolía y eso no facilitaba las cosas.

Había llegado casi a la mitad de la cueva cuando oyó un nuevo estallido. Sin darle tiempo siquiera a comprender qué sucedía, las piedras se volvieron a mover y la fuerza que hasta aquel momento le era contraria y le impedía avanzar, ahora lo empujó de lado y lo arrojó contra la pared de roca.

Él se tiró al suelo en un intento de oponer resistencia y, con un esfuerzo que le costó una tremenda punzada en la pierna, trató de agarrarse al terreno irregular. Pero los dedos le resbalaban sobre la piedra. Parecía como si alguien estuviera jugando con él, pensó desesperadamente, sin poder idear una manera de resistir aquel empuje que lo aferraba y lo lanzaba a una parte y otra de la cueva como un pelele. Sus manos no conseguían encontrar ningún asidero. Al final, vio una roca saliente y se agarró a ella con todas sus fuerzas, pero se dio cuenta de que no podría sujetar a *Veneno* al mismo tiempo.

El joven caballero tenía que elegir. En ese momento, la espada brilló con su luz verde y se le escapó de la mano.



Como un puñal lanzado en la oscuridad de la cueva, *Veneno* fue arrastrada y terminó chocando contra la pared con un tintineo.

Sombrío chilló y la presión disminuyó ligeramente.

Todo su cuerpo se quejaba, pero al chico ni siquiera se le pasó por la cabeza renunciar a alcanzar la salida. Miró durante un instante el resplandor verdoso de la espada y decidió que no podía volver atrás para recuperarla, no tenía tiempo.

Había perdido su preciosa arma. Ahora tendría que enfrentarse a cualquier

amenaza solamente con sus fuerzas... ¿Sería capaz?

Puso toda su fuerza de voluntad en obligarse a no ceder a la desesperación y, ya que no podía levantarse, avanzó fatigosamente a gatas. Llegó a un punto resguardado por una roca y, suspirando, trató de descansar un poco.

Como antes con la escalera flotante, debía de haber algún modo de superar aquella fuerza sólo con sus medios, pero no lograba imaginar cómo.

Se secó con la mano las gotas de sudor de la cara, jadeando. ¿Qué podía hacer? ¿Qué habría hecho Spica? ¡Cómo le habría gustado tenerla a su lado en aquel momento!

¿Y su padre? Él, sin duda, habría encontrado una solución: era un caballero.

Pensar en Corazón Tenaz lo llenó de dolor y de tristeza. Si no superaba las pruebas, no volvería a abrazarlo nunca más. Y la gente de la isla de los Caballeros quedaría atrapada en su letargo de piedra para toda la eternidad, en el fondo del mar. ¡Jamás podría perdonarse una cosa así!

Notaba que el corazón le latía con fuerza, como si quisiera salírsele de la cota de malla que su padre le había dado.

—¡No! —se gritó a sí mismo. Tenía que dejar de pensar en las cosas terribles que sucederían si no conseguía salvarlos, tenía que dejar de compadecerse. ¡No podía ni debía rendirse!

Mientras intentaba darse ánimos, le vinieron a la mente las palabras que el general Aldebarán repetía siempre en el campo de instrucción del Reino de las Estrellas: *Nunca penséis sólo en vosotros mismos. ¡Cuando nos ponemos la armadura, no somos elfos! ¡Somos lo que se interpone entre una espada afilada y unos inocentes!*

Allí no había armas, pero había muchísimos inocentes que salvar y por ellos debía superar todas las dificultades que se le presentaran.

Se volvió, hizo acopio de fuerzas y echó a andar de nuevo. Avanzó un poco, como contracorriente, se arrastró otro trecho y estuvo a punto de alcanzar la salida; entonces, como había sucedido antes, se oyó otro estallido y el mundo pareció invenirse.

Sombrío fue arrastrado al otro lado de la cueva con tanta fuerza que no pudo oponerse a ella. Oyó a su espalda que *Veneno* tintineaba y luego vio estrellarse la espada contra la pared en el mismo instante en que él terminaba también contra ella. El aire se escapó de sus pulmones y, durante unos momentos, sus ojos no vieron más que niebla.

El joven caballero experimentó un profundo sentimiento de frustración. Esperó a que la fuerza aminorara, pero esta vez no ocurrió nada.

Una masa invisible lo aplastaba contra la pared. Intentó pensar. Estaba solo, su única compañía era el tenue resplandor de *Veneno*, pegada a la pared, como él... De repente, un brillo le iluminó los ojos.

Veneno era una espada. Era metal.

Le había sido arrancada de la mano como atraída por un imán y ahora permanecía pegada a la roca.

¡Metal! ¡Ésa era la clave de todo! ¡También él estaba vestido de metal!

Movió la mano izquierda y se desabrochó los corchetes de su cota de caballero. Con mucho trabajo, desabrochó uno, luego otro y otro más. Fue complicado quitársela, aplastado como estaba por su peso, pero al final, contorsionándose dolorosamente, lo logró.

Trató de sacarse también el anillo de luz; desde que se lo había puesto en el dedo, no había podido quitárselo, pero esta vez, atraído con tanta fuerza como él, salió sin resistirse y se adhirió a la roca con un tintineo.

Por fin libre, Sombrío pudo alejarse de la pared con un suspiro de alivio.

Renqueando, llegó a la salida y rodó por el suelo mientras tomaba aire.

Precisamente en ese instante otro estruendo retumbó en la extraña cueva como un terremoto, las rocas voladoras formaron un remolino en la parte alta mientras, en la parte baja. *Veneno*, la cota de malla y el anillo de luz volaban de un lado a otro y se estrellaban contra la pared de piedra.

Con un escalofrío, el joven caballero prosiguió y desapareció en las sombras de una nueva galería, sin ninguna protección.

Fuera lo que fuese lo que lo aguardaba al final, tendría que afrontarlo solamente con sus fuerzas.



17

EL TESORO DE LA ISLA

LA luna resplandecía en lo alto del cielo negro cuando Verídico oyó el sonido de unas poderosas alas moviéndose en el aire y se volvió hacia el este un instante antes de que una gigantesca sombra tapara las estrellas.

Las patas de *Colamocha* tocaron el suelo con suavidad.

Spica desmontó con la cara pálida, el cabello revuelto y los ojos enrojecidos por el viento. Su mirada era firme y clara, como si una llama ardiera en su interior.

El anciano la miró con aire interrogativo y ella sonrió.

—La boca de la Vía del Dragón se ha derrumbado. Ya no llegarán más serpientes al pueblo. Al menos no por allí —dijo y se sentó en una piedra, suspirando.

El viejo elfo sonrió a su vez, se le acercó y le puso una mano en el hombro.

Durante un rato, la chica no dijo nada más; después, se dejó resbalar contra la piedra, se cogió la cara entre las manos heladas y se quedó quieta.

Entonces, Verídico se sentó a su lado y empezó a cantar en voz baja una extraña canción que Spica no había oído nunca. Hablaba de dragones y de la soledad de la isla de la Luna Creciente. Poco a poco, el miedo, el dolor, la rabia y la frustración fueron desvaneciéndose en el corazón de la chica.



—No lo sabía —dijo, cuando Verídico terminó la canción—. No sabía realmente lo que era montar en un dragón como *Colamocha*.

El anciano elfo la miró y vio que estaba temblando y que el dragón parecía preocupado por ella.

—Nunca me había dado cuenta de lo... terrible que podía ser —siguió diciendo la joven estrellada—. *Colamocha* estaba enfadado, tan enfadado con esas serpientes que, cuando las ha atacado, toda la isla se ha sacudido violentamente y la entrada al túnel se ha derrumbado y yo... he pensado que ese rayo iba a destruirlo todo.

—Por un momento he creído que yo también iba a morir. Con Sombrío nunca se había comportado así. Nunca, ni siquiera para defenderlo. Espero que allí abajo no hubiera elfos... Espero que... —Se le quebró la voz.

Colamocha gruñó y echó una ojeada al cráter.

Verídico se había quedado quieto, reflexionaba sobre las palabras de la muchacha.

—Así pues, ahora lo comprendes. El lazo entre un dragón y su caballero es especial porque ambos sienten lo que siente el otro: rabia y miedo, o bien felicidad, impaciencia. Por eso, un dragón azul no es solamente un compañero de viaje. Por este motivo un caballero no puede ser elegido por casualidad, sino que debe tener firmeza y fuerza para mantener siempre el control, incluso en los momentos más terribles. De otro modo, tener en las manos toda la potencia destructora de estas criaturas puede subírsele a la cabeza, como le ocurrió a Altomar, o bien asustarlo hasta hacerle perder la lucidez y convertirlo así en un peligro para sí mismo y para los demás. También los dragones tienen emociones; si se sienten amenazados quieren defender lo que les pertenece y entonces pueden ser terribles. Es lo que le ha ocurrido a *Colamocha*. Creo que lo único que quería era cumplir la palabra dada a su caballero.

—¿Qué palabra? —preguntó ella, confusa.

—La de protegerte a ti y a esta gente —contestó Verídico—. Y ahora espera que Sombrío mantenga su promesa y vuelva con él.

Spica cerró los ojos, pálida y cansada.

—He sentido correr su fuerza por mi cuerpo, como si fuera yo la que escupía el rayo...

—Un caballero y su dragón son una misma cosa —se limitó a decir el anciano, que volvió a perderse en sus pensamientos.

Aquellos dos chicos habían sido muy hábiles con el dragón para no tener ninguna formación. Quizá entre Sombrío y *Colamocha* se había establecido una alianza instintiva, más fuerte que la que suele unir a un dragón con su caballero. Dos criaturas asustadas habían unido sus fuerzas con un objetivo común. Ahora, sin embargo, la alianza debía estrecharse más y ambos, caballero y dragón, tendrían que hacerse adultos.

Spica interrumpió sus reflexiones.

—*Colamocha* eligió a Sombrío —dijo, acariciando las escamas del dragón—. Como Floridiana, ella también confía en él... ¿Por qué vosotros no? ¿Es que para vosotros no significan nada la palabra de las hadas y la lealtad de este dragón?

—Los elfos negros son desconfiados por naturaleza. A muchos caballeros se les ha otorgado una confianza que no merecían. Es esto lo que quería decir Fieravista mostrándose tan dura contigo y con Sombrío. Tenía que hablar no sólo por sí misma, sino por todos los caballeros y los habitantes de esta isla.

—¿Tuvo ella un dragón propio? —preguntó Spica.

—Ningún adiestrador puede tener un dragón propio —contestó Verídico suspirando—. Los dragones son celosos de sus caballeros y tener uno elimina la posibilidad de adiestrar a otros. Fieravista consideraba suyos a todos los dragones que había adiestrado y no fue fácil para ella verlos muertos o petrificados. La cicatriz que tiene en la cara no es nada en comparación con la que tiene en el alma. Sin embargo, ni siquiera en los momentos de mayor pesadumbre perdió la esperanza.

—Y trajo aquí el fragmento —concluyó Spica.

El anciano asintió.

—Pero no es por desconfianza por lo que le ha impuesto las tres pruebas a Sombrío.

—Y entonces, ¿por qué? No lo entiendo, ¡hemos afrontado ya tantas adversidades para llegar hasta aquí!

—Habéis afrontado grandes peligros, es cierto, pero lo que él todavía no había hecho era enfrentarse a sí mismo. A veces es más fácil luchar contra los enemigos que contra las propias debilidades. Fieravista no está poniendo a prueba a Sombrío, es él quien se está poniendo a prueba a sí mismo. Pero no temas, por lo que he visto y le he oído decir, estoy seguro de que saldrá victorioso.

Spica se quedó callada un rato y luego preguntó:

—¿También su padre superó las pruebas?

—Todos los caballeros. Incluida Fieravista —confirmó el elfo.

—¿Y en qué consistían? —preguntó ella con la mirada perdida.

Verídico sonrió.

—Oh, eso no lo sabe nadie. Pero ahora procura dormir unas horas mientras yo hago guardia. Vigilaré hasta el amanecer.

Spica sonrió, le dio las gracias, se apoyó en las escamas del dragón y miró las estrellas del cielo como si pudiera hablar con ellas.



El viento fuerte que anunciaba la mañana empezó a agitar los arbustos y Spica se sobresaltó, despenándose del sueño ligero en que había caído poco después de volver del vuelo con *Colamocha*.

El dragón la rodeaba con su cuerpo poderoso y entre sus escamas la joven se sentía protegida. Le parecía estar en casa.

Se levantó, entumecida, y fue hasta el borde de piedra del cráter. Observó la ladera de la montaña, temiendo ver asomar en el mar las espiras plateadas de las serpientes, pero sólo vio las crestas espumosas de las olas.

Todo parecía tranquilo.

—Qué lugar tan extraño es esta isla...

Y recordó la canción que había entonado Verídico la noche anterior.

Sin darse cuenta, mientras caminaba a lo largo del cráter, se puso a canturrear, como hacía a menudo en su casa, en momentos tan tranquilos que ahora parecían imaginarios. No quería pensar en las serpientes. No quería pensar en Sombrío que, a saber dónde, estaba enfrentándose consigo mismo. No quería pensar que quizás, después de aquellas pruebas, su amigo se sentiría distinto. Y que quizás en su vida de caballero ya no habría lugar para nadie salvo para *Colamocha*.

La joven elfa desechó esos pensamientos cantando en voz más y más alta. No tenía motivos para sentirse tan abatida. Sombrío no se olvidaría jamás de sus amigos. Ni de ella. De eso podía estar segura.

Despacio, con los músculos entorpecidos que se le empezaban a despertar, Spica se subió a una piedra más alta que las demás para mirar a lo lejos, a la isla de los Caballeros, y dejó que sólo fuera el viento, tan fresco y suave, el que cantara.

Mientras, Verídico la observaba. Estaba a punto de acercarse a ella cuando una débil crepitación hizo que se volviera.

Una chispa brilló entre las rocas y el viejo elfo contuvo la respiración.

En la mañana aún gris, cada piedra del Cráter Septentrional se hizo eco de aquel ruido y también Spica se dio media vuelta.

Como si lo hubiera despertado el canto de la chica, uno de los últimos huevos de

dragón azul se sacudió y agrietó. Chispas azules centellearon sobre el cascarón oscuro.

Colamocha se acercó de prisa pero con cuidado a Verídico. El viejo elfo miraba fijamente lo que estaba ocurriendo ante sus ojos. Y permaneció inmóvil a la luz de la mañana, contemplando el huevo de dragón que empezaba a romperse y se rajaba por una línea luminosa que despidió un rayo cegador.

Spica bajó corriendo del borde del cráter y se acercó también a Verídico.

El tesoro de la isla se había despertado y, como una flor, se abría con la llegada de la mañana.

Después, sólo quedarían doce huevos.

Los últimos.



18

LA ÚLTIMA PRUEBA



NCERRADO en el oscuro corazón de la montaña, Sombrío no podía saber que el amanecer era inminente y que estaba naciendo un nuevo día.

En aquella oscuridad, todo parecía muy lejano. Sus mismos pasos renqueantes resonaban con ecos distorsionados en las galerías.

¿Había alguien o algo frente a él? ¿Detrás, quizá?

Se paró para escuchar, pero los ecos fueron cesando uno a uno y se hizo un escalofriante silencio.

El joven tiritó en su túnica empapada y reanudó la marcha; poco después se encontró con los pies hundidos en una baja capa de agua. Empezaba a sentir frío y dolores en todo el cuerpo, pero no podía detenerse. A saber cuánto tiempo había pasado desde que había empezado las pruebas, quién sabía si los demás estarían bien...

¿Dónde habría escondido Fieravista el fragmento del escudo? ¿Cómo había podido pensar que allí estaría seguro de verdad? Si él lo había hecho, ¡cualquiera podía superar aquellas pruebas!

¡Cuánto echaba de menos sentir el aire en la cara y el sonido del aleteo de *Colamocha*! Y cuánto echaba de menos las estrellas del cielo... Al pensarlo, la estrella de su frente, la única fuente de luz que le quedaba, empezó a temblar.

Sombrío se paró con una sensación de vértigo. ¿Qué ocurría?

Instintivamente se llevó la mano a la frente y, con un parpadeo, la luz de su estrella se volvió tan débil que no iluminaba siquiera lo que tenía delante. El chico se preocupó. Solamente podía haber un motivo para que la estrella de un elfo se apagara de ese modo. Casi se había apagado en la frente de Spica cuando las serpientes la atacaron dejándola moribunda y ahora se estaba apagando la suya.

¿Acaso se estaba... muriendo?

¡No era posible! Seguía andando, pese a que estuviese cansado y sintiera punzadas en la cabeza y frío en los huesos. Avanzó, despacio, apoyándose en las paredes negras y tratando de dominar el miedo que sentía. Todo parecía idéntico y borroso, como si sus ojos no pudieran ver nítidamente.

De repente, una gélida ráfaga de viento le reveló que el pasadizo se estaba

ensanchando. Con un gemido y castañeteando los dientes por el frío, dio unos pasos por la que debía de ser una nueva gruta. Sintió que los pulmones se le llenaban de aire helado y un violento escalofrío lo sacudió de la cabeza a los pies y lo obligó a frotarse los brazos.

¿Cómo era posible que en una isla donde había visto arder las llamas del interior de la tierra y donde el sol calentaba las rocas como un horno pudiera hacer semejante frío?

Avanzó con cautela, rodeando una stalactita rota que había caído en medio del túnel y, súbitamente, la débil luz de su estrella vaciló y se apagó del todo. Lo envolvió el silencio, estaba solo e indefenso en la húmeda oscuridad de la montaña.

Cerró los ojos y luego los abrió. Con el corazón martilleándole en el pecho, miró pero no distinguió nada. Una oscuridad densa y opresiva lo llenaba todo. ¿Cómo podría moverse por aquel lugar desconocido sin la menor luz?

Se quedó quieto unos instantes hasta darse cuenta de que, si no se movía, terminaría congelándose.

Repentinamente, un débil sonido atrajo su atención. Era como un ruido de pasos sobre la nieve.

Trató de volverse para plantar cara a algún posible enemigo, pero descubrió que tenía las piernas tan rígidas como dos trozos de hielo.

Poco a poco, la oscuridad en torno a él se fue llenando de extraños reflejos; parecía invadida por una misteriosa fuente de luz.

Sombrío observó a su alrededor. Se encontraba en una especie de pequeña sala rodeada de stalactitas cubiertas de cristales, tan altas que se asemejaban a columnas. Y detrás de una columna, algo se movió.

—Oh, Sombrío... —suspiró una voz quejumbrosa.

¿Spica?, pensó el joven elfo, con el corazón en un puño, asombrado y aliviado al mismo tiempo. Intentó decir algo, pero las palabras murieron antes de salir de su boca.

¿Qué hacía Spica allí? ¿Había ido a ayudarlo? Pero ¿cómo lo había hecho?

La figura se aproximó, pero permaneció detrás de las columnas de cristal. Sombrío reconoció el rostro fino y los grandes ojos de su amiga. Había, no obstante, algo raro. Su cara pálida esbozó una sonrisa tan triste que se quedó estupefacto.

La chica no lo miraba sino que mantenía los ojos fijos en el suelo, como escondiendo algo... ¿Lágrimas, tal vez?

Sombrío sintió que el corazón se le paraba. No, no era Spica, al menos no la Spica que había dejado en compañía de su amigo *Colamocha* antes de ir a aquel lugar para afrontar las tres pruebas. En aquella débil luz, se dio cuenta de que el cabello de la chica no era rubio, sino blanco y que sus movimientos no eran ágiles como siempre. Su rostro parecía estriado por amigas.

Y sin embargo, era la voz de Spica.

—Si hubiésemos sabido cómo acabaría todo, no habrías venido aquí a consumir



tu vida tan de prisa, ¿verdad? Y no me habrías traído contigo — murmuró la misteriosa figura con voz rota.

Sombrío miraba a la Spica que tenía delante sin comprender y sin fuerzas para hacerle preguntas. Intentó hablar, pero tenía demasiado frío y se sentía confuso. Era como si, de repente, su cuerpo se hubiera vuelto demasiado pesado para hacer nada.

Las lágrimas de ella cayeron al suelo y se helaron al instante, transformándose en pulidas perlas.

—Pero no, sé bien que no puedo acusarte de nada, fui yo la que quiso seguirte. Pero tú no habrías renunciado a tu vida en el Reino de las Estrellas si no hubiese habido esperanzas de salvación, ¿verdad?

Sí, la voz era la de Spica. La misma voz que lo hechizaba cuando narraba cuentos.

La elfa estrellada sacudió su cabellera canosa, más triste que nunca, con la cabeza gacha como bajo un gran peso.

—No habrías renunciado a una vida sencilla y tranquila sólo para perseguir un sueño de gloria personal, ¿verdad? No habrías renunciado... a mí. Yo te quería, creía que lo sabías, y te he esperado todo este tiempo, todos estos años. Fieravista, antes de morir, me dijo dónde buscarte, pero hasta hoy no he tenido valor para venir aquí... Oh, han pasado años, Sombrío, muchos años. Demasiados. Todos hemos envejecido. La isla de los Caballeros se hundió y *Colamocha* resultó herido de muerte intentando salvarla. Fue culpa mía, yo le pedí que lo intentara. Al no lograrlo, cayó al agua y miles de serpientes lo rodearon y devoraron. Tratamos de ayudarlo, pero ¿qué podíamos hacer nosotros? Inmediatamente después, se lanzaron contra esta isla. Desde entonces, estamos sitiados, no podemos huir ni en barco ni volando... Estamos atrapados. Ningún dragón azul ha llegado hasta aquí para poner sus huevos, ninguno de los pocos huevos que quedaban ha eclosionado. Hemos perdido... y ha sido así porque tú perdiste. No sé cómo sucedió, pero nuestras vidas se fueron apagando, una a una, después de que la tuya se detuviera...

Se calló un instante y luego se rió tristemente, sacudiendo despacio su cabello blanco, y prosiguió:

—Qué curiosa ironía del destino, ¡te has convertido en estatua de hielo! Por fin eres como los otros caballeros. Como tu padre. Como los habitantes de la isla de los Caballeros... Igual que ellos y, sin embargo, diferente. Espero que al menos esto te consuele. Deseo que te hayas reunido con todos ellos, aunque no es un consuelo para mí. Yo perdí a mi familia, a mi hermano, a mi padre, a mis amigos... y también a ti y a *Colamocha* —dijo sollozando—. Las serpientes se llevaron a todos los demás, Vistaguda, Capanegra,



Verídico y casi todos los elfos negros del pueblo. Sé que no era tu intención, sé que luchaste. Tú luchabas siempre. Yo también lo intenté, pero no bastó... Floridiana dijo que lo lograrías. Estaba segura. Yo estaba segura. Pero ¿tú?

Sombrío se sentía como en una pesadilla. La voz de Spica había evocado, vívidamente, la muerte de *Colamocha*, la pérdida de la isla de los Caballeros y de los elfos negros. Le habría gustado gritar, pero descubrió que no tenía voz; habría querido moverse, pero no lo lograba; habría querido hacerla callar, pero no podía. Le zumbaba la cabeza, en su mente se sucedían las imágenes de muerte y dolor que Spica evocaba con sus palabras.

¿Años? ¿Cómo era posible que hubiese tardado años en superar las pruebas? ¿No había recuperado el fragmento, entonces?

Spica tenía razón. Era culpa suya. Solamente debería haberla llevado consigo, ni dejarla sola. Su llegada a la isla de la Luna Creciente había guiado hasta allí a las serpientes y nadie, ni siquiera las hadas, habían podido hacer nada. Floridiana le había advertido que estaría solo, pero él había confiado, hasta el último momento, en que podría contar con sus amigos. Y de ese modo los había condenado a todos, uno a uno.

El tiempo había pasado mientras él permanecía atrapado en el hielo de aquel extraño lugar, lejos de todo, sin poder librarse de aquella gélida inmovilidad. Aquella debía de ser la tercera prueba y Fieravista tenía razón: no había estado a la altura. Había demostrado que no era un caballero.

Había perdido.

El dolor por haber decepcionado a su padre, a Spica y a Floridiana casi le destrozó el corazón, pero luego un pensamiento se abrió camino en su mente. Aquello no era lo peor. La verdad es que, más que a ningún otro, se había decepcionado a sí mismo. Ya no iba a vivir la vida que le daba casi miedo soñar. Ya no podría volver a la isla de los Caballeros, salvar a sus habitantes y reconstruir lo destruido. Ya no podría abrazar a Spica ni verla sonreír y tampoco la llevaría a pasear por la costa, como siempre se había prometido que haría en cuanto fuese posible. Ya no podría volver a estrecharle la mano a su amigo Régulus y pedirle que se ocupara de la biblioteca de los caballeros, no volvería a ver la cara enfurruñada de Robinia... No le acariciaría nunca más el hocico a *Colamocha*, ni experimentaría con él la libertad embriagadora de volar. Las personas a las que más quería estaban muertas o habían envejecido y no se lo perdonarían; él mismo debía de haber envejecido bajo aquella capa de hielo. Por eso había temblado la estrella de su frente. Por eso se sentía tan cansado y dolorido.

Pero ¿qué había ocurrido en el Reino de la Fantasía? ¿Era posible que todos los pueblos y las valerosas criaturas que había conocido se hubieran rendido? No, no era posible. En alguna parte, estaba seguro, había alguien que luchaba todavía. Alguien que podía necesitar su ayuda.

Muy lentamente, la sombra de Spica desapareció. Sombrío ni se percató de ello.

Un pensamiento había cruzado su mente reavivando sus esperanzas. Un pensamiento había interrumpido los demás con la violencia de una explosión.

Fieravista sabía dónde estaba el fragmento. Ella lo había escondido. Entonces, ¿por qué no lo había usado cuando él no había vuelto de las pruebas? ¿Por qué había dejado que todo fuera destruido?

Un fogonazo de calor estalló en la frente de Sombrío y una gota resbaló por su frente cayendo al suelo como una lágrima reluciente.

«No, no es posible», pensó. Fieravista era una adiestradora de dragones, pertenecía a la Orden de los Caballeros de la Rosa y, mientras quedara una esperanza, habría luchado para salvar a los inocentes.

No, las cosas no podían haber sucedido así.

Aquella debía de ser la tercera prueba, el rostro desconocido, el enemigo más difícil de derrotar: la perdida de toda esperanza.

La luz de su estrella centelleaba ahora y le calentaba la frente como si tuviera fiebre.

Esperanza.

Otra gota caliente resbaló por su cara y cayó al suelo.

Sombrío notó que la prisión de hielo que lo inmovilizaba se deshacía lentamente.

En el preciso instante en que el aire llenaba de nuevo sus pulmones, el suelo de hielo cedió de golpe y el chico cayó en un minúsculo lago subterráneo poco profundo. Cayó y lo asaltó la tibieza de aquella agua limpia y quieta.

La débil luz que inundaba la gruta de los cristales venía precisamente de allí, del fondo del lago, que recorrían resplandores azules tan hermosos que lo dejaron boquiabierto.

Por un momento, Sombrío permaneció inmóvil para aclararse las ideas; luego, de golpe, lo vio.

El último fragmento del Escudo de los Caballeros yacía en el fondo de aquella poza.

Agotado, pero más determinado que nunca a no rendirse, se sumergió en busca del fragmento. Lo cogió y luego, moviendo rápidamente las piernas, se impulsó hacia arriba para salir a la superficie. Una vez en ella, se llenó los pulmones de oxígeno.

Con unas pocas y lentas brazadas nadó hasta la orilla del pequeño lago. En cuanto puso un pie en tierra, algo se movió entre las stalagmitas que rodeaban el agua.

Sombrío se sobresaltó, temiendo ver aparecer de nuevo a Spica, a la Spica anciana.

Pero no vio a su apreciada amiga.

Frente a él apareció, en cambio, una figura vestida de negro. Fieravista lo miró con sus profundos ojos oscuros; después, con gran rapidez, le tendió un brazo y lo ayudó a salir del agua.

19

ALARGÉNTEA



PICA retrocedió, cegada por el rayo silencioso que había salido del huevo.

Colamocha soltó un rugido de alarma; recordando que Sombrío le había pedido que defendiera tanto a la chica como a Verídico, agarró al anciano elfo por la túnica y, con un rápido salto, se plantó delante de Spica para protegerla con su ala.

Pero ella se soltó de aquel abrazo afectuoso, se acuclilló y apartó lentamente las rocas resquebrajadas.

—¿El huevo? —murmuró casi sin voz.

—El huevo —asintió Verídico con voz commovida, mirando desde detrás de la joven—. El primero... ¡desde hace muchísimos años!

Una vibrante red de chispas azules envolvía el cascarón, ahora resquebrajado. *Colamocha* cerró las alas y, en posición de defensa, absorbió la electricidad.

Verídico sonreía. Hacía mucho tiempo que nadie en la isla veía a un pequeño dragón azul tan de cerca.

Spica le puso una mano en el cuello a *Colamocha*, como había visto hacer a Sombrío, y le dijo en voz baja:

—No pasa nada, tranquilo.

El dragón dudó, pero luego cedió ante la serenidad que emanaba de la voz de la chica y cerró despacio las alas.

Alrededor del huevo, la electricidad había cesado. En medio de nubes que olían a azufre, un hociquillo argénteo asomó por la grieta del cascarón y lo rompió del todo. Luego aparecieron dos grandes ojos de color amarillo intenso.

Spica vio retroceder a *Colamocha* olfateando el aire, mientras el pequeño dragón, curioso y nada asustado, soltaba un pequeño gruñido. Exhaló una nube amarillenta y luego sus minúsculas garras blanquecinas se aferraron a los bordes del huevo mientras con los dientes, ya formados, atacaba las concreciones de piedra negra que lo recubrían y empezaba a roerlas.

—Es blanco —murmuró la joven, perpleja.

—Argénteo, sí, pero al crecer se volverá azul como *Colamocha*. Luego, al comer estas rocas, sus escamas se espesará —explicó Verídico—. Bien, creo que es el

momento de ponerle un nombre. ¿Se te ocurre alguno, muchacha?

Spica se puso colorada.

—No sé, creo que hay otros más capacitados que yo para ponerle nombre a los dragones. Soy una recién llegada aquí y...

—Al haber asistido a su nacimiento, te corresponde el honor de elegir el nombre para el nuevo señor de los cielos. Venga.

—¡Sí, nos encantaría que fueras tú la que le pusieras nombre! —dijo de pronto la voz de Capanegra a su espalda.

Había aparecido de la nada. Llevaba el brazo en cabestrillo y tenía algunas heridas en la cara, pero estaba vivo.

—Afortunadamente, estáis bien. Cuando he visto ese rayo, me he temido lo peor.

Otros capas negras aparecieron detrás de él y se quedaron estupefactos al ver al cachorro de dragón que, entre chispas y gorgoritos de satisfacción, mordisqueaba el huevo en que había crecido durante largos años.

—¡Un nombre! ¡Pronto, necesitamos un nombre para el dragón! —exclamó una voz detrás de Capanegra.

Spica miró de nuevo a la cría de dragón. Finalmente, dijo:

—*Alargéntea*. Su nombre será *Alargéntea*... ¿Te gusta?

El dragoncito, hambriento, se libró con trabajo del cascarón para mordisquear una piedra mayor. Se oyó un ruido seco y un pequeño rayo cayó en medio del claro. Verídico dio un paso atrás y comentó:

—¡Diría que le gusta!

Y todos se echaron a reír, cansados pero felices.



Fieravista sonrió; por primera vez, su rostro adquirió una expresión amigable.

Sombrío agarró su mano y salió del agua con un suspiro de alivio, tratando de no apoyarse demasiado en la pierna herida.

—No temas, no estás obligado a revelarme cuál ha sido tu última prueba... Siempre es la más difícil —le dijo la elfa—. La única capaz de hacemos humildes. Y todo caballero la guarda siempre en su corazón, para toda la vida. Tenemos muchas cosas que hacer.

El joven miró a su alrededor, tosiendo.

—Pero ¿cómo es posible que yo haya visto un lugar helado? Si parecen más bien fuentes termales...

—Lo son, pero no olvides que lo que has visto y oído durante la tercera prueba es fruto de una visión; ha sido tu mente la que ha dado vida a tus miedos más profundos.

—Luego, inclinándose para observarle el tobillo, añadió—: Por suerte, es sólo una dislocación y la bota ha evitado que se inflame.

Al alzar los ojos y ver la mirada interrogativa del chico, que todavía trataba de darle un sentido a la experiencia que acababa de vivir, Fieravista continuó:

—El único verdadero propósito de la tercera prueba es mostrar a los aspirantes a caballero de la rosa sus debilidades y empujarlos a encontrar la manera de vencerlas. Sólo después de mirar de frente su rostro desconocido, un caballero es realmente capaz de enfrentarse a cualquier situación sin perder el ánimo, consciente de sus límites, pero con capacidad para no dejarse vencer por ellos. Cuando llegaste aquí con el anillo de luz en el dedo y superaste la prueba de la Boca de la Verdad, comprendí que en tu corazón y en tus acciones eras ya caballero. Pero no sabía hasta qué punto habías tenido oportunidad de vértelas de tú a tú con la parte más profunda y oscura de ti mismo. Precisamente por eso he querido ponerte ante la última prueba, la definitiva. Debías superarla solo, porque solamente así serás capaz de afrontar el futuro, sea lo que sea lo que éste te depare.

Sombrío guardó silencio, reflexionando sobre las palabras de la elfa, que siguió hablando:

—Siento haberte parecido dura. Las dos primeras pruebas no eran imposibles de superar, pero eran difíciles para alguien sin las dotes de un caballero. La primera era para comprobar no sólo tu tenacidad, sino sobre todo tu inteligencia, tu habilidad para resolver los problemas, porque sin esa cualidad nadie puede ser un digno caballero. La segunda era para poner a prueba tu capacidad de elegir: ¿abandonarías armas, coraza y sobre todo el anillo de luz, afrontando el resto de la prueba sin confiar en nada más que en ti mismo o bien te empeñarías en recuperarlos, a costa de tu vida y de la misión que tienes encomendada?

Fieravista señaló la cota y la espada que había recogido y que ahora estaban en el suelo.

—Ha debido de ser una decisión especialmente difícil para ti —prosiguió—. En cuanto he visto tu cota de malla, he comprendido que era la de tu padre, como también la espada. Es evidente que no se trata únicamente de objetos heredados de otro caballero, sino de preciosos recuerdos...

Sombrío asintió y, aún dolorido, se dejó ayudar a vestirse la cota. Luego se ató el cinturón y envainó la espada, más reconfortado que nunca por las palabras de la elfa.

—La última, sin embargo, era la verdadera prueba, la única prueba auténticamente tuya. En ésa, cada cual afronta su lado más oculto. Yo, por ejemplo, que quería ser adiestradora más que nada en el mundo, vi una bandada de dragones azules que yo misma había criado atacando un pueblo de elfos... y por un momento no me sentí a la altura de mi labor.

Sombrío miró a Fieravista, comprendiendo por primera vez su fortaleza y, al mismo tiempo, su tristeza y su obstinada voluntad de resistir. Suspiró.

—Y yo he visto a las personas que más quiero con la vida arruinada por mi culpa. Yo mismo me he encontrado paralizado por el abatimiento y el sentimiento de culpa —murmuró, pensando en aquello a lo que se había enfrentado.

En ese momento se dio cuenta de que tenía el anillo de luz en el dedo.

—Pero ¿cómo...?

—No sé cómo ha vuelto a ti —dijo la elfa, anticipándose a su pregunta—. Sólo sé que es el anillo de luz el que elige quién debe llevarlo.

Sombrío se lo sacó y se lo ató de nuevo al cuello junto con el medallón de su padre.

—Pero ahora tenemos que irnos. Todavía queda mucho por hacer —dijo la elfa con una sonrisa.

En sus ojos, Sombrío vio la luz de su propia estrella brillando con más intensidad que nunca.



—¿No ha vuelto el chico todavía? —preguntó Capanegra acercándose a Spica, Verídico y *Colamocha*.

Los guardias se habían parado a observar al pequeño dragón y no conseguían apartar los ojos de él, como si su nacimiento significara una nueva era para la isla y para todos ellos. Un despertar.

—No —contestó Verídico, sonriendo—. Pero no temas, volverá. Estoy convencido.

—¿Las serpientes han sido derrotadas? —preguntó Spica—. ¿El pueblo está a salvo?

—Al final las hemos vencido, pero lo hemos conseguido sólo gracias a tu intervención y a la de *Colamocha* —explicó Capanegra, que le hizo una breve reverencia al dragón.

Este bufó y Spica no pudo contener una risita.

Después, *Colamocha* hizo un movimiento tan rápido que la chica estuvo a punto de caerse al suelo. Capanegra la agarró a tiempo y sólo en ese instante, al volverse, comprendieron lo que sucedía.

Sombrío acababa de aparecer entre las rocas de la ladera de la montaña junto a Fieravista.

El dragón se lanzó hacia él, rodeó su cuerpo con delicadeza y pegó su enorme cabeza contra su caballero, que lo acarició cariñosamente.

Spica notó que las lágrimas le bañaban la cara y por un momento todo se le volvió borroso.

Sombrío abrazaba a *Colamocha*, pero las contusiones que se había hecho al pasar las pruebas le hicieron proferir un quejido y el dragón se irguió enseguida, con miedo de haberle hecho daño.

—No temas —le dijo Fieravista—. Sólo son las señales del valor de tu caballero.

Las llevará en su cuerpo hasta que se le curen, pero en el corazón las llevará hasta la muerte. Debes estar orgulloso de él.

Como si la hubiese comprendido, *Colamocha* alargó el cuello.

Sombrío se rió, se apoyó en su amigo y, enseñándole el fragmento, dijo:

—¡Mira, lo he logrado!

—Ahora solamente falta colocarlo en su sitio —dijo Spica tímidamente, adelantándose un paso con una franca sonrisa en su cara ruborizada.

Sombrío alzó los ojos hacia ella. Frente a él estaba aún su Spica, la chica que nunca había dejado de confiar en él. Se quedó quieto unos instantes.

Ella pareció retraerse, como si hubiese interrumpido algo que no debía, pero Sombrío se le acercó y le dio un pequeño beso en la frente mientras le susurraba «gracias». Luego, ambos desviaron la vista, cohibidos.

Colamocha bufó y el silencio que se había hecho en torno a ellos pareció llenarse de repente con mil nudos.

Con los ojos más brillantes que nunca, Spica señaló con un dedo y, commovida, exclamó:

—¡Mira, ha nacido el pequeño *Alargéntea*!

Fieravista hizo un breve ademán con la cabeza, ocultando una sonrisa, y se acercó al cachorro. Sombrío y Spica la siguieron.

Capanegra le tendió la mano al chico.

—Bienvenido de nuevo, caballero —dijo—. Ahora que tienes el fragmento, dime: ¿cómo podemos ayudarte?

20

PREPARATIVOS

LA mañana pasó rápidamente con los preparativos. Ahora que el fragmento había sido recuperado, sólo quedaba colocarlo en su sitio y recomponer por fin el Escudo de los Caballeros. Así, la isla de los Caballeros estaría a salvo, junto con todos aquellos que habían sido petrificados.

Antes, no obstante, había que curar inmediatamente el tobillo dislocado de Sombrío para que pudiera volar y luchar, aunque las serpientes parecían derrotadas. Los vigías, que no perdían de vista la isla de los Caballeros con sus potentes catalejos, no habían notado nada amenazador en aquellos días.

Spica corría entre los guardias entregando mensajes y repartiendo comida.

De vez en cuando, dirigía una mirada enternecedora a *Alargéntea*: algunos elfos le llevaban piedras negras para que las royera y él lo hacía con mucho gusto. En ocasiones, extendía sus alas entumecidas al sol, pero la sutil membrana era todavía demasiado ligera para que pudiera volar. Tenía dos ojos tan tiernos y curiosos que era imposible no sentir simpatía por él.

Al observar el Cráter Septentrional bajo el sol de aquella mañana. Spica vio que se había convertido en una pequeña plaza en fiestas y también los serios elfos negros, en general tan reservados, parecían más abiertos que cuando había visitado el pueblo la primera vez.

Manofirme, a instancias de Capanegra, había ido a pedirle disculpas a Sombrío y sobre todo a *Colamocha*, por su comportamiento temerario. Sus disculpas habían sido aceptadas, obviamente, y Sombrío le había permitido al joven elfo tocar el hocico de su estimado amigo.

El aire era estimulante, el sol resplandecía en el cielo, Sombrío tenía el tercer fragmento... Casi sin darse cuenta, Spica se pasó una mano por la mejilla, recordando cómo la había saludado él y sintió que se ruborizaba de alegría.



Se acercó al fuego donde Verídico y un joven soldado asaban grandes nabos especiados y pidió una ración para Sombrio y otra para ella.

Fieravista, después de haber curado al joven elfo, se había sentado junto al fuego y miraba fijamente al pequeño dragón, absorta en sus pensamientos.

Spica procuró evitarla. Su mirada la atemorizaba, aunque ahora sonreía con mayor frecuencia.

Verídico preparó dos platos más abundantes que los demás.

—No quisiera que los demás se quedaran sin suficiente comida —murmuró Spica al verlos.

—¡Oh, hay de sobra, no lo dudes! ¡Quienes cabalgan en dragón necesitan mucha energía! —exclamó, guiñándole un ojo.

Ella se sonrojó.

—Bueno, entonces gracias —dijo alejándose.

—¡Un momento! —La llamó Fieravista con voz muy aguda.

Spica se sintió traspasada por sus ojos negros y obedeció. La elfa estaba mirando al cachorro de dragón.

—Habla otra vez —le pidió, casi como una orden.

La chica la miró estupefacta.

—¿Y... qué digo?

—Lo que sea —replicó Fieravista sin alzar la voz—. ¡Venga! Siempre tienes algo que decirles a los demás, ¿no?

Spica se puso de mal humor.

—Sólo soy educada y no veo por qué tendría que avergonzarme. A nosotros, los elfos estrellados, nos encanta hablar, pero no me parece un defecto tan grave...

Fieravista le hizo una seña y Spica se volvió para mirar al pequeño *Alargéntea*. El cachorro clavaba los ojos en ella, y sólo cuando dejó de hablar se puso de nuevo a mordisquear su piedra.

—Cada vez que te oye —murmuró Fieravista—, se vuelve para mirarte.

—¡Oh! ¿Y qué significa? —preguntó ella.

—Nosotros llevamos horas hablando, pero no nos hace el menor caso —comentó un elfo que estaba allí cerca.



—Pero se comporta de un modo distinto conmigo y con esta joven —añadió Fieravista, esta vez en voz más alta.

En ese instante, *Alargéntea* se volvió y miró a Fieravista con curiosidad.

—¿Por qué lo hace? —preguntó Spica.

La mirada del dragoncito se posó en ella y un débil soprido amarillento inundó el aire. Siguió un pequeño rayo, que cayó sobre la piedra más cercana, sobresaltándolos a todos.

Fieravista explicó:

—Hay personas que tienen voces... especiales. Voces que pueden ser comprendidas con el corazón más que con el oído.

—Los narradores —asintió Spica.

La elfa frunció el ceño.

—Puede que los llaméis así en tu reino. Aquí los llamamos adiestradores. Por lo que parece, tú tienes un don del que no me había percatado, muchacha —dijo con lentitud, como si sopesase cada palabra antes de pronunciarla.

Spica la miraba sin comprender.

—Si decides quedarte en la isla de los Caballeros y quieres ser útil, ven a verme. Tu don podría convertirse en un bien para todos —concluyó Fieravista, que dejó luego su plato vacío cerca del fuego y se alejó.

Spica miró a Verídico y el anciano elfo se rió.

—¡Bien, bien! ¡Por fin Fieravista piensa en el futuro y no en el pasado!

—Pero ¿qué quería decir? ¿Cómo cree que yo podría ser útil? —preguntó ella.

—Menuda pregunta, jovencita. ¡Obviamente, Fieravista acaba de encontrar a una

aprendiz de adiestrador!

Con el corazón agitado, Spica retrocedió un paso, miró de nuevo al pequeño dragón y, radiante como nunca antes se había sentido, salió corriendo en busca de Sombrío, con el riesgo de derramar los platos llenos hasta arriba.

El joven elfo se encontraba en el borde del cráter, comprobando la silla y las riendas de *Colamocha*, como siempre hacía antes de cada vuelo. Cuando Spica llegó hasta él, jadeaba por la carrera y los ojos le brillaban.

—¿Tienes hambre? —preguntó, tendiéndole alegremente el plato.

Sombrío tomó la pequeña bandeja de ramitas entrelazadas y se sentó en una piedra. Aunque hasta ese momento ni siquiera había pensado en la comida, descubrió que estaba muy hambriento.

Spica se sentó frente a él.

—Sé que has hecho mucho para ayudar a Capanegra y los demás —dijo él, sonriendo.

—Bueno, no he hecho tanto. Lo ha hecho todo *Colamocha*. Su rayo fue realmente poderoso —contestó, mordiendo un nabo asado.

Sombrío asintió y echó un vistazo más allá del borde del cráter.

—¿Estás preocupado? —preguntó ella.

El chico se encogió de hombros.

—Sí, pero no me preguntes por qué. No lo sé. Hay algo que la isla de los Caballeros no nos ha mostrado aún y creo que no será fácil llevar a cabo nuestra misión.

Pero antes de que pudiese continuar, de uno de los picos llegó una voz de alarma. Uno de los centinelas se lanzó gritando pendiente abajo entre las rocas, llegó hasta Fieravista y Capanegra, quien cogió el catalejo y, poco después, partió corriendo otra vez, ahora llevando órdenes.

Los ojos de Capanegra se cruzaron con los de Sombrío y el capitán se le acercó.

—¿Qué ocurre? —le preguntó el chico.

—Hay algo en el agua alrededor de la isla de los Caballeros —contestó el elfo negro.

—¿Serpientes? —preguntó Spica, con un bocado a medio masticar—. ¿Vienen más?

Colamocha soltó un gruñido y alargó el cuello hacia el mar.

La mirada de Capanegra se hizo más sombría.

—Tal vez, pero ni siquiera con el catalejo mis guardias lo pueden distinguir bien. En todo caso, si son serpientes, parece que no se alejan de la isla. ¿Él podría ver mejor? —añadió luego, mirando al dragón.

—Puedo hacer un vuelo de reconocimiento —contestó Sombrío.



Spica negó con la cabeza.

—No tiene sentido. ¿Por qué se quedarían ahí?

—Para atacaros en cuanto lleguéis —respondió Fieravista acercándose.

—Pero ya conocemos la isla y *Colamocha* puede llevamos a escasa distancia del Salón de los Caballeros sin ningún problema. —Rebatío Spica—. ¡Y las serpientes plateadas no serán ningún problema si vamos volando!

—No mientras estéis en el aire —apuntó Fieravista.

—Y lo serán, en todo caso, para aquéllos a los que despertaremos de su sueño de piedra —murmuró Sombrío—. Cuando se despierten, se encontrarán rodeados de serpientes hambrientas y no tendrán escapatoria.

—Exacto. Por ese motivo debemos ir con vosotros —dijo Fieravista.

—Pero ¡*Colamocha* no puede transportar a tantas personas! —exclamó Spica.

Sombrío la miró. Le habría gustado aceptar la ayuda requerida, pero la chica tenía razón.

—Y, además, ¿qué podríais hacer contra las serpientes? —prosiguió Spica.

—Lo que hemos hecho en el pueblo antes de que tú bloquearas la entrada, matarlas —dijo Capanegra—. Tenemos saetas fulminantes. No es la primera vez que nos enfrentamos a esas alimañas.

—Toda la ayuda posible es bienvenida, creedme, pero Spica tiene razón en una cosa —intervino Sombrío—. *Colamocha* no puede llevarnos a todos y no podemos pensar siquiera en hacer más de un viaje. Se tarda media jornada en llegar allí y, si partimos ahora, llegaremos al atardecer. Luego caerá la noche...

—Tenemos barcos veloces —lo interrumpió muy decidida Fieravista.

—¿*Colamocha* podría remolcar tres volando bajo?

Sombrío miró al dragón.

—¿Crees que lo conseguirás?

Colamocha extendió las alas con un rugido de aprobación, impaciente por partir. Al chico se le escapó una sonora risa.

—Parece que sí. ¿Cuándo pensáis que estaréis listos?

—Dentro de muy poco, ya he dado orden de disponer todo —contestó Capanegra—. Pero ahora es mejor que vaya a comprobar cómo marchan los preparativos —añadió y se fue.

—¿Y si las serpientes atacan aquí mientras vosotros estáis en la isla de los Caballeros? —preguntó Spica.

—Podemos dejar una guarnición de capas negras para proteger a los que se queden aquí, a Alargéntea y los demás huevos —propuso Sombrío—, mientras que Capanegra y Fieravista serán mucho más útiles en la isla de los Caballeros.

Fieravista estuvo de acuerdo:

—Excelente solución, muchacho. Eso precisamente es lo que debe hacer un general supremo de los caballeros: reunir las fuerzas que necesita, saber organizarlas, escuchar los buenos consejos y luchar en primera línea de batalla para salvar a los

inocentes.

Sus palabras cortaron el aire como espadas y Sombrío frunció el ceño, confuso.

—No soy ningún general, Fieravista.

—Pronto lo serás —dijo ella con una mirada de determinación. Luego observó el cielo—. Terminad de comer. Cuando el sol esté en la Piedra del Medio —y señaló una roca vertical cercana— os esperaremos en la costa oeste de la isla.

Después dio media vuelta y desapareció entre los guardias.

Sombrío se quedó de pie, mirando cómo se iba.

—Lo conseguiremos —dijo Spica.

—Sí, lo conseguiremos —repitió él.

En su rostro su amiga descubrió una expresión que nunca le había visto antes. Era como si, de improviso, Sombrío supiera de verdad que lo lograrían. Como si supiese que nada le impediría cumplir la promesa que se había hecho a sí mismo.

Y mientras el sol, que ascendía implacablemente en el cielo azul, empezaba a calentar el aire, la chica se preguntó si ella estaba lista para hacer lo mismo.



PARTE CUARTA

. . .

LA ROSA DE PLATA

21

VOLANDO SOBRE LAS AGUAS

CUANDO el sol alcanzó la Piedra del Medio, el vivaz ir y venir que pocas horas antes animaba el Cráter Septentrional había cesado casi del todo.

Sombrío y Spica, después de haber recibido instrucciones sobre la partida, se habían quedado sentados en silencio todo el rato, él pensando en el viaje, la isla de los Caballeros y los detalles de la misión y ella reflexionando sobre lo que haría cuando todo aquello terminara. Las palabras de Fieravista respecto a su futuro como adiestradora de dragones seguían bulléndole en la cabeza.

Sombrío se puso en pie repentinamente. Spica se dio cuenta de que había llegado el momento de irse.

—¿Lista?

Asintió. La idea de tener que enfrentarse a miles de serpientes marinas como las que la habían atacado no la alegraba mucho, pero hizo como si nada; se levantó, comprobó cuidadosamente su arco y, agarrando la mano que Sombrío le tendía, saltó a la silla de montar y se sujetó los enganches de seguridad.

El anciano, Verídico, que los estaba observando no muy lejos de donde estaban, alzó una mano en señal de despedida.

—¡Buena suerte!

—¡Buena suerte a vosotros también! —le contestó Spica, que sintió un agujonazo de pena.

¿Por qué marcharse la ponía tan melancólica? Casi no conocía aquel lugar ni a sus habitantes, ¿era posible que se hubiera encariñado tanto con ellos? ¿O era que simplemente le daba miedo encarar el futuro?

—¿Nos vamos? —preguntó Sombrío.

—Yo estoy lista.

El elfo le dio dos palmadas a *Colamocha* en el cuello, como solía hacer. Y, como siempre, el dragón comprendió sin que el chico tuviera que decir nada. Abrió las alas y, con un salto, alzó el vuelo y esperó a que los barcos de los elfos negros estuviesen preparados para ser remolcados.

Spica se dio cuenta de que, fuera cual fuese el futuro que la aguardaba, empezaba en ese momento. Un escalofrío le recorrió la espalda. Como decía siempre su padre,

el futuro se construye día a día.

Y para ella había llegado el momento de dar un paso Importante.

De repente, el dragón azul volvió su gran cabeza hacia Sombrío y emitió un sonido ronco de advertencia. El caballero asintió.

—¡Sí, las veo! —dijo.

—¿El qué? ¿Dónde? —preguntó Spica.

Mientras *Colamocha* ganaba altura con un aleteo, él alargó el brazo hacia la isla de los Caballeros que, en lontananza, parecía un pequeño peñasco en medio de la extensión plana del mar color zafiro. Alrededor de la isla, sin embargo, se apreciaba una especie de anillo gris que giraba por debajo de la superficie del agua.

—¡Son serpientes plateadas! Pero ¿cuántas? —Se sobresaltó Spica, horrorizada.



—Demasiadas para nosotros tres solos. Sobre todo si la isla se ha hundido más desde que la dejamos.

Ella trató de darse ánimos: era el momento de arrinconar sus preocupaciones y sus esperanzas de futuro para pensar en el presente.

Sombrío miró el rostro de la chica; la expresión concentrada y fiera de Spica la hacía aún más guapa.

—Sujétate fuerte —le aconsejó. Luego ordenó a *Colamocha*—: ¡Bajemos para remolcar los barcos!

El dragón emitió un sonido agudo y, con un ágil movimiento, obedeció y perdió altura. La isla de la Luna Creciente se acercaba a gran velocidad bajo ellos. Dos barcos, largos y estrechos, con la proa en forma de cabeza de dragón, estaban ya en el agua en el lado occidental de la isla. Un tercero, que había estado escondido entre las piedras negras, con el casco oscuro perfectamente mimetizado con ellas, invisible para quien no conociera su existencia, se alejaba de la costa justo en ese momento. Las embarcaciones no tenían velas, porque habrían sido un estorbo para el dragón, que debía remolcarlas.

Colamocha rugió y, desde tierra, pequeños brazos ondearon devolviéndole el saludo. Los capas negras que estaban a bordo lanzaron y tensaron cuerdas plateadas entre los barcos.

Sombrío ordenó a *Colamocha* que aminorara la velocidad; el dragón obedeció y voló en círculos sobre las embarcaciones.

El chico pudo distinguir a Capanegra, que le hacía señales de pie en la proa de la primera. Alguien le llevó al elfo negro una larga rama oscura atada a una soga plateada y sujetada al barco por su otro extremo. Tras un rápido vistazo al cielo, arrojó al agua, lo más lejos que pudo, la rama con la soga.

Sombrío le hizo una señal a *Colamocha* y el dragón descendió. Rozó el agua reluciente y agarró la rama con las patas; luego, con un rápido aleteo, volvió a elevarse, ligero y elegante.

Pero Sombrío se dio cuenta enseguida de que volaba demasiado rápido.

—¡Más despacio o los volcaremos! —gritó inquieto.

El dragón soltó un medio rugido y aminoró la velocidad, volviéndose para observar las embarcaciones.

Sombrío vio arrancar los tres barcos sobre la superficie del mar y a muchos elfos cayendo hacia atrás por el repentino y brusco movimiento. Los cascos se balancearon bajo el violento tirón inicial.

Colamocha aflojó su vuelo, hasta que Capanegra les hizo otra señal. Spica suspiró de alivio y avisó a Sombrío:

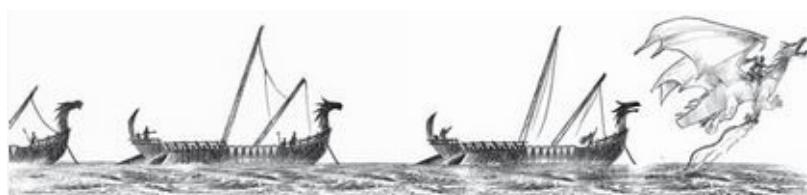
—Ahora va mejor!

Los barcos habían alcanzado cierta estabilidad. El dragón podía ganar velocidad sin problema.

—Muy bien! ¡Sigue así! —lo alentó Sombrío.

Colamocha soltó un rugido divertido, como si aquello fuera un juego para él.

—¿Crees que llegaremos antes de que caiga la noche? —pregunto Spica a su espalda.



—Sí. Puede que incluso antes de que se ponga el sol. Los barcos soportan bien la velocidad de *Colamocha* volando a ras del agua. Antes del anochecer estaremos allí.

Luego, con el ceño fruncido, miró hacia adelante, a la isla de los Caballeros.



El sol subió hasta su cémita y luego, en una tarde que se anunciaba tórrida, tomó la curva descendente de su cotidiano viaje por el cielo.

El chico se volvió hacia Spica:

—Tenemos por delante unas horas de vuelo. ¿Estás cansada?

Ella, que sin darse cuenta había apoyado la cabeza en la espalda de él, la levantó.

—No... Bueno, sí, pero no importa. También tú debes de estarlo. ¿Qué tal tu tobillo?

—Mejor, la cura de Fieravista me ha hecho bien.

—¿Puedo saber cómo... han sido las pruebas?

Sintió que Sombrío se envaraba.

—Arduas —le respondió tras un dubitativo momento de silencio.

Spica bajó los ojos y miró los barcos brillantes que parecían volar sobre el mar azul. Trató de localizar a Fieravista, pero no la vio.

—¿Sabes que quizás un día yo tenga que afrontarlas también? —murmuró de prisa.

—¡¿Qué?! —exclamó Sombrío, estupefacto.

Spica se rió, cortada.

—Fieravista dice que tengo voz de adiestradora de dragones, que podría ser útil en la isla de los Caballeros y que ella podría enseñarme cuando haya acabado todo. Yo también me convertiría en caballero. ¿Tú... qué piensas?

Sombrío se volvió. Ella vio pasar por sus ojos el miedo, el orgullo y, después, algo que parecía comprensión. Una sonrisa indescifrable curvó los labios del joven.

—¿Qué piensas tú? —le preguntó el joven elfo a su vez.

—No lo sé. Me encantaría, pero hay algo que me asusta un poco.

—¿Fieravista? —Intentó adivinar Sombrío.

Spica soltó una risita nerviosa.

—Sí, ¿tanto se nota? No consigo saber lo que piensa y eso me hace sentir incómoda.

—Bueno, ella es así, dura y rigurosa, pero muy capacitada, y sabe lo que se hace.

—¿Te fiarías de ella? ¿Incluso después de lo que te dije antes de las pruebas?

—Sí. Y ahora más, porque sé cuál es la razón de que se comportara así. La misma razón por la que Floridiana no podía intervenir.

—Pero ¿había necesidad de ser tan dura? —insistió ella.

Oyó reírse a Sombrío.

—Sí. Yo lo necesitaba.

La chica suspiró.

—Vaya, veo que te has vuelto más misterioso que antes. Nunca me contarás en qué consistían las tres pruebas, ¿verdad?

—No puedo. Ninguno de los caballeros ha hablado nunca con quien debía afrontarlas. Pero si esto puede tranquilizarte, creo que serías perfectamente capaz de superarlas. Y mejor que yo. Siempre que realmente quieras convertirte en adiestradora.

Spica se animó. Sombrío confiaba en ella. Volvió a pensar en el pequeño *Alargéntea* y, sin querer, sonrió. Tal vez, después de todo, asistir al nacimiento de

aquella cría de dragón azul le había abierto los ojos. Quizá le había indicado su camino.

Utilizaría lo mejor que pudiera su voz de narradora y sus ganas de enseñar. Pero sobre todo, sería útil a los caballeros de la rosa, las hadas y todo el Reino de la Fantasía.

Sí, cuanto más lo pensaba, más le parecía aquél el camino que debía seguir, fueran cuales fuesen las dificultades que la esperaban. Incluso si tenía que enfrentarse a la dureza de Fieravista y a las pruebas de los caballeros.

22

EL MONSTRUO DE LAS PROFUNDIDADES



L sol estaba a punto de ocultarse tras las aguas teñidas de rojo cuando Sombrío y Spica se percataron de que la Isla de los Caballeros estaba ya cerca.

Colamocha viró en dirección al viejo puerto para que los barcos pudieran atracar y entonces vieron que el muelle estaba casi sumergido. Cerca de la orilla, el mar hervía de serpientes plateadas, que sin embargo no conseguían asaltar los barcos, demasiado veloces para ellas, pues se deslizaban sobre el agua casi volando; y si alguna de las serpientes trataba de abordar un casco, bastaba un rápido golpe de espada para decapitarla.

De todos modos, Capanegra estaba muy preocupado. Cuanto más se acercaban, más se multiplicaban las serpientes. El elfo negro alzó lentamente el catalejo y observó la isla. El viejo faro estaba cubierto de enredaderas y, junto a la Ciudadela, se extendía la mancha oscura del bosque, ahora verde y exuberante de nuevo. Sombrío y Spica habían dicho la verdad, ya habían devuelto la vida a la isla, al menos en parte. Capanegra pensó que quizá realmente hubiese esperanzas.

Luego apuntó el catalejo a las ruinas del puerto y se estremeció. El mar estaba blanco de espuma, agitado por centenares de formas plateadas que se movían a ras del agua.

Le llegó una voz desde la segunda embarcación.

—¡Atención, a la derecha! —gritó Fieravista.

Se produjo una sacudida y la nave ralentizó su velocidad. Capanegra perdió el equilibrio y el catalejo se le escapó de las manos y cayó al agua, donde fue rodeado rápidamente por las serpientes. Agarrado a una cuerda, el elfo miró por la borda y vio una sombra que se desplazaba vertiginosamente, creando enormes remolinos.

—¡Agachaos! ¡Sujetaos bien! —vociferó con todas sus fuerzas. Pudo agarrarse a la cuerda de seguridad a tiempo, justo antes de que una violenta ola embistiese rabiosamente el flanco del barco.

El navio se ladeó peligrosamente, pero por suerte no volcó. Capanegra se puso en pie y gritó:

—¡Todos a sus puestos de combate!

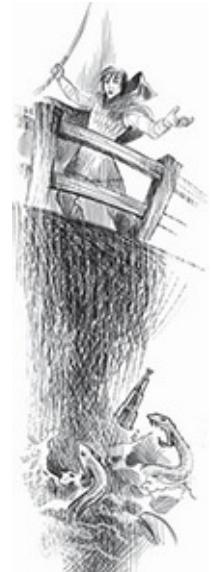
—¿Qué ocurre, señor? —preguntó un joven guardia—. ¿Cree que las serpientes pueden volcar el barco?

—Ahora que estamos casi parados, sí, y si lo logran estamos muertos. ¡Nos devorarán! —gritó alguien.

Era cierto. El agua estaba llena de dientes afilados, pero una amenaza mucho mayor estaba a punto de abatirse sobre ellos.

Capanegra no tuvo tiempo siquiera de contestar cuando algo salió de las olas, se dobló y se zambulló de nuevo a escasa distancia de los barcos.

La ola fue terrible, todos salieron despedidos a un costado y el barco crujío.



A Sombrío se le hizo un nudo en la garganta. Desde arriba, el ataque de las serpientes marinas impresionaba todavía más. Estaban por todas partes.

—¡Oh, no! ¿Qué es eso? —gimió de repente Spica, señalando un punto a su derecha, detrás de los barcos que estaban remolcando.

Una larga raya blanca relució por un instante bajo la superficie y luego se sumergió, mostrando una aleta dentada.

—¡Más rápido, *Colamocha*! —ordenó Sombrío, apretando las rodillas contra la silla.

El movimiento del dragón y el aumento de velocidad hicieron cambiar unos grados el rumbo de los barcos, evitando así que volcaran a causa de la enorme ola que los embistió. Entonces lo vieron.

Un gigantesco monstruo acuático, blanco como la nieve, con cuerpo de serpiente y cabeza de dragón de agua, salió de nuevo a la superficie y luego se hundió, girando sobre sí mismo con violencia.

—¡Quiere volcar los barcos! —gritó Spica, agarrando su arco.

Otra ola golpeó el costado de las embarcaciones de los elfos. Uno de ellos no pudo mantenerse agarrado y terminó en el agua.

—¡No! —gritaron al unísono Sombrío y Spica.

La chica disparó unas flechas. Las serpientes que habían acudido como ratas hambrientas hacia el elfo que había caído, flotaron a la deriva, alcanzadas por las flechas, pero otras ocuparon su lugar y arrastraron al desventurado al fondo del mar.

—¡No es posible! ¡Morirán todos! —gimió ella, commocionada.

—¡No si nos damos prisa! —gritó Sombrío, dándole una palmada en el cuello a *Colamocha*. ¿Estás preparado para luchar?

El dragón emitió un rugido terrible y sopló contra la criatura que había desaparecido otra vez bajo las olas.



—¡Ya estamos cerca del puerto! —dijo Spica aterrorizada—. Tenemos que desenganchar la soga, pero si dejamos de remolcarlos, ¡los barcos serán atacados por las serpientes!

—De todos modos, no podremos hacer mucho por ellos en cuanto toquen tierra. Pero fíate de Capanegra, sabía a lo que se arriesgaban, ¡sabe lo que hace! —le contestó. Era una decisión difícil, pero no había tiempo para dudas o inseguridades—. Suelta la soga cuando te lo diga, ¿entendido, *Colamocha*?

El dragón rugió, impaciente por enfrentarse al monstruo blanco. Spica se aferró con fuerza a los enganches y Sombrío miró abajo.

—¡Ahora! —gritó.

La soga plateada cayó y se hundió en el agua. Los barcos siguieron moviéndose solos.

Sombrío presionó con las rodillas el cuello de *Colamocha* y el dragón descendió como una flecha hacia el puerto, fulminando a su paso a las serpientes marinas. Luego giró hábilmente sobre sí mismo y se dirigió al mar, justo a tiempo para ver que la tercera embarcación se ladeaba peligrosamente. Tres, cuatro capas negras cayeron... Alguno fue rescatado, pero los demás se perdieron entre las olas.

Colamocha rugió rabioso. Esta vez, Sombrío no trató de calmarlo, también él estaba furioso y el fuego que le quemaba el pecho resplandecía también en su frente. Las brujas estaban lejos, pero seguían exigiendo su sacrificio de sangre.

El dragón sobrevoló el mar rugiendo amenazadoramente para retar a su enemigo y, como en respuesta a su grito de guerra, una salpicadura se levantó detrás del último barco.

Instantes después, la serpiente blanca se alzó sobre las olas y se arrojó contra los barcos.

Era enorme, larguísima, con la boca en forma de punta de flecha, grandes mandíbulas y sólo dos colmillos largos en vez de la infinidad de dientes aserrados de las serpientes de plata.

Con un rápido movimiento, *Colamocha* viró a un lado y le clavó la cresta espinosa en el cuello al monstruo, que resopló violentamente, furioso. Evitando un mordisco en una pata, el dragón rugió de nuevo, levantó la cabeza y arrojó a la serpiente a un centenar de metros.

El cuerpo del monstruo se perdió en las oscuras profundidades marinas.



—¡Vamos, a los remos! —gritó Fieravista, cortando de un tajo la soga que unía su barco al de Capanegra y corriendo hacia la popa para soltarlo también del tercero—. Quien no esté a los remos, que se prepare para desembarcar. *Colamocha* nos ha abierto camino, pero ¡no será fácil! ¡Aprisa, aprisa! En cuanto estéis en tierra, intentad alcanzar una posición elevada.

El dragón pasó de nuevo sobre ellos en vuelo rasante, aniquilando más serpientes con sus rayos.

Fieravista miró la isla de los Caballeros y sintió un escalofrío: parecía un esqueleto de granito suspendido sobre el agua. Sólo el bosque donde de joven había pasado tantos días, estaba verde otra vez. Pocos metros más y volvería a pisar aquella tierra. Los recuerdos del día en que la isla había caído, de los gritos y del horror, quisieron adueñarse de ella, pero los apartó de su mente. Había demasiado que hacer y demasiadas vidas que salvar.

Decidida a no rendirse, se agarró fuertemente a la cuerda de seguridad.

—¡Soltad los remos, todo el mundo a tierra! —gritó.

Todos obedecieron, se pusieron en pie y saltaron del barco. Fieravista se lanzó con la espada en la mano, guiando a su puñado de hombres hacia el pueblo, hacia las casas que recordaba una a una, donde los rostros afligidos y aterrorizados de los habitantes petrificados esperaban desde hacía años el momento de salvarse.

En el Instante en que se despertaran, el momento antes de estar de nuevo vivos y en condiciones de repeler el ataque, los habitantes de la Isla de los Caballeros serían más vulnerables que nunca, amenazados por las serpientes hambrientas. La piedra, después de todo, los había protegido durante años...

23

AL SALÓN DE LOS CABALLEROS



OMBRÍO vio vaciarse las largas embarcaciones y a los elfos negros deslizarse por el terreno oscuro de la isla. Condujo a *Colamocha* hasta quedar justo encima del pueblo de pescadores, a los pies de la Ciudadela, y le ordenó que despejara el camino de serpientes para facilitar el avance de sus compañeros de aventura.

—¡Ya llegan! —gritó Spica tirándole de la manga.

Él se volvió y vio a Capanegra corriendo por el camino principal que llevaba al pueblo. Se llevó dos dedos a la boca y silbó; el elfo negro levantó la vista y respondió a su vez con un silbido.

—¡Listos! ¡A la Ciudadela! —ordenó Sombrío.

¡Mira, allí hay más serpientes! —se alarmó Spica. Se enderezó sobre los estribos para disparar una flecha, pero al siguiente aleteo de *Colamocha* ya estaba demasiado lejos para disparar otra—. ¡Tenemos que volver, no lo lograrán! —gritó agarrándose a los hombros de Sombrío.

—¡No podemos! Capanegra y sus soldados han venido para que nosotros hagamos nuestra parte sin preocuparnos por los habitantes petrificados y las serpientes. ¡Saben lo que hacen! Volveremos a ayudarlos después —repuso Sombrío mientras, a su espalda, los capas negras se disponían en la plaza del pueblo en torno a un grupo de elfos petrificados y se preparaban para combatir a las serpientes.

—Pero...

—¡Nada de peros! ¡Si tardamos más, la Isla de los Caballeros podría hundirse completamente y todos nuestros esfuerzos y los de los elfos negros habrían sido en vano!

En ese instante, un temblor sacudió profundamente la isla y las paredes de algunas casas viejas se tambalearon y se desplomaron.

Colamocha superó las murallas de la Ciudadela de los Caballeros y, con sólo unos aleteos, alcanzó la plataforma sobre la que ya estaba acostumbrado a dejar bajar a los chicos.

La escalera que conducía allí, estrecha y sin parapeto, estaba sembrada de esquirlas y trozos de piedra, indicio de las muchas sacudidas que seguían destruyendo

la isla. Más abajo, en las sombras de las salas de adiestramiento, Sombrío vio escabullirse unos cuerpos escamosos plateados. El chico sacó rápidamente la espada y le dijo a Spica que estuviera lista con el arco. Juntos, recorrieron el corto camino que llevaba al Salón de los Caballeros, prestando atención a los pilares y columnas inestables, que amenazaban con caerles encima. Delante de cada vano y cada montón de escombros aminoraban el paso, vigilantes, temiendo un peligro oculto. De repente, Sombrío reconoció el rugido de advertencia de *Colamocha*. Se detuvo y tiró de Spica hasta detrás de una columna rota y caída. El rayo del dragón cayó delante de ellos y aniquiló a más serpientes. Pero justo cuando los chicos se levantaban y reanudaban la marcha, algo hizo temblar violentamente la Ciudadela y agrietó el imponente muro que daba al mar. Algunas torres se desmoronaron como castillos de naipes y se hundieron en los abismos marinos y ellos dos recibieron una lluvia de fragmentos de piedra. De los escombros se alzó una densa nube gris que avanzó hacia donde estaban como una mano voraz. Un instante antes de que llegara hasta él, Sombrío intuyó quién había provocado el derrumbe: con su poderosa fuerza, el monstruo marino golpeaba los cimientos de la isla.



—¡Ve, *Colamocha*! ¡Mantenlo alejado! —gritó con todo el aire de sus pulmones, antes de que la boca se le llenara de polvo.

La voz se le quebró, pero el dragón había comprendido, como si en su mente tomaran forma los pensamientos de su caballero. La estrella de la frente de Sombrío brilló y *Colamocha* se preparó para enfrentarse al monstruo marino. Ambos sabían que aquel enemigo era cosa del dragón.

La gigantesca serpiente blanca erguía su largo cuerpo sobre la superficie, como un guerrero satisfecho con la desolación que había producido; sus grandes ojos saltones se clavaron en *Colamocha*, desafiándolo. Luego se movió para golpear de nuevo.

El dragón comprendió que, si no hacía algo rápidamente, todo se perdería. El Salón de los Caballeros no estaba demasiado lejos de la zona de los derrumbamientos y no resistiría mucho tiempo. Así que rugió bajo, abrió sus enormes alas y se lanzó, listo para el combate, decidido a salvar a sus amigos.



Capanegra se detuvo con la lanza en la mano y los ojos fijos en el camino que se abría ante ellos.

—¡Ánimo, tened listas las saetas fulminantes! ¡Adelante, adelante! —gritó a los elfos que lo seguían, mientras, con la mirada, buscaba puntos elevados en los que apostar a los soldados.

Un leve ruido hizo que se volviera. A poca distancia, una serpiente asomó entre

las rocas y lo atacó con un movimiento rapidísimo, pero Capanegra descargó su lanza y la punta se hundió en las fauces abiertas del enemigo.

Después, el elfo se volvió hacia el estrecho callejón por el que había llegado la serpiente. Decenas de pequeños ojos plateados brillaron en las sombras.

—¡Disparad una saeta fulminante! —gritó.

Un proyectil partió casi inmediatamente del arco del joven soldado más cercano y fue a clavarse en el suelo, a la entrada del callejón. Las dos piedras atadas al astil chasquearon al tocar el suelo y liberaron descargas de rayos que formaron una especie de red protectora.



—¡Venga, movámonos!

Capanegra lamentó para sus adentros haberse visto forzado a usar ya una de las saetas fulminantes. Tenían que reservarlas para proteger a los elfos petrificados, pues no disponían de muchas.

Pero no había tenido ninguna otra alternativa.



Fieravista se quedó con un grupo de capas negras patrullando la costa, mientras desembarcaban los soldados de los otros dos barcos y luego, con el agua bullendo otra vez de serpientes, dejó el puerto, cerrando ella la marcha con paso veloz y empuñando con fuerza las armas.

Los primeros habitantes petrificados, lo recordaba bien, se encontraban en la

plaza principal del pueblo.

Cuando oyó el silbido de Sombrío, aceleró.

Después de aquel primer choque con las serpientes plateadas, también Capanegra se apresuró. Nunca había estado en la isla de los Caballeros, solamente sabía que había sido destruida y sus habitantes transformados en piedra. Siempre pensó que su hermano había muerto aquel día, pero con la llegada del joven caballero descubrió que no era así. No, Corazón Tenaz había seguido luchando en otro lugar, a las órdenes de la reina de las hadas.

Al enterarse, se sintió muy feliz y enfadado al mismo tiempo. Su hermano no había pasado por la isla de la Luna Creciente para avisar a su familia. Se había marchado. Sin embargo, tras un momento de reflexión, comprendió que no había sido decisión suya. Para él debía de haber sido bastante doloroso no poder volver. El nombre que había elegido para su hijo era la prueba de cuánto los había echado de menos; lo había llamado Audaz, como él, su hermano menor.

Corriendo entre los escombros, Capanegra se percató de la tragedia que había sufrido la isla de los Caballeros. A la destrucción causada por las brujas, se había sumado la del tiempo y el resultado era un espectáculo espantoso.

Cuando llegó a la plaza principal del pueblo, se le hizo un nudo en la garganta y fue incapaz de hablar durante un rato; en cada esquina se veían figuras de habitantes y caballeros, inmóviles en su mudo terror. Los soldados que iban detrás de él se pararon entre lamentos horrorizados al ver a las serpientes plateadas enrolladas alrededor de los pies de las estatuas, preparadas para devorar a aquella gente en cuanto volvieran a la vida.

El elfo negro impartió rápidas órdenes:

—Que los mejores tiradores tomen posiciones. Ya sabéis lo que tenéis que hacer. ¡Una saeta tras otra a distancia regular, hasta rodear a esta gente! Luego, cuatro de vosotros se quedarán aquí mientras nosotros avanzamos hacia la Ciudadela.



Las serpientes plateadas se separaron de las estatuas de piedra para arrastrarse hacia Capanegra y los suyos. Los arqueros se subieron a lugares altos, sobre las paredes agrietadas, y empezaron a disparar; las piedras fulminantes enganchadas a las saetas iluminaron la plaza envuelta en la oscuridad de la noche. La red de rayos de las saetas impediría a las serpientes atacar a los habitantes de la isla cuando se despertaran de su sueño de piedra.

Capanegra se movió rápidamente, segando las cabezas de esos animales como si fueran espigas de trigo. Otros lo siguieron.

De repente, la tierra tembló. Por un instante, pareció que la isla fuese un barco a punto de naufragar. Se oyó una explosión violentísima en la parte alta, la Ciudadela, y

luego nada más.

Sólo quedaron los gritos de la batalla y los chillidos agudos de las serpientes.

Iba a ser una noche muy larga.



Rodeados por la nube de polvo que había levantado el desmoronamiento, Spica y Sombrío se llevaron las manos a la boca para poder respirar y echaron a correr.

La estrella de la frente de ambos brillaba e Iluminaba aquellas paredes y columnas que por entonces ya conocían. El polvo de los destrozos les quemaba los pulmones y los ojos, pero, afortunadamente, la nube se disipó enseguida, nada más pasar el ala de la vieja biblioteca. Ya no faltaba mucho. El chico miraba delante de él, decidido a llevar a cabo su misión.

Oyó el rugido de *Colamocha* y suspiró: le habría gustado estar con él, pero no podía.

En ese momento, notó que *Veneno* vibraba y se detuvo. Le señaló a Spica el centelleo plateado de las serpientes frente a ellos.

La joven elfa tensó el arco, disparó una flecha y otra más mientras algunas serpientes se arrastraban en su dirección. En cuestión de segundos, decenas de aquellas criaturas viscosas bloquearon el corredor. Eran demasiadas para enfrentarse a ellas. Sombrío agarró a Spica por un brazo y tiró de ella hacia otro pasillo, esperando rodear el peligro. Pero más reptiles serpenteantes los cercaron.

Entonces, se lanzó hacia adelante y propinó repetidos golpes con la espada. Una, dos, tres serpientes cayeron a sus pies, pero otras tomaron el relevo.

—¡Nunca lo lograremos! —dijo Spica sin querer, mientras disparaba flechas lo más de prisa posible.

Sombrío miró a su alrededor y luego le señaló una escalera que subía a una planta que ya no existía, desmoronada con el desplome de poco antes.

—¡Sube ahí arriba! —le ordenó.

Ella obedeció rápidamente, sabiendo bien que desde aquella posición tendría una visión mucho mejor para apuntar. Saltó a los primeros peldaños y subió velozmente lo más arriba que pudo.

Pero en ese momento, la muralla de la fortaleza recibió otro golpe violentísimo que hizo temblar sus cimientos. La escalera tembló y algunas piedras se resquebrajaron bajo los pies de Spica, que resbaló.

Chilló, se agarró a las grietas de la pared y se quedó durante larguísimos instantes suspendida sobre la estancia repleta de serpientes.

Sombrío gritó, pero su voz quedó ahogada por el ruido del derrumbe. Una lluvia de piedras se abatió sobre el corredor, sobre las serpientes y sobre él. Intentó alejarse, pero una serpiente se le había enrollado a la bota un momento antes de ser aplastada

por una columna.

Un gran fragor, que se confundió con el rugido del dragón azul, lo llenó todo, mientras otro muro se desplomaba.

Spica volvió a gritar. Sombrío recibió un fuerte golpe y luego la oscuridad y el humo cayeron sobre él.



24

CIELO Y MAR

OLAMOCHA planeó velozmente sobre la superficie del mar en busca del monstruo marino.

Aquella criatura de los abismos parecía querer destruirlo todo y él no podía permitírselo. Sombrío se había sacrificado para salvar aquella isla y ahora necesitaba su ayuda; solamente él podía batir a aquel enemigo, demasiado poderoso y salvaje para cualquier otro. Cuando estaba prisionero de los orcos, *Colamocha* había derrotado a otros dragones, pero nunca había luchado contra una criatura parecida.

De improviso, vio relucir las espiras blancas de la serpiente bajo la superficie del agua. Batiendo sus poderosas alas, se detuvo sobre la cabeza de su enemiga y la estudió para ver cómo podía aferrarla con sus temibles garras. La gran cabeza se volvió para mirarlo, como si sintiera curiosidad. Los ojos saltones y lechosos lo observaban.

Colamocha rugió y lanzó uno de sus rayos.

El monstruo desapareció bajo las aguas y, con la cola, alzó una enorme nube de salpicaduras antes de escabullirse sin que el rayo lo hubiera rozado siquiera. Las pocas serpientes plateadas que nadaban en aquel lado de la isla sí fueron alcanzadas y sus cuerpos salieron a flote.

El dragón ganó altura para descubrir dónde se había metido el monstruo. Vio la estela clara de la serpiente difuminarse en la oscuridad, bajo la isla, que volvió a temblar. Y entonces comprendió que la serpiente había excavado allí su guarida, causando aquellas terribles sacudidas y volviendo inestable la isla.

Colamocha rugió para llamar rabiosamente al monstruo a combatir.

Lo cazaría. Pero entonces la criatura, con un rápido movimiento, salió del agua y se lanzó contra él con las fauces abiertas, pillándolo desprevenido.



Sombrío hizo palanca con *Veneno* en la columna de piedra que tenía sobre la pierna y se liberó. Encontró las manos de Spica que, temblorosas, trataban de ayudarlo. Se



puso en pie, tosiendo. De una ceja le brotaba sangre que le empapaba el rostro.

Una serpiente yacía junto a la chica, quieta, con una flecha rota clavada en el cuerpo.

Spica estaba pálida. Sombrío se fijó en que su hombro, en el punto donde la coraza de cuero era más fina, tenía la señal de una mordedura y estaba manchada de sangre.

—¡Estás herida!

—No es nada —lo tranquilizó ella—. ¡Creía que el derrumbe te había matado!

—He tenido suerte —murmuró Sombrío—. Pero... tengo que vendarte el hombro, estás perdiendo mucha sangre.

—No hay tiempo, es sólo un arañazo. ¡Mira! El derrumbe ha matado a las serpientes. No podemos esperar más, tenemos que movernos antes de que lleguen otras —lo interrumpió Spica, que lo obligó a mirar al corredor.

Más allá de los cascotes se veía lo que quedaba del Salón de los Caballeros. Tarde o temprano lo reconstruirían, más bello aún, pero para hacerlo tenían que recomponer el Escudo de los Caballeros.

—Tienes razón —reconoció el joven caballero—. ¡Vamos, rápido!

Fieravista, que había llegado ya a la parte baja de la Ciudadela con sus capas negras, cortó de un tajo el cuerpo reluciente de otra serpiente y luego se detuvo profiriendo un grito de impotencia. Estaba rodeada y no le bastaría con su espada. Los reptiles salían sin cesar de una rejilla, probablemente comunicada con las grutas que había debajo de la Ciudadela, y las saetas fulminantes se habían acabado. Sentía que no resistiría mucho, pero nadie podía ayudarla.

Si Sombrío no llegaba pronto al Salón de los Caballeros, nadie se salvaría. Y, aunque llegara, la victoria no sería indolora. Las serpientes eran demasiadas y los habitantes petrificados corrían el riesgo de no tener tiempo de recobrarse, tal como había temido.

—Lo siento, habría querido hacer más —dijo, con los dientes apretados mientras traspasaba a otra serpiente.

Una lanza arrojada desde arriba hendió la oscuridad y se hincó en el suelo.

—¡Es pronto para rendirse! —Gruñó Capanegra, saltando desde una pared desmoronada.

—¿Te quedan saetas fulminantes? —grito ella, aliviada al ver por fin un rostro amigo.



—Sólo una. ¡Tendrá que bastar! —respondió Capanegra, clavándola en el suelo con un rápido movimiento.

La zona en que se encontraban se iluminó con los rayos y más sombras se movieron por detrás de las paredes, silbando mientras se alejaban.

—No podremos detenerlas mucho tiempo —dijo Fieravista—. Pero gracias por tu ayuda, te lo agradezco enormemente, amigo mío. Moriré de buen grado aquí, siguiendo a Sombrío. Tenías razón sobre él... Se parece mucho a su padre pese a esos ojos tuyos y a ese extraño pelo verde. Será un buen general para los caballeros de la rosa.

Luego, con un grito de guerra, volvió a la lucha blandiendo su espada, mientras la lanza manejada con manos expertas por Capanegra danzaba en la oscuridad.



Con un rápido aleteo, *Colamocha* se apartó lo bastante como para que el monstruo no lo mordiera. Rugió y pequeños rayos crepitaron en el aire. El cuerpo largo y blanquecino de la criatura marina se contorsionó durante unos instantes interminables antes de volver a caer en el agua, levantando una ola gigantesca. El dragón decidió entonces descargar un rayo sobre ella. El aire se inundó de luz abrasadora y el agua que se había levantado se vaporizó en segundos. La descarga se abatió sobre el monstruo y lo envolvió.

Colamocha supo que había acertado. De todos modos, antes de que el mar se cerrara sobre su víctima, un largo silbido subió de las aguas y, con un último esfuerzo, la serpiente marina dobló su cuerpo y saltó fuera de nuevo. Sus fauces se cerraron sobre la pata de *Colamocha* y el dragón fue arrastrado hacia abajo. Hacia el abismo.

Extendió las alas en un intento de permanecer en el aire, pero terminó golpeándose violentamente contra los escollos. Cuando se asió a ellos, las rocas se quebraron entre sus garras. Estuvo a punto de conseguirlo, pero perdió el equilibrio y cayó al agua con el monstruo.

De repente se encontró sumergido en un elemento que no conocía. Los sonidos se volvieron lejanos y distorsionados. Le faltó aire, movió las alas sin conseguir abrirlas del todo niemerger...

25

EL PRECIO DE LA VICTORIA



PICA trepó al montón de cascotes y, una vez arriba, bajó por el otro lado, con el corazón latiéndole enloquecidamente en el pecho.

El dolor en el hombro era lacerante y notaba cómo la sangre caliente y pegajosa le corría bajo la cota de cuero y le empapaba la ropa.

Sombrío la ayudó a bajar en la parte final y entró con ella en el Salón de los Caballeros, en parte derruido.

«Lo hemos logrado —pensó estremecida—. Lo hemos logrado», se repetía sin cesar, Incrédula, cuando vio el escudo en medio de la estancia. Habría querido ir corriendo con Sombrío, pero no tenía bastantes fuerzas. En torno a ella todo parecía moverse.

—Adelántate tú —le dijo a su amigo cuando éste quiso tirar de ella hacia la escalera—. Yo me quedo aquí cubriéndote las espaldas —mintió, intentando sostenerse en pie.

Él la miró y luego hizo lo que le decía.

—Tapónate la herida —le dijo, tendiéndole un trozo de su túnica desgarrada antes de subir los escalones que llevaban al escudo.

Spica, temblando, agarró el pedazo de tela y apretó los labios, asintiendo. Presa de un vértigo repentino, se apoyó en uno de los bancos de piedra y se desplomó. Los ojos se le llenaron de lágrimas. Nunca la habían herido así. El dolor era casi Insoportable. Un gran miedo le atenazó la boca del estómago.

Jadeando, vio a Sombrío acercarse a los peldaños que llevaban al escudo y después... ¡Oh, no! ¡Dos serpientes se arrastraban hacia él! Gritó para avisarlo, pero apenas oyó su propia voz. Vio brillar a *Veneno* y luego al chico subiendo hasta el escudo y sacando el fragmento de debajo de su cota de malla.

Fue lo último que vio, porque los ojos se anegaron y todo se le volvió borroso; sobre ella cayó una oscuridad fría como la noche.



Colamocha tragó agua salada. Asustado y fuera de sí de la rabia, luchó por desasirse y hundió sus garras en el cuerpo de su enemiga, que a su vez intentaba enrollarse a él para asfixiarlo. Las dos criaturas, la serpiente de agua y el dragón de los aires, se apretaban una contra la otra.

Colamocha rugió furioso y su grito se transformó en una nube de burbujas abrasadoras que subían a la superficie.

Hundió todavía más sus garras y el monstruo marino tuvo un fuerte espasmo y aflojó un poco su abrazo. A continuación, retiró los colmillos de la pata del dragón en un intento de soltarse y movió su larga e inmensa cola, afilada como una cuchilla. *Colamocha* sintió un dolor agudo: la fuerte membrana que recubría su ala se desgarró como la vela de una nave que un viento tempestuoso rajara.

Comprendió entonces que no lo lograría. Aquél no era su mundo. Nunca había luchado en tal elemento. Un elemento que lo engullía... Nunca había estado en el mar. Allí no había aire, no había sonidos y, sin el sol que le calentara con sus rayos, el agua estaba fría como el metal. Allí su capacidad de lucha no sería suficiente para sobrevivir. Ni siquiera podía usar su mejor arma, los rayos.

Pero Sombrío siempre había confiado en él. Lo había mandado a combatir solo... y él no lo podía decepcionar. Todo se perdería si desaparecía tragado por las aguas, arrastrado hasta el fondo del mar por aquel gigantesco monstruo... No podía permitirlo. Si no podía fulminarlo, lo mordería hasta despedazarlo y si tenía que acabar muerto en el fondo de aquel oscuro mar, se lo llevaría consigo.

Con un rugido furioso, el dragón azul alargó el cuello y clavó varias veces los dientes en el viscoso cuerpo del monstruo.

El agua se volvió espesa y opaca, la sangre de su enemiga se mezcló con la suya. Aprisionada entre sus fauces, la criatura marina Intentó librarse de sus colmillos, quiso huir... pero era demasiado tarde. Su largo cuerpo fue sacudido por un temblor incontrolado y luego, con un estertor, se quedó inmóvil.



Sombrío se movió lo más de prisa que pudo hacia el escudo, entre los bancos de piedra y las ruinas del Salón de los Caballeros, sobre las que saltó con una energía que no creía tener ya.

Spica estaba herida y necesitaba que la curaran, *Colamocha* estaba solo luchando con un monstruo marino y los elfos negros combatían para ayudarlo a él y a todos los habitantes petrificados de la isla de los Caballeros.

Había ido allí para salvar a aquella gente y, junto con ellos, a su padre, que estaba

lejos pero atrapado en la misma cárcel de piedra.

Con las manos arañadas y manchadas con su sangre y con la de Spica, el joven caballero subió los últimos escalones que lo separaban del Escudo de los Caballeros, cogió el fragmento, que llevaba guardado bajo la cota, y lo miró.

El pétalo de una rosa esculpida en bajorrelieve centelleó a la luz de la estrella que brillaba en su frente. Sombrío deseó con toda su alma que sirviera para salvar a aquellas personas, para romper el embrujo de la Reina Negra.

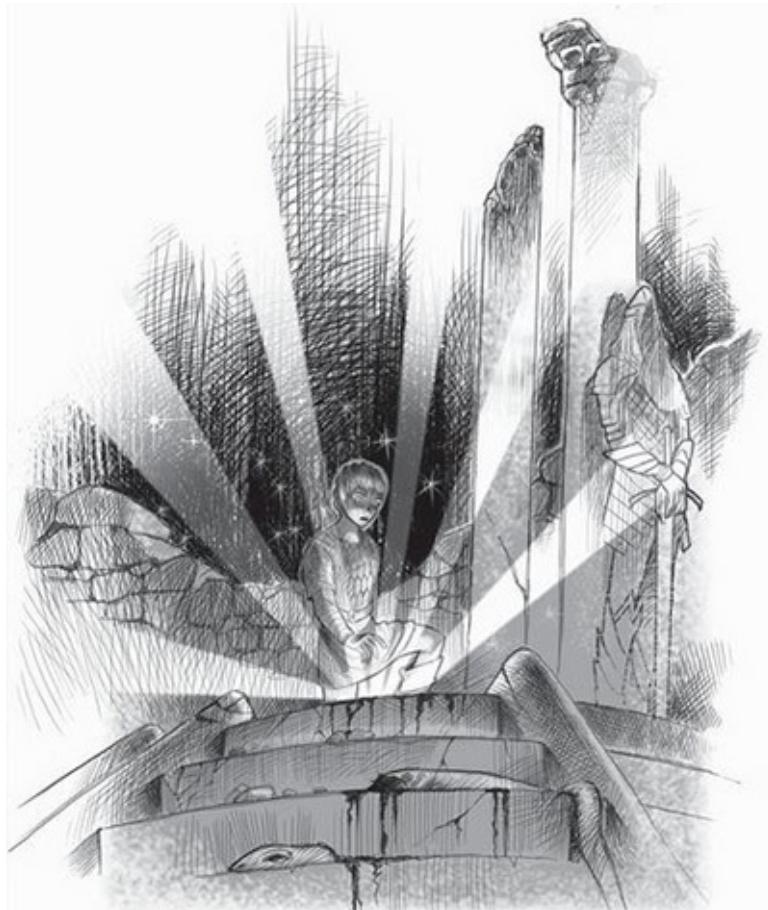
Pero ni siquiera entonces su misión habría terminado. Floridiana, la reina de las hadas, le había pedido que reconstruyera la Orden de los Caballeros de la Rosa, honrando así la memoria de los justos. Las brujas no habían sido derrotadas definitivamente, el mundo todavía necesitaba a los caballeros y a las hadas, a alguien que pudiese unir a todos los pueblos del Reino de la Fantasía. El joven caballero sintió aprensión: una nueva vida comenzaría para él tras aquel día.

Con un gran esfuerzo de voluntad, cerró los dedos sobre la piedra y la depositó sobre el escudo para colocarla en su sitio.

Por un instante que, al joven elfo, le pareció larguísimo no ocurrió nada y fue como si el mundo se hubiese solidificado.

Luego, de golpe, bajo su mano, el fragmento del Escudo de los Caballeros se calentó y terminó quemando como llama viva.

Un fino velo plateado, parecido a la escarcha, cubrió la rosa y luego todo se llenó de luz.



Fieravista se arrojó hacia adelante y, descargando su espada, decapitó de cuajo a dos serpientes. Capanegra movió rápidamente su lanza y golpeó a otras dos, pero una tercera le hundió los dientes en el muslo.

El elfo gritó de dolor y, volviéndose bruscamente, le clavó la lanza en el cuello a la criatura. Eran demasiadas y estaban rodeados. Lo único que podían hacer era intentar resistir.

Pero, precisamente mientras otras bocas hambrientas se abrían delante de ellos, desde la Ciudadela destelló una luz imprevista en la oscuridad y las escamas de plata de las serpientes parecieron prenderse fuego.

Capanegra y Fieravista se miraron con estupefacción y con los ojos llenos de lágrimas.

¡Sombrío lo había conseguido!



La cálida luz que despidió el escudo iluminó de lleno a Sombrío.

Floridiana apareció ante él.

—*Estaba segura de que llevarías a cabo tu misión, mi valiente caballero. Y ahora has comprendido lo que nadie habría podido explicarte, ni siquiera yo. Un caballero debe decidir y sus decisiones deben ser la vía para unir y no para dividir, la vía para comprender y no para destruir. El caballero sigue el rayo de luz de su ánimo, no el filo de su espada. Ahora que sabes quién eres, que sabes lo que vale tu vida y que sabes lo que es el miedo, ¿estás preparado para cumplir tu destino?*

La reina de las hadas le cogió las manos. Sombrío sintió que la luz de su frente se volvía incandescente.

—*Sobre este escudo de granito en que brillan los pétalos de una rosa de plata —* prosiguió Floridiana con su voz clara — *constitúyase esta noche una nueva orden de caballería. Una orden basada en la fortaleza, la lealtad y la honradez para reconocer las debilidades propias. Una orden fundada en el pasado, que afronta el presente con valor y que construirá el futuro día a día. ¡Se llamará Orden de los Caballeros de la Rosa de Plata y tú la fundarás! Sé fuerte y no temas los días venideros, Sombrío. Un nuevo Reino de la Fantasía está surgiendo de las ruinas del viejo. Ahora ve, te queda muy poco tiempo —*susurró. Y soltándole las manos, desapareció.



La luz se apagó. Sombrío vaciló y, por un instante, tuvo la impresión de que el anillo de luz le congelaba hasta el último músculo.

Luego, como una onda violenta, en aquel silencio irreal le llegaron los gritos de confusión y dolor de los diez, cien, mil habitantes de la isla de los Caballeros... Respiró profundamente y sintió que aquella antigua tierra volvía a respirar con él.

En la sala se había hecho de nuevo la oscuridad de la noche. Sólo el escudo, con la rosa por fin recompuesta e impregnado de la magia de Floridiana, resplandecía con luz propia.

Confuso, como si él mismo se acabara de despertar del sueño de piedra, el joven elfo se tambaleó y estuvo a punto de perder el equilibrio. Se sentía henchido de orgullo y de fuerza, feliz, lleno de esperanza... Pero de pronto recordó las últimas palabras de Floridiana.

Te queda muy poco tiempo.

Muy poco tiempo, ¿para qué?

Se frotó los ojos y se dio cuenta de que faltaba algo.

O, mejor dicho, alguien.

—Spica —llamó.

Su voz, rota, resonó en la quietud repentina del Salón de los Caballeros. Volvió a llamarla, pero ella no respondió.

Con un terrible presentimiento, se dio media vuelta, la buscó entre los escombros y por fin la vio. El silencio se dilató, propagándose alrededor como la sangre que manaba de la herida de la chica.

Y toda esperanza abandonó el corazón de Sombrío.

26

LA DANZA DE LAS OLAS

LAS aguas de los Mares Orientales eran negras, siniestras, se cerraban en torno a *Colamocha* como un cielo tempestuoso. Pero en el cielo, el dragón sabía que, si volaba lo bastante alto, encontraría las estrellas y la libertad. El agua, en cambio, era pesada, densa... Y estaba por todas partes, se le metía en los ojos, en la nariz, en la garganta. Por mucho que luchara, el agua llevaba las de ganar.

Colamocha se hundía. Se hundía y no acertaba a saber hacia adonde. No podía volar y el aire que había acumulado en sus grandes pulmones se le escapaba. No había peces, ni siquiera veía la luz de la luna para guiarlo. No había más que agua. Vio desaparecer el cuerpo de la serpiente blanca debajo de él, tragado por la negrura.

Sentía frío. Y se sentía solo.

Había matado a la serpiente, había salvado la isla de los Caballeros y a Sombrío, pero no iba a ver con sus propios ojos el final de la historia. El mar se lo tragaba con remolinos silenciosos y lo empujaba a fondos oscuros como el cielo sin estrellas.

¿Era aquello, pues, lo que sucedía cuando sobrevenía la muerte?

Pero de repente, las corrientes más profundas se agitaron. *Colamocha* oyó un sonido dulce y pausado, como el de un río que discurre plácidamente.

Algo lo rozó y lo sostuvo como el aire. Instintivamente, abrió las alas en busca del viento y el agua burbujeó a su alrededor. Tuvo miedo, intentó buscar un apoyo, pero una vez más, sus garras no encontraron más que agua. Luego se sintió impulsado hacia arriba y de pronto distinguió una voz que ya había oído. La voz de aquella que un día había salido de la espuma del mar frente a Sombrío, que había dicho que se llamaba Marea y que era el hada que protegía aquel mar peligroso y oscuro. Ahora *Colamocha* oía aquella misma voz profunda reír alegremente y acabar con la oscuridad.

—Abre las alas, amigo de los cielos —decía—. Abre tus alas y mis amigas las olas danzarán para ti y te llevarán a la superficie. A ti te debo mi libertad, tú has derrotado a la serpiente marina que dejaron aquí de guardia las brujas, la criatura que impedía respirar a estas aguas y que desalentaba a los navegantes más valientes y hábiles. ¡Tú me has restituido el mar y yo te debo toda miles! ¡Tú me has restituido el mar y yo te debo toda mi gratitud!



Una sensación de serenidad se extendió por los miembros cansados de *Colamocha* y anuló el dolor de las heridas y su tristeza por no volver a ver a Sombrío. El hada siguió hablando:

—¡No temas! Mis olas te conducirán de vuelta a tu mundo, te devolverán al aire y a la luz del sol... ¡Te sostendrán como si estuvieses en el cielo despejado! Vuelve con tu caballero y llévale los saludos de Marea. Dale las gracias por haber mantenido su palabra y dile que cada vez que me necesite, podrá llamarme, que yo responderé. Los Mares Orientales volverán a estar habitados por mil variedades de peces, algas y criaturas encantadas, las olas acariciarán otra vez las orillas de la isla de los Caballeros y deleitarán el espíritu de los caballeros con sus alegres melodías. Que mis aguas te devuelvan a tu mundo, maravillosa criatura, como tú me has devuelto el mío...

Mientras el hada hablaba, *Colamocha* sintió realmente que el agua lo elevaba.

Intentando saber de dónde provenía aquella voz, miró al fondo del mar, de un negro absoluto y, por un instante, antes de que las corrientes lo transportaran a la superficie, le dio la impresión de vislumbrar a Marea danzando alegremente con otras criaturas encantadas.

Luego, la voz se debilitó y se apagó mientras él sentía que el frío disminuía y el agua se aligeraba. Con un impulso, alargó el cuello y por fin su hocico encontró aire de nuevo. Haciendo un enorme esfuerzo, levantó la vista y vio las estrellas. Sintió el aire en los pulmones y las olas contra su cuerpo y emitió un rugido bajo y commovido de agradecimiento.

En la superficie marina, centelleante de reflejos, la danza de las olas de Marea siguió sosteniéndolo y conduciéndolo hacia la orilla sin que *Colamocha* tuviera que hacer más que abandonarse tumbado en las corrientes, arrastrado a donde Marea quería que fuera arrastrado.

Entonces, un relámpago cegador e imprevisto, rasgó la oscuridad y se proyectó en todas direcciones en el cielo y el mar.

La isla de los Caballeros apareció de repente envuelta en un resplandor. El agua brilló como si estuviera sembrada de escamas luminosas e, inmerso en aquel espectáculo maravilloso, *Colamocha* oyó algo que conocía bien.

El latido de un corazón.

El corazón de Sombrío.

La estrella de su caballero se había encendido, ardiente, en su frente y ahora él no tenía más que llegar hasta donde estaba.

El júbilo se adueñó de *Colamocha*, que se estremeció esperanzado. Pero cuando la luz se apagó, se dio cuenta de que estaba cansado y herido, que el agua y la serpiente marina habían agotado sus fuerzas y se sintió lejos de su caballero y de la isla. ¿Cómo podría llegar hasta Sombrío?

Las olas parecían tan lentas que tal vez no llegara nunca...

27

RENACER

LA luz se expandió como un círculo que se ensanchara en el agua y todo pareció detenerse de pronto, las serpientes que atacaban, el corazón de Capanegra y el de Fieravista. El silencio se cargó de magia y la magia lo envolvió todo: las paredes de las casas en ruinas, los cuerpos de los habitantes petrificados, los de los elfos heridos y los de los elfos negros que aún luchaban.

La luz pasó y, como una ola, deshizo a los enemigos en nubes amarillentas. Los desnudos esqueletos de las serpientes, que las brujas habían dejado de guardia en la isla de los Caballeros, se desmenuzaron en el suelo, vaciados del hechizo malvado que les daba vida. El tercer fragmento se había unido al escudo y éste había desprendido una magia tan poderosa que aniquiló incluso a las serpientes marinas. Ya no había necesidad de combatir.

Fieravista oyó el sonido metálico de una espada cayendo al suelo.

No era la suya, que sujetaba con firmeza en su mano.

Era la espada del elfo petrificado que estaba junto a ella, Valeroso.

Antes de que la elfa comprendiera lo que estaba sucediendo, la imponente figura del elfo rojo se le vino encima y la arrolló. Fieravista trató de sostenerlo y entonces vio el pecho de Valeroso subir y bajar al ritmo de la respiración... Creyó estar soñando.

Sombrío lo había logrado, el nuevo general supremo de los caballeros los había salvado a todos.

A todos.



—No... —murmuró Sombrío sin aliento.

Se arrodilló junto a Spica, entre las piedras y las columnas rotas. Abrumado por el dolor, la tomó entre sus brazos, tratando desesperadamente de taponarle la herida del hombro. Había sangre por todas partes, le empapaba la ropa y la cota de cuero y se había derramado por el suelo, formando un charco oscuro y pegajoso.

La chica, pálida, tenía los ojos cerrados como si estuviese sumida en un sueño profundo. Sólo una leve sonrisa le curvaba los labios, como si creyera que todo iba a salir bien. Las lágrimas que habían corrido por sus mejillas le perlaban aún las pestañas y, a la luz que emanaba del plateado Escudo de los Caballeros, parecían astillas de cristal.

Te queda muy poco tiempo, había dicho Floridiana y Sombrío comprendía ahora lo que había querido decir. Pero no sabía qué hacer. Estaba como preso en una pesadilla. ¿Por qué la magia no había salvado a Spica? ¿Por qué no abría los ojos?

Se inclinó sobre el hermoso rostro de la chica, la oyó respirar, despacio, y apretó la mano sobre su herida. La sangre le pareció fría, como si Spica hubiera abandonado ya su cuerpo... y lo hubiese abandonado a él entre las ruinas de la isla de los Caballeros.



Olvidando su desesperación y sus ganas de gritar, le puso una mano en la frente y le apartó delicadamente el pelo rubio, polvoriento y manchado de sangre; la estrella bajo cuyo signo había sido puesta la chica al nacer casi se había apagado.

—¡No! —repitió, pálido, en la oscuridad que los rodeaba por todos lados—. ¡Aguanta, Spica! ¡Tienes que aguantar! No te rindas... No puedes, no debes...

No le había dicho que estaba tan gravemente herida. Había preferido que él se ocupara del escudo y de los habitantes de la isla antes que de ella. Quizá esperaba poder resistir, pero ahora se iba lentamente. ¡Y Sombrío no podía hacer nada! No tenía consigo ninguna poción. No conocía encantamientos para curar. Un grito de rabia escapó de su garganta mientras estrechaba a Spica entre sus brazos tratando de levantarse para llevarla a algún sitio...

Pero ¿adónde?

¿Qué había sido de los demás? ¿Dónde estaban *Colamocha*, *Capanegra*, *Fieravista*? ¿Dónde estaban todos? ¿Por qué Floridiana no se había quedado para

ayudar a Spica?

Los llamó, pero nadie respondió.

Entonces siguió hablando, como si no soportara el silencio de aquel lugar.

—¡Contéstame, Spica! ¡Venga, despiértate! No puedes abandonarme ahora precisamente, cuando lo hemos conseguido. Necesito tu apoyo... —La voz se le quebró—. ¡Tendremos que ayudar a esta gente a organizarlo todo y yo no puedo hacerlo sin ti! ¡Vamos, vuelve conmigo!

En ese preciso momento, resonaron unas voces en los corredores.

Sombrío creyó oír su nombre. Se apresuró a levantar la cabeza y gritar:

—¡Aquí, de prisa! ¡Estamos aquí!

Fieravista y otros elfos aparecieron entre los cascotes, pero no se paró a mirar quiénes eran. A él sólo le interesaba Spica.

Fieravista vio la sangre y también que, en el rostro de Sombrío, la esperanza se oscurecía como el sol tras una nube.

—¡Todavía respira! ¡Por favor, dime que puedes hacer algo, dime que tienes contigo una ampolla de poción de las hadas! —le rogó el joven caballero mirándola a los ojos.



No fue preciso que añadiera más. Fieravista asintió con la cabeza y se agachó sobre la joven elfa. Apartó la mano de Sombrío, terminó de romper la tela rasgada por los dientes de la serpiente, destapó la ampolla y vertió su contenido sobre la herida abierta.

—¡Aférrate a la vida, criatura! —susurró dulcemente, mientras Sombrío tenía puesta una mano en la frente de Spica y con los dedos ensangrentados de la otra apretaba las manos frías de ella.

Él sabía que aquella poción tenía grandes poderes, pero por un instante tuvo la impresión de que no hacía efecto, temió que fuese demasiado tarde... Sin embargo, de pronto la estrella de la frente tembló bajo su mano y empezó a resplandecer débilmente.

Los labios de la chica se movieron y Sombrío vio que sus preciosos ojos azules se entreabrián.

—La isla... —murmuró con esfuerzo.

—Tranquila, el escudo está recomuesto, todo irá bien. Te salvarás —susurró él.

—Ahora duerme —dijo Fieravista—. El reposo es lo único que te devolverá las fuerzas.

Spica movió la cabeza con gesto de dolor y esbozó una sonrisa para Sombrío, que le estrechó las manos entre las suyas. Luego cerró los ojos y se abandonó a un sueño profundo.

—Justo a tiempo —dijo detrás de él una voz que Sombrío no conocía. Se volvió y sus ojos se cruzaron con los de un elfo muy alto, de pelo largo y barba del color del fuego—. Había perdido mucha sangre.

Fieravista puso la mano en el hombro del chico.

—Deja que me encargue de ella, no temas. Spica estará en buenas manos.

Él se puso en pie y, tambaleante, miró a su alrededor. Entonces se percató de que resonaban gritos de alegría en toda la isla. Los habitantes, despertados del hechizo, acudían al Salón de los Caballeros. Afluían como una marea y se quedaban observando, perplejos, a él y el Escudo de la Rosa de Plata que relucía como una estrella en la noche.

En medio de aquel jubiloso bullicio, a Sombrío le pareció oír un aleteo inseguro.

—¡*Colamocha*! —murmuró, aturdido.

Se volvió, esperando ver aparecer a su amigo el dragón, pero recordó que lo había enviado a enfrentarse al monstruo marino, solo, y sintió un peso en el corazón. Pensó que la oscuridad de aquella noche no tendría fin.



La voz de Capanegra acalló el barullo que llenaba la sala. En pie sobre los restos de la muralla derruida, con las heridas vendadas hábilmente por algunos caballeros, el elfo negro se volvió hacia Sombrío y le hizo una señal. El chico, que estaba escrutando el mar desde un torreón medio derruido con la esperanza de ver llegar a *Colamocha*, se acercó a él.

Los dragones azules, también despertados de su sueño de piedra, habían volado hasta alta mar para buscar rastros de *Colamocha*, pero sin resultado hasta entonces. Era de noche y los numerosos escollos dificultaban la búsqueda.

Sombrío se acercó a Capanegra con el rostro tenso.

—No tendría que haberle ordenado que la atacara él solo.

—No podías hacer otra cosa —lo consoló Capanegra—. Pero ahora no hables, escucha.

El chico cerró los ojos y escuchó.

Oyó el sonido del mar batiente contra la costa rocosa y el del viento barriendo la isla y también... el sonido de algo que arañaba las rocas.

El corazón le dio un vuelco.

—Garras —murmuró estupefacto, para lanzarse inmediatamente hacia el mar, olvidándose del dolor y del cansancio. Gritó—: ¡*Colamocha*!

Y un resoplido de dolor le respondió.

Según bajaba, oía cada vez más cerca el sonido de las uñas y, al final, vio dos ojos amarillos que escudriñaban la oscuridad. Con un suspiro de alivio, abrazó el grueso hocico familiar.

—Amigo mío, ¿por qué no vuelas? ¿Qué te ha ocurrido?

El dragón soltó un rugido de orgullo y se frotó contra Sombrío.

—Sabía que lo derrotarías, pero por un momento he creído que no ibas a volver. Sabes que te necesito mucho, ¿verdad?



El dragón bufó. Habría querido decirle que había intentado con todas sus fuerzas volver con él, pero que para hacerlo había tenido que pedirle ayuda a alguien muy importante... Movió el ala para abrazar a su caballero, pero la tenía desgarrada y soltó un gemido.

Llegaron unos elfos. Acunado por las palabras de Sombrío, *Colamocha* no se debatió y se dejó tocar por aquellas manos experimentadas.

El chico sonrió y contestó a las mudas preguntas de su amigo:

—Todo irá bien ahora. La isla se ha despertado y aquél es uno de los dragones de los caballeros, otro dragón azul como tú. Te buscamos desde hace horas. Spica se curará pronto y tú también volverás a volar, estoy seguro.

—Sí, no temas —le confirmó un elfo con voz alegre—, podemos curar esta clase de heridas. Tu ala es joven y cicatrizará bien si la cosemos enseguida y si prometes no hacer movimientos bruscos, procederé a hacerlo ahora mismo...

Colamocha resopló con aires de superioridad y Sombrío se echó a reír:

—Promételo. ¡O tendrás que vértelas conmigo!

—Entonces haré que me traigan aguja e hilo —dijo el elfo.

El chico estaba tan cansado que lo único que pudo hacer fue quedarse allí en silencio, acompañando a su amigo. Pero *Colamocha* parecía no querer más que eso; hundió el hocico mojado entre sus brazos y luego miró arriba, al cielo.

El joven caballero tenía la sensación de haber renacido junto con la isla. ¡Por fin volvería a ver a su padre! Y, desde luego, para él iba a empezar una nueva vida. Fatigosa, complicada, llena de deberes y de decisiones difíciles, pero una vida libre que podría vivir junto a sus amigos.

Muchas cosas mejoraría si tenían fe, si luchaban juntos sin rendirse con la esperanza en el corazón.

Aquello era lo que Floridiana quería.

Y sobre esa convicción había renacido la isla de los Caballeros.

EPÍLOGO



ONÓ un cuerno y muchísimos otros le hicieron eco de un rincón al otro de la isla de los Caballeros.

Era temprano y Spica, que estaba ordenando su habitación en la antigua Ciudadela, se sobresaltó. Desde hacía tres semanas, es decir, desde que se había recuperado del todo de la herida en el hombro, esperaba aquel día.

Salió y el aire fresco hizo que un escalofrío le recorriera la espalda.

Vistaguda, que había venido desde la isla de la Luna Creciente para ayudar a su padre y a los demás, llegó corriendo por el pasillo.

Spica trató de detenerla.

—¿Qué sucede? ¿Ya llegan?

—¡Sí! ¡Tres navios preciosos que parecen volar sobre el agua! —respondió ella entusiasmada y sin aminorar el paso—. ¡Voy a avisar a los demás!

Spica le sonrió y se volvió. Desde aquel lado de la Ciudadela no se veía el mar, así que se encaminó por los pasillos que llevaban a la muralla occidental.

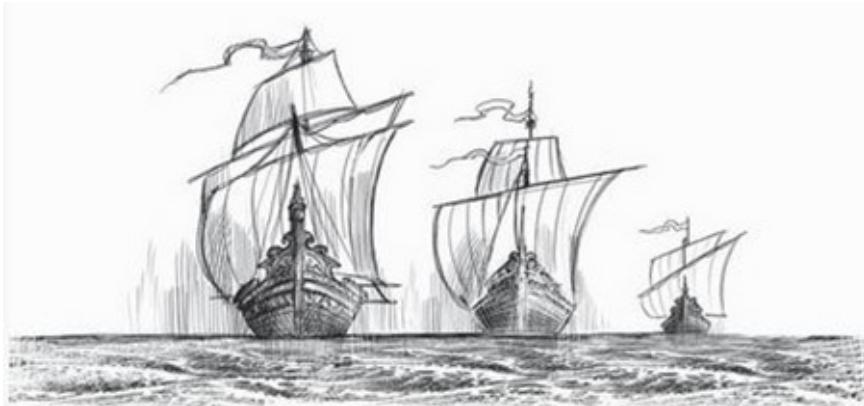
Como cada mañana, encontró en la torre vigía a Sombrío y a *Colamocha*.

—Todavía no puedes volar. ¡Entiendo tu impaciencia, pero tienes que guardar reposo hasta que tu ala esté curada! —Le estaba diciendo Sombrío.

—¿Ya llegan? —exclamó ella cuando estuvo con él, y puso una mano en las escamas del dragón.

Sombrío asintió y le señaló el horizonte; el dragón azul soltó un rugido ronco y alargó el cuello para observar el mar.

El cielo estaba sereno y en el aire terso del nuevo día y los barcos parecían pequeñas gemas brillantes. En la isla no había puertas encantadas y la única manera de llegar a ella era por mar o volando.



Tan pronto como había empezado a correr por el Reino de la Fantasía la noticia de la victoria de Sombrío, se había puesto en movimiento una portentosa cadena de mensajeros llevando felicitaciones y promesas de ayuda. Los gnomos de fragua se habían empeñado en mandar maestros canteros para decorar las nuevas casas que se construirían. Elfos de cada reino habían anunciado el envío de valiosos regalos: telas, semillas, metales y todo lo que pudiera ser útil para que la isla recobrara el esplendor de otros tiempos. Los enanos grises, liberados del hechizo que los había recluido en los troncos del Bosque Embrujado, habían prometido maderas preciosas para hacer puertas y ventanas. Y ahora, por fin, empezaban a llegar los barcos enviados por Floridiana para recoger la ayuda y los materiales.

Las velas hinchadas por el viento hacían avanzar las proas a gran velocidad hacia la isla.

Spica dijo, alegre:

—Ayer vi los dibujos de Valerozo para el nuevo raro. ¿Crees que el islote que ha elegido está bien?

—Por supuesto. Han estudiado durante largo tiempo el proyecto.

—¿Y has visto el pueblo? Está resurgiendo de prisa.

—Sí —contestó el chico—. Incluso los dragones están colaborando en la reconstrucción.

Colamocha protestó irritado y Sombrío se rió.

—Tú también has echado una mano como podías. ¡No es culpa tuya que las heridas que te izo ese monstruo marino tarden en curarse! *Colamocha* echó un vistazo al gran dragón azul que desplazaba pesadas piedras hacia el puerto para construir rompeolas que protegiesen la costa de las arremetidas más violentas del mar y suspiró como si se sintiera inútil.

Spica le susurró:

—Lo sé, no es fácil estar sin hacer nada cuando todos los demás trabajan, pero guardando reposo un tiempo te curarás del todo y... ¡estarás mejor servido que un rey!

Colamocha ladeó la cabeza, como si no entendiera qué había de estupendo en ser servido.

—Creo que no le gusta la idea de que le sirvan —interpretó Sombrío.

—Sí, es igualito que su caballero. Se siente inútil estando quieto, ¿verdad? El chico se ruborizó.

—Tienes razón —reconoció, pero cambió enseguida de conversación—. Dime, he oído que has hablado con Fieravista.

—Sí —asintió Spica—. Mientras estaba en la cama recuperándome de la herida, he pensado a menudo en el nacimiento de *Alargéntea* y he decidido que quiero hacerme adiestradora de dragones. ¡Y Fieravista me ha dicho que, en cuanto pongamos todo en orden, empezaremos a trabajar juntas!

—Creo que será una maestra severa pero justa. ¿Qué dirá tu padre? No a todos les complace tener una hija caballero...

Spica sintió la comezón de la nostalgia.

—En la carta en que me anunciaba su llegada no me ha parecido inquieto. Creo que lo comprenderá. ¿Y tú? ¿Qué crees que dirá tu padre de ti?

Sombrío suspiró.

—No lo sé —murmuró.

La joven elfa sonrió y fijó los ojos en los barcos que se aproximaban.

—¡Eres tonto por preocuparte! —añadió y le cogió la mano al tiempo que se echaba a reír, más feliz que nunca.



Los barcos anclaron aquella misma tarde y las alargadas chalupas tocaron tierra antes de que cayese la noche. La isla de los Caballeros recibió así a sus primeros huéspedes en mucho tiempo.

Buscando con los ojos a su padre, Corazón Tenaz, entre los viajeros que desembarcaban, Sombrío vio a una persona que no esperaba. El corazón le dio un brinco en el pecho y, de un salto, corrió a abrazar a Régulus, que intentaba bajar de la chalupa sin caerse al agua.

—¡Régulus! —gritó—. ¿Qué haces aquí? ¡No creía que te diera tiempo a llegar con los primeros barcos!



—¿Y por qué no? ¡Cuando los amigos necesitan ayuda hay que darse prisa! —dijo el elfo con el mismo aire alegre y brioso de siempre—. ¿Verdad, Robinia?

—¡Claro! —contestó sonriendo la joven elfa forestal, saltando de la barca, mientras Fósforo asomaba detrás de ella.

En ese instante llegó también Spica, agarrada de la mano de su padre, Erídanus, y los ojos se le llenaron de lágrimas al ver a su hermano y a su amiga. Abrazó a Robinia riendo y llorando a la vez.

—Habéis venido todos... ¡Es maravilloso! Pero ¿por qué nadie nos ha avisado de que tendríamos de huésped a una reina? —añadió, pero a continuación se mordió los labios, recordando las preocupaciones de Robinia al respecto.

Sin embargo, la elfa forestal estalló en una carcajada.

—¡Porque ya no soy reina, así que no había ningún motivo para anunciar visitas oficiales!

Al ver la cara de estupefacción de Sombrío y Spica, explicó:

—Creo que no sabéis lo sucedido. Bueno, ya habrá tiempo de contar lo mientras os ayudamos a reconstruir todo esto.

Colamocha resoplaba haciendo fiestas a Fósforo.

Sombrío saludó a Erídanus, que le estrechó la mano energicamente y terminó de contar lo que Robinia había dejado en suspenso.

—El Reino de los Bosques eligió a un nuevo rey en el claro de los Trece Arboles Sabios, como se hacía antes.

—... y eso ha dejado libre a Robinia para dedicarse a su pasión por los elixires de belleza —añadió Régulus con una mueca.

—¡Son pociones curativas y hacen un gran bien a la salud! —protestó ella,

cruzándose de brazos.

«Todo es como antes», pensó Sombrío mientras sus amigos charlaban, los bultos eran descargados y las chalupas se hacían de nuevo a la mar para llegar a los barcos y transportar más pasajeros y donativos. La magia había vuelto a impregnar aquel lugar y él se esforzaría por que fuese así para siempre. Los elfos negros se acercaron para conocer a los recién llegados.

Muy pronto, con la colaboración de todos, aquella tierra volvería a resplandecer. Viejos y nuevos amigos. Del encuentro entre el pasado y el presente surgiría el futuro de la isla.

—¿A que no sabes con quién hemos hecho el viaje? —La voz de Régulus interrumpió sus pensamientos—. ¡Con Pavesa! Ha obtenido permiso en la escuela de magos para venir aquí a ayudarlos. Y también están Stellarius y Corazón Tenaz, que se han pasado la mitad del viaje apartados y hablando de cosas complicadas...

Al oír el nombre de su padre, Sombrío volvió los ojos al mar. En la proa de una de las chalupas que hacían el trayecto entre la orilla y los barcos, un elfo miraba al frente con sus ojos oscuros.

«¡Mi padre!», pensó Sombrío emocionado, reconociéndolo en el acto.

En ese momento, cuando la barca tocaba tierra, Corazón Tenaz se volvió y su mirada encontró los ojos de su hijo, aquellos ojos verdes que había heredado de su madre.

Los dos se miraron un instante antes de acercarse incrédulos para abrazarse por fin y así se quedaron largo rato, en aquel puerto semidestruido, mientras la isla entera los miraba conmovida.



—¡Esta historia solamente podía terminar así! —suspiró Régulus.

—¡Tienes toda la razón, jovencito! —exclamó alegramente Stellarius.

—Pero —intervino Pavesa— ¿es que ninguno de vosotros va a dignarse a contarnos con pelos y señales cómo ha sido? ¡Ni siquiera Floridiana ha querido

revelarnos nada y ardemos de curiosidad!

Y así, mientras Sombrío acompañaba a su padre hasta los elfos negros y su hermano Capanegra, Spica llevó a los huéspedes y amigos a la Ciudadela y empezó a contar alegremente, como solamente ella sabía hacer.



Desde aquel día, la vida en la isla transcurrió serena y alegre. *Colamocha* se recuperó de la herida y, durante muchos años, voló fieramente por el cielo. El pequeño *Alargéntea* creció de prisa y Spica fue su adiestradora bajo la atenta supervisión de Fieravista.

Se construyeron casas preciosas, la Ciudadela recobró su esplendor, el agua volvió a brotar de las fuentes y muy pronto todos los caballeros y todos los dragones retomaron su puesto en el Reino de la Fantasía, preparados para ayudar a quien lo necesitara.

Sombrío fue nombrado general supremo de la Orden de los Caballeros de la Rosa de Plata, rodeado por el cariño de Spica y de su padre Corazón Tenaz. También Régulus y Robinia se establecieron en la isla y lo mismo hizo Erídanus y se ocuparon de la reconstrucción de la gran biblioteca, de un jardín de hierbas medicinales y de un observatorio astronómico, respectivamente. Vivieron juntos muchas otras aventuras y aún más vivieron sus hijos y los hijos de sus hijos, pero éste no es el lugar para narrarlas.

Los elfos negros, por su parte, volvieron a la isla de la Luna Creciente, donde vivían desde siempre, y de esa esquiva gente, aún hoy, pocos conocen su historia.

Pero ha llegado el momento de despedirse. Como todas las historias, también ésta ha llegado a su fin.

Contadla vosotros tal como yo os la he contado. Ya seáis narradores capaces de encandilar con vuestra voz o simples lectores ávidos de aventuras.

¡Espero que la fantasía os陪伴e siempre!

*«Hemos llegado ya al gran final.
El Bien ha triunfado, del Mal aún se hablará,
pero la Esperanza seguirá viva
en el Reino de la Fantasía
mientras elfos valientes, enanos, gnomos,
dragones y demás criaturas luchen al lado
de los osados caballeros y las hadas buenas.
Otras aventuras se vivirán en un futuro
que no nos es dado a conocer.
Quizá debieraís empuñar un arco
y correr a las murallas de la Justicia
para defender la Libertad y la Dicha.
Entretanto, cantad como los elfos estrellados,
rugid como los dragones libres,
trabajad como los elfos forestales
y combatid como los elfos negros.
Porque vivo está aún el Reino de la Fantasía
y vivo estará largo tiempo:
¡mientras no renunciéis a luchar,
el Bien prosperará y el Mal se hundirá!».*

Mago Fábulus, *Crónicas del Reino de la Fantasía*,
fin del Libro Sexto.

Esta historia tuvo lugar hace mucho tiempo, antes de que elfos y dragones se aliaron. Es la historia de un pueblo en busca de un lugar...



Una historia que comienza en una noche oscura...



Los últimos elfos negros supervivientes, aunque aún no lo sabían, iban a encontrar...



Un lugar al que llamar casa

- LOS ORÍGENES DE LOS ELFOS NEGROS -



Llegar a la isla de la Luna Creciente nunca ha sido fácil y mucho menos en una noche de tempestad.

¡Aguanta, casi te tengo!



Aquella noche se quedó grabada en el corazón de Animoso y de los demás elfos negros.







Animoso se despertó en la playa a la mañana siguiente, la corriente lo había llevado a la orilla.





Animoso había viajado mucho, pero nunca había visto, ni de lejos, algo parecido a la isla en la que había naufragado... nuestra isla.



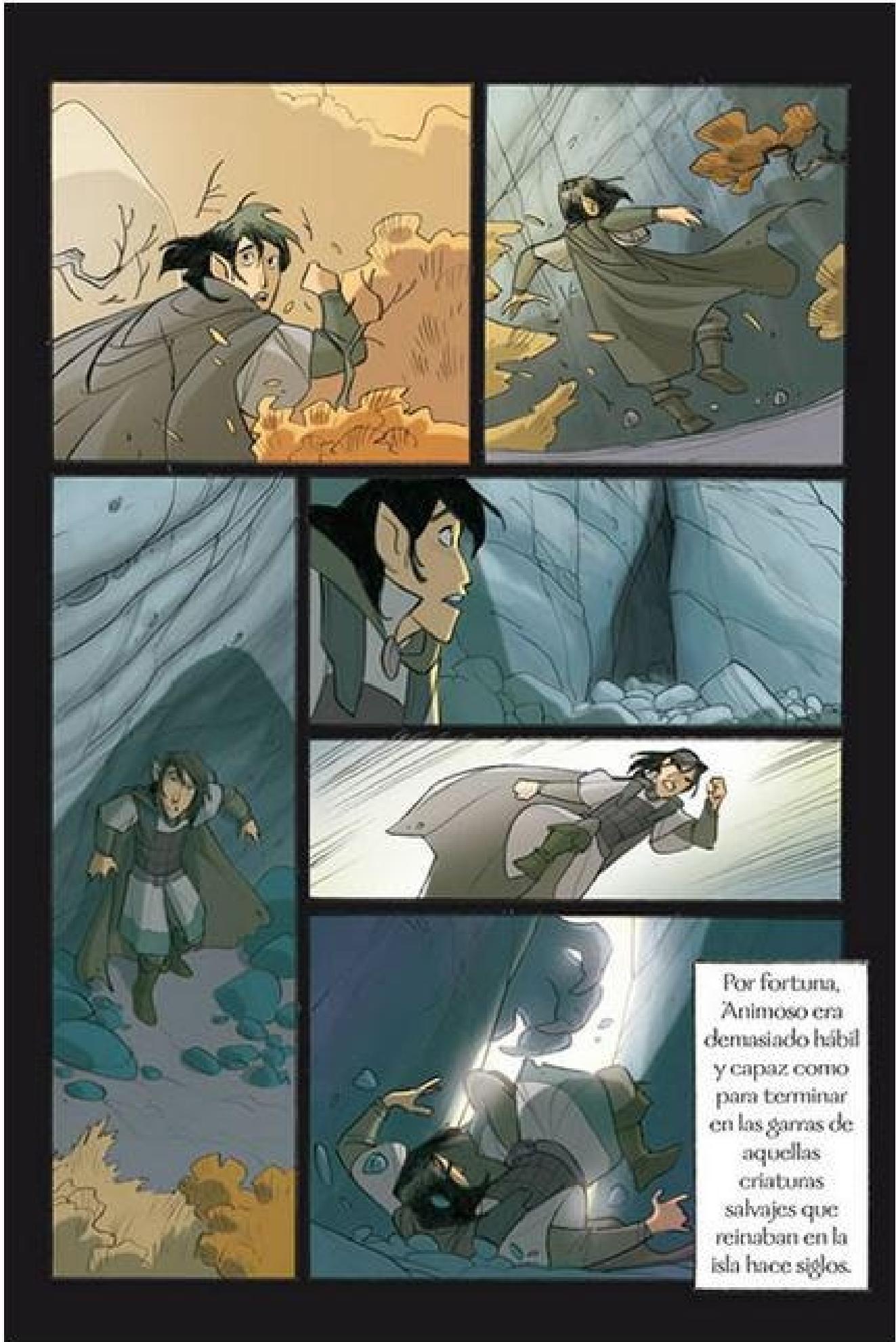
Un lugar mágico y fascinante.



Pero al mismo tiempo oscuro y misterioso.







Por fortuna, Animoso era demasiado hábil y capaz como para terminar en las garras de aquellas criaturas salvajes que reinaban en la isla hace siglos.





La buena noticia era que no sólo ella había sobrevivido, sino que también otros elfos negros estaban a salvo.

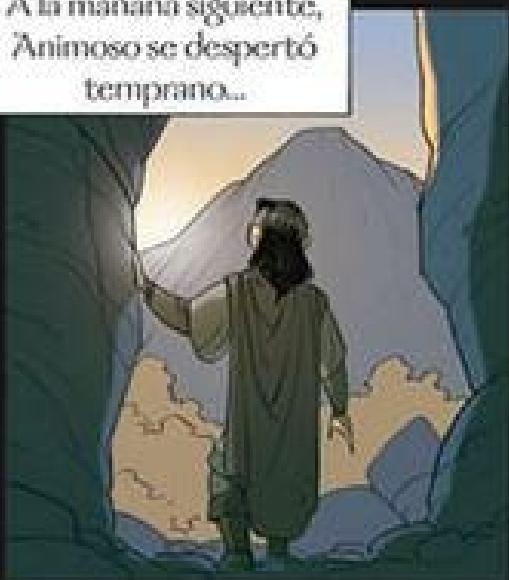


Haber sobrevivido era una suerte, pero había muchas cosas de las que preocuparse. Animoso, no obstante, se serenó. Ahora que se habían reencontrado, todo sería más fácil.





A la mañana siguiente, Animoso se despertó temprano...



Debía averiguar si había alguien más en aquella isla, aparte de ellos. Alguien que pudiera ayudarlos.



Pero no quería que Esperanza corriera riesgos yendo con él; podían toparse de nuevo con alguna de aquellas criaturas salvajes.







Los dos llegaron a la cima de una montaña desde la cual podían divisarse todo la isla. Aún no sabían...





Y justo en el fondo de aquel volcán se guardaba uno de los secretos de la isla.



Pero no eran los primeros en descubrirlo.

Allí dentro había un olor extraño. Azufre.



Cuando llegaron al fondo, Animoso y Esperanza comprendieron por qué. En aquel lugar, los dragones ponían sus huevos.



Los dragones eran criaturas indómitas y espantosas, temidas por elfos, gnomos y brujas! Se decía que eran peligrosos, que había que evitados.



En ese momento, una figura salió de las sombras.

¡Osado!
¡Tú también has sobrevivido!



Se trataba de Osado, uno de los últimos guerreros vivos de los elfos negros. Un chico fuerte y decidido.





El día anterior, Osado se había encontrado con aquel dragón y sabía que representaba una grave amenaza. Era mejor huir.



Por desgracia para Esperanza y Animoso, el dragón les cortó la huida.



Esperanza y Animoso no se rindieron y lucharon con todas sus fuerzas.





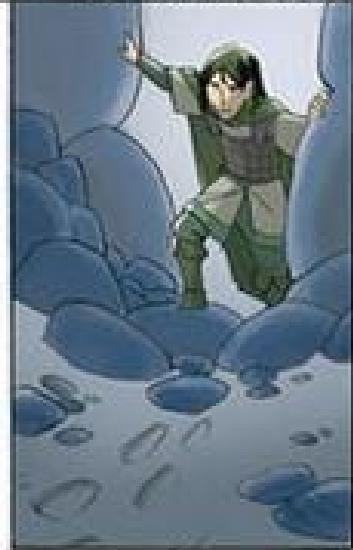
Igual que Osado, Animoso era un guerrero excepcional, valiente y de espíritu generoso.





El otro elfo había logrado huir antes que ellos. Tenía que encontrarlo.

Osado era un guerrero experimentado y entre los dos salvarían a Esperanza.



Se zambulló en el paso submarino que une el volcán con el lago salado y salió a la superficie fuera de la montaña.





Una verdad terrible. El dragón estaba furibundo porque alguien se estaba llevando sus huevos. Osado.



Cuando Animoso y Esperanza se lo habían encontrado en el volcán, Osado volvía de coger otro huevo para destruirlo.



Para Osado, la única manera de salvar la vida de sus compañeros era matar al dragón y a sus crias.



Aquella inútil masacre debía acabar. Tal vez, si le devolvían el huevo al dragón, Esperanza se salvará.





Como guerrero, Osado estaba convencido de que aquella era la única solución posible y la llevaría a cabo como fuera.

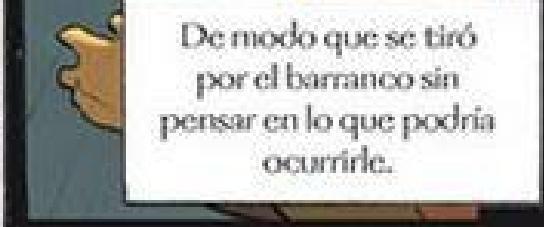




Osado estaba convencido de que, sin huevos, el dragón no tendría motivos para quedarse en la isla. Ni para volver a ella. Ni él ni ningún otro dragón azul.



Animoso, en cambio, creía que los dragones y los elfos podían convivir en paz, por eso no podía permitir que Osado destruyese los huevos.



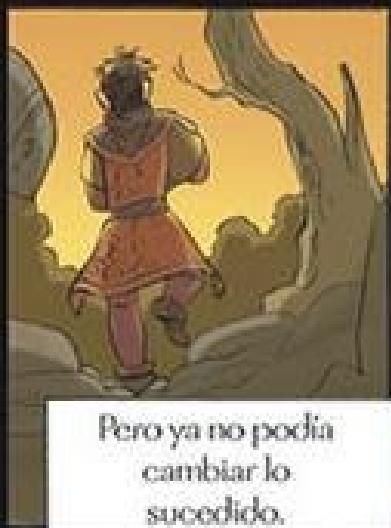
De modo que se tiró por el barranco sin pensar en lo que podría ocurrirle.



En ese momento, Osado comprendió su error. Entendió que había actuado solamente por miedo a enfrentarse a algo desconocido.



Por su culpa, el valiente Animoso había muerto para salvar el huevo del dragón que tenía prisionera a Esperanza.



Pero ya no podía cambiar lo sucedido.



Sin embargo, podía hacer realidad el sueño de paz y libertad que Animoso le había transmitido con su sacrificio.



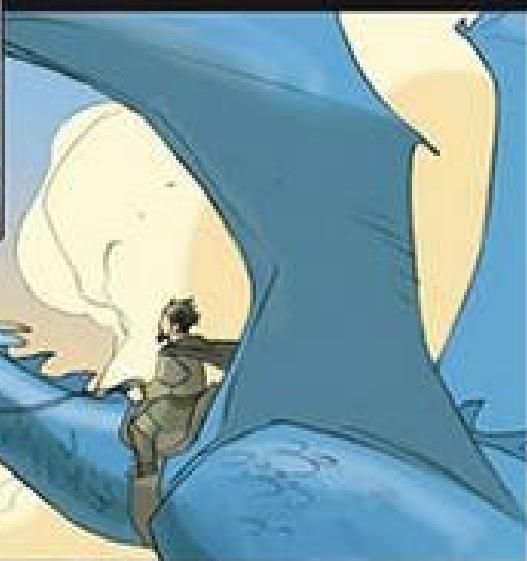
Con el nacimiento de la cri
de dragón acontecío
un milagro.



Dos mundos completamente
distintos pasaron a ser
uno solo.



Muchos años después,
Osado se convirtió en
rey de los elfos negros,
que se asentaron
definitivamente
en la isla.



Fue el primero en cabalgar
un dragón azul.



En años posteriores,
la relación con los
dragones se volvió cada
vez más estrecha.



Esperanza se había
convertido en la
primera adiestradora
de dragones.



Pero en sus corazones no se
borró nunca el recuerdo de
Animoso.

... y así termina la historia de Esperanza y Osado!

Decidme... ¿queréis saber un secreto?

¡¡Síiii!!

Veis este pequeño fósil?
Pertenece al huevo de aquella cría de dragón!

¡Ooooh!

Mientras Fiernavista acompaña fuera a Sombrio y a Spica, piensa en los protagonistas de la leyenda que acaba de contar.



Sombrio y Spica se parecen mucho a Ñimoso y a Esperanza. Y gracias a elfos tan nobles y puros, hoy la isla de la Luna Creciente ha vuelto a ser por fin un lugar al que poder llamar casa.



GERONIMO STILTON. Nacido en Ratonia (Isla de los Ratones), es licenciado en Ratología de la Literatura Ratónica y en Filosofía Arquerratónica Comparada. Desde hace 20 años dirige El Eco del Roedor, el periódico con más difusión de Ratonia. Ha sido galardonado con el Premio Ratitzer por su reportaje «El misterio del tesoro desaparecido». Geronimo también obtuvo el Premio Andersen 2001 como personaje del año y uno de sus libros ganó el premios eBook Award 2002 como mejor libro electrónico de literatura juvenil. En su tiempo libre, Geronimo colecciona cortezas de parmesano del Renacimiento, juega al golf, pero sobre todo adora contarle cuentos a su sobrino Benjamín.

Geronimo Stilton es un seudónimo utilizado por la escritora italiana Elisabetta Dami.